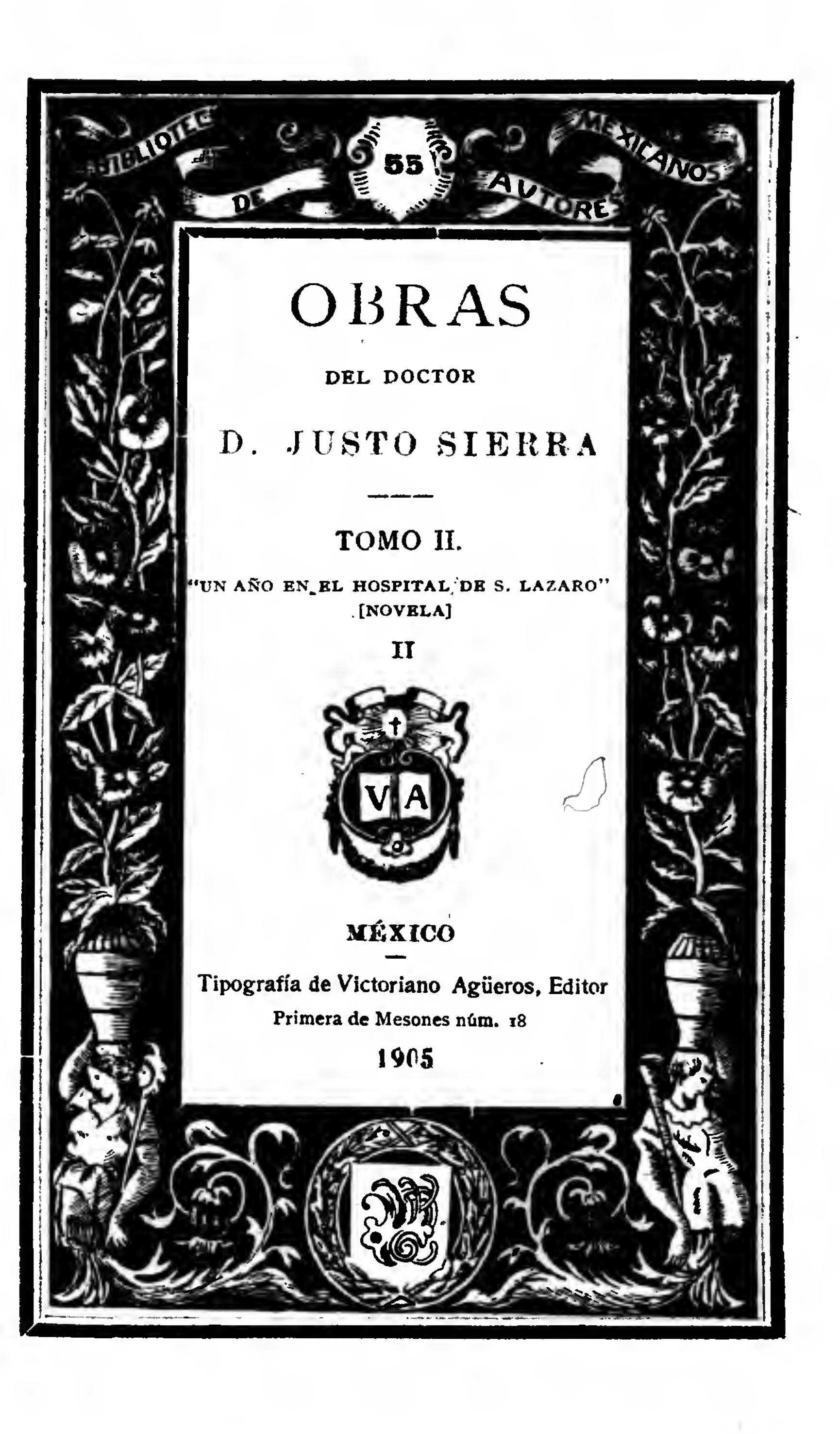
BIBLIOTECA

DE

AUTORES MEXICANOS

NOVELISTAS



OBRAS

DEL DOCTOR

D. JUSTO SIERRA

TOMO II.

"UN AÑO EN EL HOSPITAL DE S. LAZARO"
[NOVELA]

II

MÉXICO

Tipografía de Victoriano Agüeros, Editor
Primera de Mesones núm. 18

1905

CARTA XXI.

Manuel á Melchor.

Campeche, 18 de Agosto de 1824.

Querido mío: mi prudencia toda se ha estrellado miserablemente contra la insolencia y astucia del bandido infame, que ha causado las desgracias de nuestro pobre amigo de S. Lázaro. Contaba yo con que pronto caería en mis manos pero se ha substraído del justo castigo que merecían sus crímenes, dejando burladas todas mis esperanzas, precisamente cuando me figuraba imposible su evasión.

Instaléme, como te dije, en esta casa, accediendo á las instancias de este caballero y su respetable familia; pero yo

no perdí de vista el objeto que me conducía, y desde luego me propuse buscar la huella del pirata, que con tal osadía se presentaba en la buena sociedad de Campeche, acompañado de sus dos mancebas, instrumentos y cómplices de todos sus delitos. Muy presto hallé la ocasión de saber lo que deseaba. En toda la ciudad no se hablaba de otra cosa que del Cónsul colombiano destinado á Veracruz por el gobierno de la nueva República, y de sus dos hermanas que por puro placer le acompañaban en el viaje.

De pronto yo no creí que se trataba del malvado cuyo paradero me convenía indagar; mas hallábanse de visita en esta casa, cuando se habló del asunto, dos caballeros que habiendo concurrido á la reunión de Buenavista, no sabían hablar de otro asunto que del talento y modales diplomáticos del cónsul, y de la singular gracia y amabilidad de sus dos hermanas. Conforme veía yo más claro en el particular, así crecía mi asombro y mi indignación. Una ú otra pregunta que dirigí aparentando indiferencia, bastó para descubrirme en toda su extensión cuanto podía desear en el asunto. Desde entonces me tracé un plan de conducta que me parece excusado repetirte, supuesto qu todo él no ha servido de nada, porque ese hombre es un demonio maligno, un ser incomprensible.

Tres días después de este descubrimiento, la buena ó mala estrella mía me puso en contacto con el llamado cónsul de Colombia. Envié un expreso á S. Lázaro para que Antonio no me esperase aquella noche, pues había aceptado un convite de D. E***, y después de la comida habría una tertulia. Presentéme en efecto, á la hora que se me designó, y, con sorpresa, encontréme en la sala de recibo con el señor "cónsul de Colombia," que era nada menos que el mismo Juan Cruyés en persona, pues yo tenía presentes todos los rasgos de su fisonomía, hermosa y arrogante sin duda. Habíale visto muy de paso durante su permanencia en Mérida, cuando sedujo vil y cobardemente á un joven que le había dispensado su amistad y colmado de favores; pero aquellas miradas, aquel talle y aquel conjunto, eran de un tipo tan característico, que no podían confundirse ni equivocarse si una vez llegaban á verse. Ese malvado es un Antinoo con una alma de Lucifer. Ningún esfuerzo había hecho para disfrazarse, y entre el semi-mendigo que yo conocí antes, y el elegante caballero en cuya presencia me hallaba, no había más diferencia que en los arreos de su vestido, rico y elegante. Parecióme tan audaz semejante conducta, que casi llegué á sospechar si Antonio se había preocupado en el suceso de Bue-

na Vista, y me había transmitido su preocupación.

El dueño de la casa me presentó al "cónsul de Colombia" que me recibió con una arenga pedantesca y aun ridícula. En esto consistía su talento diplomático, celebrado y aplaudido por algunos jóvenes frívolos y sin mundo, que se deslumbran con el oropel. Mientras me hablaba, clavé con intención mis ojos en los suyos, y, aunque al principio recibió esta mirada con bastante serenidad, parecióme que al fin hubo de desconcertarse. Yo me figuré que le había chocado mi fisonomía y el aire con que le miraba. Tal vez buscaba allá en sus recuerdos alguna cosa que de improviso le había ocurrido, sin acertar con ella á punto fijo. Sin embargo, durante la comida conservó toda su sangre fría, á pesar del menosprecio con que recibí sus palabras, y el desvío con que le traté. Alguna vez, en medio del bullicio y de la animación que en la mesa reinaba, creí notar en la frente de Cruyés una nube sombría, que pasaba rápidamente causándole cierta distracción vaga é imperceptible. Aunque era el héroe de la fiesta, y todos los concurrentes le colmaban de atenciones, á las que correspondía con afectación, no por eso dejó de observarme constantemente, y muy á menudo sus miradas se encontraron con

las mías. Yo estaba impaciente y airado en semejante situación.

Y más y más me indignaba, notando que el coronel Landero, comandante de la plaza y uno de los que habían concurrido á la mesa de D. E***, escuchaba con el mayor interés los falsos relatos de aquel impostor descarado. Durante el café, habló Cruyés de Bolívar, Sucre, Santander, Paez, Córdova y otros muchos hombres ilustres que han contribuído á la libertad sur-americana, como de otros tantos individuos con quienes había tratado íntima y familiarmente.

—Bolívar (decía el insolente embaidor) si hubiese obsequiado mis insinuaciones y seguido mis saludables consejos, no hubiera sacrificado tantos hombres valerosos en las llanuras de Bocaya, en que batió otra vez al sanguinario Morillo, pues si bien decidióse la victoria en nuestro favor, no fué sino después de una obstinada y sangrienta resistencia.

—¡Y la acción de Carabobo! exclamó Landero. ¿Qué me dice usted de la gloriosa jornada de Carabobo?

—¡Oh! repuso el seudo-cónsul colombiano. Precisamente me trae usted señor coronel, á un terreno que yo conozco palmo á palmo, y en el cual han caído algunas gotas de mi sangre. Nuestras fuerzas vinieron de nuevo á las manos con las tropas realistas el día 24 de Junio de

1721, en el para siempre famoso llano de Carabobo. ¡Qué combate! ¡Qué victoria! Figúrese usted que yo era adecan de Bolívar aquel día crítico, y andaba de fila en fila comunicando órdenes. Ello..... me costó alguna cosa.... es decir... un bayonetazo , un rasguño en el muslo izquierdo; pero esto no vale la pena. Ganamos la acción por la intrepidez de la caballería que mandaba Paez, y de los ingleses auxiliares. Torres, sucesor de Morillo, retiróse con los restos de su división á Puerto-Cabello; y entonces Cartagena y la Guaira quedaron en nuestro poder. ¡Qué día, el memorable 24 de Junio de 1821! ¡Qué acción, la gloriosa de Carabobo! ¡Qué triunfo, el del inmortal Bolívar!

Sin embargo, estoy segurísimo que el día 24 de Junio de 1821, el narrador de estos sucesos hallábase en Mérida á mil leguas de Carabobo. Pero Landero que estaba perfectamente enterado de la historia militar y política de Bolivar, y oía repetirla con tal exactitud, no podía figurarse que aquel hombre le engañaba burlándose de su entusiasmo. Por lo menos, el impostor poseía el talento particular de no aventurar ninguna especie de que no estuviese informado. ¡Cuántos charlatanes y embusteros llegan á representar un papel importante, contando tan solo por auxiliares con una buena memoria, y so-

bre todo con el candor y poca crítica de una sociedad amante de novedades!

Landero se había apoderado del cónsul, y ambos se hallaban engolfados en un diálogo rápido y acalorado, que todos los convidados escuchaban con el mayor interés y curiosidad.

—Y bien, dijo el comandante. Seguramente usted no abandonaría á nuestro héroe, y seguiría usted participando de sus triunfos y de su gloria.

—¡Abandonar yo á Bolívar! ¡Yo que en mi corazón le había consagrado un altar para tributarle una especie de adoración! ¿Usted se figura que yo había de abandonar al libertador de mi patria?

Y mientras lanzaba estas enfáticas exclamaciones, parecía apelar á su memoria para asegurarse de lo que iba á referir, pues convencido de que se las había con un hombre de talento y penetración, y que además poseía un buen caudal de noticias, cualquier tropiezo ó dificultad, cualquiera inexactitud ó anacronismo, le hubiera comprometido gravemente. Después de una ligera pausa, prosiguió:

—El resultado de la jornada de Carabobo, fué dejar completamente libre de sus formidables enemigos á la nación colombiana; más el Perú estaba invadido aún, y no tenía esperanza alguna de triunfar sin el poderoso auxilio de la espada del libertador de Colombia.

—Es verdad, y yo he leído en los periódicos que los peruanos dirigieron una invitación muy expresiva á Bolívar.

—Y también habrá usted leído, repuso Cruyés al punto, que Bolívar no fué insensible á esta súplica de nuestros hermanos oprimidos. Dejó las comodidades del descanso, abandonó el fausto y los honores de que estaba rodeado, y atravesando de nuevo las peligrosas crestas de los Andes, se dirigió al Perú á la cabeza de un ejército de siete mil hombres.

—¡Exactamente! exclamó Landero. Así lo refieren los diarios de Nueva Orleans y de Baltimore.

—Pues yo daré usted más detalles y noticias que cuantos pudieran suministrarle los diarios de Nueva Orleans y Baltimore, porque está usted hablando, mi coronel, con un testigo ocular de los sucesos que refiere.

—Adelante, señor cónsul, adelante.

—Avistóse Bolívar en Junin con las tropas expedicionarias, y las derrotó completamente.

—¡Oh!

—Y en seguida dió la batalla de Ayacucho, y allí quedaron humillados para siempre los enemigos de la libertad americana.

—¡Vivan los vencedores de Ayacucho! gritó Landero, arrebatado de su exaltación patriótica, sin acordarse de que es-

taba en casa de un caballero español, á quien seguramente no haría mucha gracia la ocurrencia.

—Vencedores en Ayacucho, continuó Cruyés, entramos triunfalmente en Lima el día 3 de Septiembre de 1823.

—¡Apenas hay de esto once meses!

—Y aquí me tiene usted tan lejos del teatro en que se representó este suceso glorioso.

—¿Y cómo?...

—¿Cómo? Que el gobierno de Colombia, para recompensar mis cortos é insignificantes servicios en la guerra de la independencia, me ha nombrado cónsul de la República en Veracruz. Yo dije: "cedant arma togae," y entré en la carrera diplomática.

El coronel pareció extrañar un tanto aquella metamórfosis repentina de militar á cónsul; pero si tuvo ánimo de dirigir agluna observación al vencedor de Junin y de Ayacucho, la cosa se quedó allí, porque habiendo hecho señal de "vela" la campaña del muelle, á la cual correspondió la del principal cuerpo de guardia, todos los convidados nos levantamos de la mesa, y nos dirigimos de prisa al espacioso mirador de la casa. Un marino inteligente obtuvo la preferencia del "anteojo," y al cabo de algunos segundos de observación, sin embargo de haberse ocultado ya el Sol no habiendo más luz

que la del crepúsculo, anunció á los que allí estábamos que la embarcación avistada era..... un bergantín.

—¿Mercante? preguntaron algunos.

—No, respondió el marino. Es un bergantín de guerra.

—¡A ver! gritó el comandante de la plaza. ¿Puede distinguirse la bandera?

—Sí, sí dijeron todos: la bandera, la bandera.

—¿La bandera? repuso el que observaba. La bandera... si no me equivoco... digo... como ya estamos casi á obscuras... y el tal bergantín se halla tan fuera... ¡ah, ah!... sí... no hay duda. Es bandera colombiana.

Por un movimiento instintivo, todos volvimos la vista buscando con ella al "cónsul de Colombia."

Pero el cónsul de Colombia ya no estaba allí. D. E*** que venía subiendo las escaleras del mirador, manifestó haber recibido encargo de hacernos presente sus excusas por una separación tan brusca é intempestiva. Hízome alguna impresión aquel rasgo de descortesía, y no sé por qué me cruzó la idea de que ese movimiento tenía alguna conexión con la llegada del bergantín. Ninguno hizo alto en ello, y después de haber disfrutado de la vista del mar por algunos instantes, bajamos á la sala en donde ya estaban reunidas varias señoras: al cabo de me-

dia hora volvió el "cónsul" acompañado de "sus dos hermanas."

Toda la sangre se me cuajó en las venas á su aspecto. Representóseme con tal viveza la historia de nuestro pobre amigo, la seducción de aquel malvado, los funestos encantos de aquellas meretrices, la burla cruel y odiosa de que Antonio fué víctima, y la formidable dolencia que le sobrevino; que hube de quedarme horrorizado, mientras que todos los jóvenes y caballeros se apresuraban á saludar á las dos "señoritas," ofrecerlas sus obsequios y mendigar de ellas una mirada afectuosa. Yo no sé lo que pasó por mí en aquel instante aciago; pero no caí en la cuenta del papel ridículo que estaba representando, sino cuando el flotante vestido de una de aquellas viles criaturas se rozó contra mi fraque, y oí la destemplada voz de Juan Cruyés, que me gritaba:

—¡Con permiso, caballero!

Herido como de un golpe eléctrico al escuchar aquella especie de reclamo arrogante, volví en mí de la sorpresa que me causó la presencia de las dos harpías, y experimenté un acceso de ira tan violento, que apenas pudo refrenar el respeto que me debía la casa de D. E.*** y la sociedad en que me hallaba. Encaré, pues, con el osado impostor, y le repuse.

—¡Usted lo tiene, señor capitán!!!—de piratas—díjele al oído.

El pirata me lanzó una atroz mirada de odio profundo, á la cual correspondí con otra de desprecio y aversión. Guardó silencio, sin embargo; pero todos se apresuraron á excusarme por mi distracción, y algunos me hicieron observar que me había yo equivocado, pues aquel caballero no era capitán, sino el cónsul de Colombia.

—Bien puede ser: dije en voz alta, de manera que me oyese el impostor. Lo uno no quita lo otro: no hay inconveniente en que ese buen señor sea hoy cónsul, pero me parece que antes ha sido capitán de cierta embarcación que él puede recordar, sin duda. . . . .

Los que me habían explicado oficiosamente cuál era el carácter de Cruyés, se retiraron encogiéndose de hombros, y compadeciéndose de mi ningún tacto de sociedad y trato de gentes. . . . . .

Los ojos del pirata centellaban de furor y de rabia. Si antes pudo sospechar que yo no le había reconocido, después de lo que había pasado entre ambos ya no debía quedarle ni sombra de duda. A pesar de todo, conservó toda su audacia y serenidad. Presentó en el estrado á las dos prostitutas que llamaba hermanas, y se dirigió con paso firme y seguro á colocarse en un sofá, en medio de dos bellas y amables señoritas con quienes entabló una conversación animadísima. Y he aquí

que aquel hombre infame y corrompido, que se había presentado sin recomendación alguna y dándose un dictado cuya legitimidad nadie se empeñaba en averiguar, abusando de la buena fe y candor genial que reina en nuestra sociedad, virgen todavía, osaba profanar con su presencia una reunión de personas decentes, que le habían acogido con ligereza y sin examen. Pero nada me admiraba tanto como el ver y observar tal osadía y descaro, á pesar de hallarse convencido el malvado de que allí había uno, por lo menos, que le conocía y podía delatarle. Seguramente no recordaba á punto fijo en dónde nos habíamos visto, ni quién podía yo ser; pero yo estaba firmemente resuelto á auxiliar su memoria, de una manera ruidosa. Toda la dificultad, que no dejaba de ser grave, consistía en verificarlo de suerte que en nada se comprometiesen el nombre y estimación del pobre enfermo encerrado en S. Lazáro. Esta consideración en gran parte ha contribuído á frustrar mi proyecto.

La belleza de las dos extranjeras, si bien deslumbraba de pronto, descubríase luego que todo era obra del más esmerado artificio, y que allí nada había natural sino una palidez sospechosa, oculta bajo los afeites del tocador. Acaso la regularidad y frescura de sus facciones pudieron ser agradables en otro tiempo; pero bien

fuese la preocupación en que me hallaba, y la certidumbre que tenía de que aquéllas infelices pertenecían por sus vicios á la clase más abyecta de la sociedad, ó que realmente hubiese en su físico alguna cosa repugnante; lo cierto es que su voz, su fisonomía y sus modales me chocaron de un modo raro, y estuve muy lejos de experimentar la viva y peligrosa impresión que llevó á su ruina al desgraciado amigo que lloramos. A duras penas podía yo reprimir mi disgusto observando que casi todos aquellos jóvenes, ligeros y extravagantes, consagraban su atención y obsequios á las dos hermanas, si lo eran, dejando en el olvido á las amables, bellas y virtuosas señoritas que habían concurrido á la tertulia casera de D. E*** sin sospechar que iban á ponerse en contacto con dos mujeres perdidas.

La más joven de éstas, seguramente la que conoció Antonio bajo el nombre de Paulina, fué desde luego invitada á sentarse al piano. Poco se hizo de rogar, acercóse al instrumento, y ejecutó con la mayor soltura y despejo varias piezas delicadas y del mejor gusto. Su habilidad provocó el entusiasmo de algunos filarmónicos, é insensiblemente fueron agrupándose al rededor de aquella sirena la mayor parte de los jóvenes admiradores de todo lo nuevo, que solo por serlo excita su facticia susceptibilidad. Yo no sé có-

mo me encontré en aquel círculo; el caso es que estaba tan próximo al instrumento, que podía notar hasta el más ligero movimiento y ademán de la que ejecutaba sobre él. Cuando me hallaba más distraído, acercóseme uno de ésos vejetes entrometidos que todavía tienen la pretensión de agradar á las damas, y en tono misterioso y solemne díjome al oído:

—¿No es verdad que toca el piano cual jamás se había oído en estas regiones lejanas?

Miré de pies á cabeza á aquella especie de hombre y le dije:

—Buenas noches, caballero.

—¡Eh! me replicó: con razón se ha amostazado contra usted el señor cónsul. ¡Vaya un genio atrabiliario!

—¡Caballero!

—¡Vamos! no se enoje usted, que yo no lo digo por tanto; pero eso de no llamar por su título al señor cónsul de Colombia, y salir con la fría de apodarle... capitán... pues que si lo fué, había llegado al grado de coronel en los ejércitos de Bolívar... y...

—¿Y de qué sabe usted todo eso? ¿Quiere usted comprar un pleito ajeno?

—¡Yo! ¡Dios me libre! Mi único placer es adorar á las damas. Por eso le llamaba á usted la atención sobre esta hechicera, que está haciendo prodigios en el piano: ¿no es verdad, caballerito?

—Si le parece á usted, señor mío, puede hacer presente su admiración á la que es objeto de ella. Por lo menos así opino yo.

—Bien; pero si quiere usted seguir mis consejos..., los consejos de un hombre experimentado, y que se precia de ser un tanto conocedor de los usos y maneras del gran mundo...

—¡Caballero, por Dios! Reserve usted sus consejos para quien se los pida.

—¡Jesús, qué pertinacia! Cuando le digo á usted, caballerito que todo esto es por su bien...

—Hablemos claros: yo no quiero recibir los consejos de usted.

—¡Peor, cabal, peor para usted! exclamó el personaje, dando un gran golpe con el puño de su bastón en el espaldar de una butaca.

Yo estaba á punto de perder la paciencia, viéndome acosado de aquella manera tan ridícula. El figurón continuó en sus exclamaciones:

—¡Qué se va á decir de los yucatecos, después de este lance! ¡Qué juicio va á formar la gente civilizada, cuando sepa que usted ha llamado capitán... á un cónsul de Colombia!

—Lo dicho dicho, repuse yo con la voz alterada. El señor cónsul de Colombia en otra ocasión se ha llamado el capitán "Juan Cruyés."

No bien se escapó de mis labios este nombre, é hirió el oido de la joven que tocaba el piano cuando ésta volvió los ojos azorada hacia mí, encendiósele el color, equivocó los compases de la música, ya no supo en dónde colocar los dedos, y convirtióse la sonata en una verdadera algarabía. Cesó por fin de tocar, y llevando el pañuelo á la frente, inclinóse sobre el piano y pidió con voz desfallecida un vaso de agua. Sin embargo de la rapidez con que pasó todo esto, Juan Cruyés fué el primero que se presentó en auxilio de su hermana: tomóla del brazo, hízome un gesto amenazador que solo yo comprendí, y después de dar un paseo por la sala y hacer que Paulina respirase el aire libre en el balcón, la obligó á que continuase en el piano la pieza musical interrumpida. De allí en adelante, Cruyés y yo nos observábamos mútuamente; pero ni él se atrevió á dirigirme la palabra, ni yo me dí por entendido. Verdad es que yo deseaba la ocasión de explicarme francamente con él, y pedirle una satisfacción por el cruel ultraje que había inferido á nuestro buen Antonio; pero estaba visto que no era aquel el lugar más apropósito para entrar en ciertos pormenores. Así, pues, durante el tiempo de la tertulia, revestíme de prudencia para evitar un escándalo inútil en una casa tan respetable cual lo es la de D. E.***

Prolongóse la "soireé" hasta una hora muy avanzada de la noche. Yo me despedí antes del dueño de la casa, y salíme á la calle á observar si sería posible apalabrarme con el pirata, á tiempo de retirarse. Las escenas que pasaron en aquella noche, habían llamado la atención de algunos pocos de los concurrentes; pero nadie pudo comprender qué era lo que realmente había ocurrido. Vieron por mi parte un rasgo de mala crianza ó torpeza en el suceso de la llegada de las dos damas, y una impertinecia en la disputa ó coloquio con aquel vejete extravagante; pero ni se oyó la palabra fatídica que proferí al oído de Cruyés, ni se supo la causa del vértigo de Paulina, ni se vió la actitud que con tal motivo tomó el pirata. Sólo éste y yo nos habiamos entendido perfectamente, y el malvado estaba ya en guardia contra cualquiera sorpresa. En nada había perdido su arrogancia ni su actitud insolente. Esto no dejaba de confundirme; y se necesitaba de toda la seguridad y convicción que yo tenía de no haberme equivocado, para insistir en mis pesquisas.

En la intención de no retirarme aquella noche antes de dar un paso decisivo con Cruyés, permanecí en espectativa en la calle próxima, recorriéndola de un extremo á otro, mientras salía de la tertulia la persona á quien esperaba. Desde el

principio de mi paseo, observé el bulto de un hombre embozado que se apoyaba en un cañón de esos que suelen fijarse en nuestras esquinas; y si de pronto no me llamó la atención, pareciéndome aquello una mera casualidad, después creí observar, sin embargo, que el embozado hacía algunas evoluciones sospechosas. Yo no portaba arma ninguna, y por lo mismo cualquier encuentro en aquel sitio y en aquella hora con un hombre armado y que abrigase malas intenciones, podría comprometerme en un lance peligroso, del cual sacase yo la peor parte. Sin embargo de esta reflexión, pudo más en mí el deseo de mostrarle mi entereza á aquel hombre: dirigíme, pues, á él con paso firme, y ahuecando la voz y metiendo ambas manos en los bolsillos del pantalón, preguntéle en tono de autoridad:

—Dígame usted, camarada, ¿qué hora tenemos?

—Demasiado sabe usted la hora que es, señor curioso, pues no hace dos minutos que oyó usted el relox de la ciudad. Siga su camino que es lo que hoy le importa.

Confieso que al hallarme sorprendido "in fraganti" en un defecto tan ruín, como lo es el de una curiosidad impertinente, me desconcerté sin saber qué replicar al desconocido, que me hacía un reproche que justamente merecía. Además, era

su voz tan aterradora y diabólica, y sus ojos que se distinguían á la escasa luz de un farol cercano, tenían un brillo tan siniestro y horrible, que me encontré sin ánimo de continuar el diálogo, y proseguí lentamente en mi paseo, tomando la acera opuesta. El embozado permaneció en su sitio con la mayor tranquilidad.

Al cabo de algunos minutos, salieron simultáneamente muchas personas de la casa de D. E.***, y entre ellas apareció Juan Cruyés, llevando de bracero á una señora principal, mientras que sus dos cómplices ó hermanas venían del propio modo con dos caballeros. El vejete extravagante, con su voz chillona, era de la comitiva del cónsul, á quien iba prodigando todo linaje de honores, para que no quedase mal puesto el nombre yucateco en el juicio de aquel extranjero "ilustre," que había sido edecan de Bolívar. No perdí la esperanza de hallarme á solas con Cruyés y sus mancebas, y estaba resuelto á no volver aquella noche á la casa en que me hospedaba, sin quitar, de una vez, la máscara al malvado impostor. Acaso habría alguna imprudencia en esta resolución temeraria y poco meditada, pues era claro que iba á tenerlas con un hombre avezado á la falsedad y á todos los crímenes, cuando yo me encontraba sólo, sin atreverme á comunicar mi proyecto á persona alguna; y aunque lo hubiera pen-

sado, ya para esto era tarde. Ninguna de estas consideraciones bastó á detenerme, y seguí de cerca el grupo en que iba Cruyés y las meretrices que le acompañaban, á lo que parece, en todas sus incursiones. Yo no sé si fué ilusión; pero me figuré que el pirata volvía la cabeza de cuando en cuando, y que me había percibido á través de la espesa obscuridad que reinaba. No por eso me detuve; y seguía mi marcha á paso firme, cuando he aquí que al volver una esquina encontréme frente á frente con el embozado, á quien yo creía bastante lejos de aquel sitio; y tomándome de un brazo, preguntóme en cierto tono que remedaba mi voz y mi acento:

—Dígame usted, camarada, ¿qué hora tenemos?

Me veo obligado á confesarte, mi querido amigo, que en aquel instante crítico, al hallarme sorprendido tan bruscamente por aquel hombre, ó demonio, me abandonó todo mi valor, y quedé como petrificado. Apretábame el embozado con su mano durísima, y sus dedos de hierro se incrustaban dolorosamente en mis carnes, cual si fueran tenazas. En medio de mi estupor; acerté á lanzar un gemido sordo, que me arrancó el agudísimo dolor que experimentaba; y temiendo, acaso, aquel salvaje que yo, intentase alzar la voz y pedir socorro, con la mano que conservaba libre, no menos vigorosa que la

otra, tapóme la boca y las narices. Todo esfuerzo para librarme de aquella especie de pesadilla, fué enteramente inútil. Debatíame en una convulsión penosa, y llegué á creer que aquel hombre pretendía estrangularme, para no dejar vestigio del asesinato que estaba cometiendo. Algunos instantes pasé en este agudo tormento; más al fin el asesino abandonó su presa, y caí sin sentido en un fango que había en medio de la calle. Cuando volví en mí, el embozado había desaparecido, y ningún rumor se sentía. Entonces comprendí que su objeto había sido hacerme perder la huella del pirata. Incorporéme, y pensé en retirarme de una vez á la casa en que me alojaba; pero nunca mi resolución de castigar á Cruyés, había sido más firme y decidida. Mi sangre hervía de furor.

Echéme en la cama; pero no pude dormir en el resto de la noche. Mil proyectos, á cual más desacordados, cruzábanse en mi imaginación febril; pero después que hubo venido el día, mi final determinación fué la de no proceder á cosa alguna, sin consultarla antes con Antonio, quien estaba más directamente interesado en el asunto. En esta dilación, que provenía del temor de no acertar bien, consistió precisamente la salvación del pirata. Vestíme de prisa, y me dirigí al muelle para hacer hora de ir á S. Lázaro.

La mañana era hermosa, plácida y alegre, como no suelen serlo las mañanas de Agosto. Estaba reunida en el muelle una turba inmensa de curiosos, que había atraído allí la extraña novedad de haber fondeado en el puerto, por primera vez, un bergantín de guerra perteneciente á la escuadra de una de las nuevas repúblicas hispano-americanas. El comandante de la plaza era uno de los muchos curiosos que esperaban la aproximación de una espléndida lancha, que, á toda vela y remo, se dirigía magestuosamente al punto de la reunión numerosa. El hermoso pabellón de la nueva república, fundada por Bolívar, flotaba en el mástil de popa. Venía en pie al timón un oficial corpulento, entrado ya en edad, de mirada grave y sombría, y dirigiendo con su voz á doce marineros robustos que tripulaban el esquife. Yo no sé por qué me figuré, cuando este oficial desembarcó en el muelle, que era el mismo hombre embozado, que me había acometido en la noche anterior. Creí reconocer aquella frente despoblada de cabellos, aquellos ojos fosfóricos, aquel talle robusto y aquellas manos nervudas, largas y aceradas.

El oficial saludó y presentó unos pliegos al comandante de la plaza. En seguida preguntó, con mucho interés, si permanecía en ella el honorable señor "Fernando Olabarrieta," cónsul de la repúbli-

ca colombiana destinado por su gobierno al puerto de Veracruz. El comandante dióle cuantas nuevas podía apetecer, felicitóle por haber llegado al puerto á pesar de los cruceros españoles que había en el golfo, hízole algunas advertencias sobre lo peligroso que sería á su embarcación el dirigirse á las aguas de Veracruz en donde el gobierno español, dueño aún de San Juan de Ulúa, conservaba algunos buques de guerra; y, en conclusión, se dirigieron ambos al interior de la ciudad, haciéndose paso entre la multitud. El vejete entrometido de la noche anterior, fué de los primeros que se presentaron á ofrecer su amistad y protección al comandante del bergantín colombiano.

Yo permanecí en el muelle entregado á las más extrañas conjeturas, en vista de aquellos sucesos. El acento del oficial de marina me había confirmado en mi sospecha anterior, de ser el mismo embozado que guardaba las espaldas á Cruyés. Pero el bergantín había fondeado al ponerse el sol del día precedente. ¿A qué hora, pues, vino á tierra sin obstáculo y volvió á reembarcarse? ¿Por ventura, el pirata era realmente cónsul colombiano? ¿Aquel buque de guerra pertenecía á la nueva república? Esto era para perder el seso, y más cuando yo no tenía con quien consultarme en aquel conflicto. Cuando

creí que ya era tiempo de almorzar, retiréme de aquel sitio.

A las once tomé una volanta y me dirigí á San Lázaro.

Hallé á Antonio entregado á su habitual melancolía. El honrado sepulturero estaba en su compañía, y, según pude conjeturar, había tenido una conversación sobre los sucesos de Regino, contra el cual lanzaba Antonio vehementes exclamaciones. Así que nos vimos solos, le referí todo cuanto me había ocurrido, entrando en los detalles del convite, de la tertulia, del encuentro con el hombre del embozo, y de la venida á tierra del comandante del bergantín colombiano fondeado á nuestra vista y á muy corta distancia de la playa. Arrepentíme luego de mi imprudencia, porque de nuevo abrí las heridas mal cicatrizadas de aquel afligido corazón. Consternóse nuestro pobre amigo de tal manera, que por espacio de algunas horas fué imposible hablar sobre lo que convenía hacer en aquel lance, que era precisamente el objeto de mi viaje al hospital. Al fin tuve que esperar por todo el resto de aquel día, tan precioso para mi intento.

Cuando el sol iba á ocultarse, rogué á Antonio que saliésemos por las cercanías, más con la intención de que se distrajese de su melancolía, que con la esperanza de oir su dictamen sobre los últimos suce-

sos. Mucho me costó vencer su resistencia. Nos dirigimos al baluarte de S. Fernando, lugar que Antonio prefería. Quedóse contemplando el mar, agitado ligeramente por la brisa de la tarde; y fijando después sus ojos en el bergantín colombiano, exclamó:

—¡Allí se habrá embarcado ya mi verdugo!

La idea de que esto pudiese ser efectivo asaltóme por la primera vez, y quedé como herido de un rayo.

—¡Si esto fuese posible! murmuré yo, después de pensar en ello algunos segundos.

—Mal conoces á Juan Cruyés, replicó Antonio, si has podido dudarlo. Después de haberle tú reconocido, ¿crees que permanecería tranquilo y sereno, esperando el efecto de tu cólera é inquietud? Ese pirata que toma tantos nombres, que se reviste de disfraces tan variados, que se aplica títulos y condecoraciones, que finge é inventa tan prodigiosamente; no hay duda que cuenta con muchos medios de sostener los papeles que representa.

—Bien, todo eso puede ser cierto hipotéticamente. Más yo no creo que el bandido aún está en nuestras manos, y su castigo no debe diferirse. ¿Consientes en que yo delate ese hombre á la justicia?

—No.

—¿Y entonces?

—Dejemos á Dios el cuidado de vengarme. Tantos crímenes no han de quedar impunes.

—Pues de eso se trata, mi querido Antonio.

—Sí, es verdad; pero yo pienso que á mí no me toca castigarlo.

—Esa idea es errónea, amigo mío: Dios se vale de nosotros, como de un instrumento, para ejercer los actos de su justicia. Si hoy que podemos prestar un importante servicio á la sociedad, poniendo en sus manos á un criminal que puede causarle aún infinitos daños, rehusamos hacerlo por una consideración mal entendida, seremos hasta cierto punto cómplices de ese malvado.

—Ese razonamiento, mi querido Manuel, estriba en un sofisma; pero aun cuando fuera justo y legítimo ¿qué pruebas podrías presentar contra un hombre recibido en la sociedad con un carácter oficial, y en cuyo favor están todas las presunciones? ¿No se llama "cónsul de Colombia"? ¿No ha referido al comandante de Campeche tantas acciones de guerra en que se ha visto, entrando en todos sus pormenores? ¿No dice que se hallaba en "Carabobo" el día 24 de Junio de 1821, cuando precisamente era yo entonces la víctima de su infame conducta? ¿No ha llegado un bergantín de guerra

de su nación? Dejémoslo, pues, porque no podemos remediar el mal.

Hacíanme fuerza estas reflexiones; pero no era fácil que yo precindiese de mi propósito. Además de que había un crimen horrible, el crimen cometido contra Antonio, aún no vengado, yo también estaba ofendido personalmente, y me era durísimo consentir en que aquellos bandidos siguiesen impunemente en su dilatada carrera de crímenes y excesos.

—Pues bien, dije entonces á Antonio: ya que no consientes en que tu nombre suene en este asunto, yo voy ahora mismo á desafiar á ese hombre, y á batirme con él. Me ha hecho un ultraje enviando á un asesino en persecución mía.

—Vamos, me repuso Antonio con calma. Ya estás delirando. Fuera de que, ¿ves ese punto negro que va perdiéndose en la obscuridad... allá muy lejos... cerca del bergantín colombiano?

—¿Y qué?

—Esa es la lancha en que Juan Cruyés y sus mancebas se dirigen á la embarcación de guerra, para alejarse de Campeche.

Aún no había terminado Antonio la frase, cuando ya estaba yo fuera del reducto, y emprendiendo una carrera deshecha, me encaminé al barrio de S. Román, para tomar la calle que guía á la puerta de este nombre. Llegué bañado de sudor

á esta casa, y después de reponerme un tanto, entré en la sala en que estaban las señoritas de la familia, y allí me encontré con el maldito fantasmón que me había comprometido la noche anterior en la tertulia de D. E.***

—¡Oh, mi querido amigo! exlamó al verme, y echándome los brazos al cuello. Diez vueltas he dado por acá, para ver si se reconciliaba usted con el benemérito señor cónsul de Colombia, á fin de que no quedase mal puesto el pabellón yucateco; pero ¡trabajo perdido! Ha tomado usted hoy las de Villadiego, y no he podido dar con usted. ¡Qué diablo! El señor cónsul y sus bellas y hechiceras hermanas, se han marchado en el bergantín de guerra, sin que usted...

—¡Han partido! repuse consternado, hallándome más bajo la influencia de aquella inesperada partida, que bajo la impresión pesada y grosera de aquel hombre: ¡Han partido, Dios mío! repetí.

—Esa exclamación le deja á usted absuelto en mi inexorable tribunal, díjome aquel ente. Se conoce que anoche faltó usted á la etiqueta, no por ignorancia sino por distracción: "Ego te absolvo."

Yo me desprendí de los brazos de aquel hombre insoportable, saludé á las señoritas, y después de unos momentos de conversación me retiré á mi aposento.

Tal fué el término de este suceso. ¡Paciencia!

Estas últimas noches las he pasado en S. Lázaro; pero no he dicho á Antonio cosa alguna, ni él tampoco ha mostrado empeño en saber lo que ya había adivinado.

P. D.—Somos 19 de Agosto.

Me parece necesario comunicarte un nuevo incidente que acaba de ocurrir. Anoche me dirigía á San Lázaro; y habiendo dejado la calesa en el puente de S. Román para seguir á pie hasta el hospital, encontréme casi enfrente de San Fernando con un caballero elegantemente vestido de negro, el cual me saludó con cierto acento de cordialidad y dulzura, que llamó desde luego mi atención, y más porque me pareció que esa voz no me era del todo desconocida.

Cuando llegué á S. Lázaro, Antonio me esperaba con ansia para comunicarme que al anochecer había visto de lejos al personaje misterioso á quien él tomaba por el Dr. Moore; y que habiendo intentado dirigirse á él, hallándose en compañía de Germán, perdiósele en un montecillo de la playa. No juzgué oportuno hablarle de mi encuentro.

De todos modos, parece claro que el Dr. Moore está aquí; y lo que me parece aun más claro, es que el tal doctor y yo

debemos de conocernos mútuamente porque esa voz... no hay duda... yo conozco esa voz. Veremos lo que da de sí este suceso.

Siempre tuyo.



CARTA XXII.

De Manuel á Melchor.

S. Lázaro, 12 de septiembre de 1824.

Querido mío: Tengo para mí que Don Pablo te habrá significado el motivo de mi silencio de estos días. ¡Qué quieres! Condenado por el destino á ser testigo de los sufrimientos y tormentos de este malogrado joven, negóme á un mismo tiempo los medios de aliviarle. Duro es, en verdad, que el hombre, obra portentosa y esmerada de la creación, sujeto esté á tantas y tan exquisitas miserias. Si fuese lícito someter á un severo examen los decretos del cielo, no faltaría aparentemente razón para dirigirle los sentidos apóstrofes que Job, aquel hombre de paciencia y de dolor, lanzó con un grito de agonía convulsa desde el asqueroso muladar en que se agitaba. Pero siendo ines-

crutables los altos designios de Dios, no queda más recurso que enmudecer, y pedirle con el lenguaje fervoroso y expresivo del corazón, que se compadezca de la frágil criatura. Cierto que harto necesitamos todos de su bondad y misericordia.

Yo bien me había figurado que la presencia en estos sitios del personaje que se denomina "Dr. Moore," sería precursora de algún extraño suceso. En efecto: han ocurrido ya algunos de un carácter singular que no puedo menos de comunicarte, así por el vivísimo interés que tenemos en todo cuanto dice relación con nuestro pobre amigo, como porque realmente me hallo en una situación crítica en que he menester de consejo, y ninguno mejor que tú debería dármelos para salir de este conflicto, supuesto que tú y yo somos los únicos que estamos enterados á fondo de los pormenores de este horrible y espantoso drama. Deber nuestro es, sin duda, acudir en auxilio de este desventurado mancebo, que expía en un hospital de leprosos "el delito" de no haber tenido bastante astucia para libertarse de las pérfidas sugestiones del mundo, y de las acechanzas malignas que le puso un infame bandido, para el cual no existe en la tierra un castigo capaz de hacerle compurgar sus estupendos é inauditos crímenes.

Un día después de mi encuentro con

aquel hombre cuya voz no me pareció desconocida, le fué entregado á Antonio un billete que hubo de sacarle de sus profundas cavilaciones, para sumergirle en otro linaje de padecimientos morales. Un dependiente de la casa había recibido el tal billete de manos de un marinero cuyas señales no pudo expresar. He aquí su contenido.—"Mi querido señor: inútilmente he rondado por las cercanías del hospital, buscando una ocasión de hablarle sin testigos: siempre le he visto en compañía del sepulturero Germán, cuya presencia no solo me parece inútil sino aun peligrosa en la entrevista que me atrevo á pedirle. Tampoco creo necesario que concurra á ella ese joven deudo y amigo que se encuentra con usted; pero si ofrece lealmente como caballero no revelar nuestra conferencia á ninguna persona que pudiese amenazar mi seguridad individual, bastariame esto, y desde luego consentiría yo en que le acompañe, si usted lo desea así. Tengo que hablarle de Regino y de otros varios puntos que le interesan de cerca. Si usted acepta mi indicación, esta noche á las siete, al pie de "la cruz del cabrero," le espera á usted un amigo que le compadece y quisiera aliviarle."

No es fácil explicarte cuál fué, en el momento de la lectura de las precedentes líneas, la impresión que ví pintarse en la

espaciosa frente de Antonio. Era una mezcla de sobresalto, esperanza y temor; eran las señales de una verdadera agonía. Hallábase aún bajo la influencia de esta primera impresión, cuando de improviso entró en el aposento nuestro amo Germán, lanzando en torno miradas siniestras, respirando congojosamente y dando muestras de extraño y súbito terror.

Yo traslucía de antemano que entre el sepulturero y Antonio habían mediado ciertas confidencias, cuyos detalles ignoraba sin embargo. Claro estaba que si Regino había reconocido en nuestro amo Germán al marinero que con solo su presencia y voz había detenido el furor del capitán Frasquito en el abordaje del pailebot encallado en los bajos de Cozumel, Antonio habría inquirido la verdad para conocer el hecho en todos sus detalles. Y el hecho y sus precedentes no dejarían ciertamente de ser extraordinarios, supuesto que desde la época en que debió de hacerse este descubrimiento, es decir, desde el día en que el desventurado anciano apareció de nuevo en el hospital después de su viaje misterioso, yo veía á Antonio, si cabe, más triste, melancólico y sombrío. Maldecía á Regino, se entregaba á meditaciones profundas, hablaba poco, y tenía momentos de hallarse tan distraído, que solía cruzarme la idea de que esa situación podía terminar

en una verdadera locura. Los consuelos de la amistad, las reflexiones, mi cariño y cuidadoso afán no servían sino de nuevo tormento y pesar al pobre enfermo. Así, pues, ignorante yo de algunas particularidades, y sin ánimo de investigar lo que, según las apariencias, no había empeño ni voluntad en comunicarme, no me quedó otro recurso que observar y guardar silencio, mientras la necesidad y las circunstancias no me obligasen á romperlo. La escena que ahora voy á referir me iluminó lo suficiente para enterarme del estado actual de las cosas.

El sepulturero se paseaba de un extremo á otro de la habitación. Su andar era tardío, vacilante y enfermizo: toda la energía de su corazón, toda la fuerza de sus músculos parecían momentáneamente enervadas. Cruzados los brazos sobre el pecho é inclinada la cabeza con abatimiento, el anciano era presa de siniestros pensamientos, que visiblemente no podía sacudir. Yo leía en un libro aparentando indiferencia: Antonio, con los ojos muy abiertos y azorados, seguía uno por uno todos los movimientos de Germán.

—¿Será que está allí el capitán Frasquito, Regino, ó alguno de esos piratas infames que debieran ser descuartizados? gritó Antonio de repente, sin mudar de actitud.

—¡Silencio, joven presuntuoso y teme-

rario! exclamó el sepulturero deteniéndose, recobrando todo su vigor y clavando sus ojos fosfóricos en los de Antonio. ¿Con qué derecho, (prosiguió en tono terrible y amenazador) condena usted, haciéndose juez, á esos infelices á quienes su negra y ominosa estrella ha lanzado en los agrios y escabrosos senderos del mal? ¿Qué ha sufrido usted de la injusticia de los hombres para hablar con tal rabia y despecho de sus prójimos? Yo, ¡infeliz de mí! víctima escogida para satisfacer delitos agenos, ultrajado, humillado y envilecido, me resigno con mi suerte. ¿Es usted, por ventura aquel mismo joven de nobles y filantrópicos sentimientos, que me echó en cara mi dureza, mi abierta resistencia á recibir las postreras confesiones de Juan Cruyés? ¿Qué ha ocurrido de entonces acá, para haber cambiado hasta ese punto? Días ha que escucho pacientemente sus lamentos, sus maldiciones y su lenguaje de ira y furor contra todo lo que existe; y en verdad que no tiene usted razón, por más graves que puedan ser los motivos que le han arrastrado á este hospital.

Enmudeció Antonio sin que yo pueda decirte á punto fijo si aquel silencio era efecto de la convicción ó del despecho. El sepulturero entre algunas lágrimas y ahogados gemidos iba descubriendo las enconadas heridas de su corazón, reve-

lando todo cuanto se encerraba en aquella alma afligida y agobiada de fuertes pesares.

Amaneció un día (prosiguió Germán) desde el cual datan todas mis desgracias. Era el 8 de Septiembre de 1807. La noche precedente había sido horrenda: un viento impetuoso del "oeste" hizo desbordarse al mar, y la ciudad de Campeche estuvo á punto de inundarse. Embarcaciones fondeadas en el puerto se estrellaron contra los muros de la plaza: una multitud de buques menores se chocaron entre sí haciéndose pedazos: las olas y el viento amenazaban destruirlo todo. En medio de aquella confusión y trastorno, los vecinos de los barrios, principalmente los de la vida marinera, acudiamos á lo largo de las playas en auxilio de nuestros infelices compañeros, cuyos buques se habían deshecho en la tormenta. Nuestras fuerzas, nuestras casas, nuestro haber todo quedó á disposición de los pobres náufragos, que á duras penas habían librado con vida de aquel amargo trance. Yo conduje á mi hogar á un tigre... ¡Ah, Dios le haya perdonado! No debía recordar esto, sino para pedir al cielo el descanso eterno de Juan Cruyés.

El sepulturero hizo una breve pausa, y en seguida continuó.

—Ese día, pues, presentóse en el umbral de mi casa un hombre preguntando

por mi nuevo huésped, con quien tuvo á solas una larga plática. La fisonomía de ese hombre, sin tener nada de horrible ni repugnante, hizo en mi alma una impresión parecida á la que se experimenta en medio de una pesadilla, á la vista de algún objeto fantástico que nos amenaza, que nos persigue tenazmente, y que nos arroja, por último, en lo hondo de un negro y ancho abismo. ¡Oh! Aún siento extremecerme todo cuando recuerdo el extraño influjo que este hombre ominoso ha ejercido en los días críticos de mi vida, en los días de mis grandes calamidades domésticas. Sí; una sola vez penetró bajo mi techo hospitalario, y desde esa vez sola comenzó á destruirse piedra por piedra el edificio de mi felicidad.

—¿Quién es, entonces, ese ente maligno? preguntó Antonio.

—Lo ignoro: respondió Germán. Lo cierto es que su vista ha sido siempre para mí de mal agüero. Pasados algunos meses del temporal de Campeche, hallábame en el muelle de Veracruz cuando un amigo mío al saber que yo pensaba embarcarme para Cadiz acercóseme y me hizo una espantosa revelación. Yo había dejado á Cruyés al cuidado de mi casa y de mis cortos intereses, acumulados después de algunos años de sudor y trabajo, con la mira de hacerle esposo de mi hija

mayor, que apenas entraba en la pubertad. Aquel infeliz había abusado de la inocencia y candor de la niña, la había seducido cobardemente exponiéndola á la infamia y á la maledicencia pública. Confuso y horrorizado al escuchar los pormenores de mi deshonra, corrí á disponer mi regreso á Campeche; y no bien hube dado los primeros pasos, cuando halléme frente á frente del siniestro personaje cuya fisonomía me causaba un pavor indefinible, y que parecía haber presenciado, sin advertirlo yo, la escena que acababa de ocurrir en el muelle.

A medida que el sepulturero hablaba, mi interés y curiosidad iban en aumento; pero temeroso de cometer alguna indiscreción que le obligase á interrumpirse, adopté el partido de no intervenir en la plática, y fingir que leía atentamente en el libro que tenía entre las manos. Tan absorto parecía yo en mi lectura, que Germán no me dirigía ni una sola mirada. Prosiguió, pues, en su relato.

—Fué imposible embarcarme aquel día mismo en una goleta que zarpó de Veracruz para Campeche. Pero cuarenta y ocho horas después logré mi objeto, y ansiaba el momento de llegar, no para evitar el mal que ya estaba hecho, sino para ver si era dable disminuir sus consecuencias. ¡Ah! mejor me habría sido mil veces perecer sumergido, y que los mons-

truos del mar se hubiesen cebado en mis carnes, que volver á las playas de Campeche para ver consumada mi deshonra, mi familia entera reducida á la miseria y próxima á perecer. El mismo día que vine á tierra, mi pobre hija había fallecido violentamente de resulta de unos brebajes que su vil seductor le hizo tragar; y el desventurado había huido llevándose cuanto yo poseía. En medio de mi amargura y desesperación, cuando estrechaba contra mi consternado pecho el yerto y amoratado cadáver de mi pobre y desgraciada hija, percibí al través de una cortinilla que cubría la ventana, un rostro siniestro que parecía espiar mis palabras y ademanes. ¡Ah, Dios mío! aquel rostro, aquellas facciones pertenecían al hombre misterioso que me perseguía.

—¿Y por qué no salir luego en demanda suya, para exigirle una explicación de conducta tan singular y repugnante? preguntó Antonio extremeciéndose ligeramente.

—No, amigo mío, repuso Germán. Todo habría sido inútil; y además en aquelos momentos sólo podía sentir y no pensar. La muerte habría sido para mí un socorro generoso del Cielo. Todavía en aquella propia tarde, cuando llevé á sepultar yo mismo el cuerpo inerte de mi malograda hija, la funesta visión

volvió á presentárseme. La brisa agitaba suavemente los árboles vecinos, el Sol había desaparecido en el Occidente, las olas lamían las paredes del pequeño cementerio de Guadalupe; y unos cuantos curiosos atraídos más por lo extraño del caso, que por el espíritu de caridad cristiana, habían venido á presenciar el entierro de una niña que no llevaba en su lecho funeral flores, palma ni corona, porque el pudor y la vergüenza habían retraído á mi esposa de ataviar el cadáver con estas galas de la virginidad. Al terminarse la triste ceremonia, encaminéme á la reja del cementerio, y un vago temblor se difundió por todos mis fatigados miembros al observar que el propio personaje, con sus ojos impasibles y fijos cual si fuesen de esmalte, me miraba con intención desde la parte exterior. Entonces quise dirigirme á él, resuelto á saber de cualquier manera lo que de mí pretendía; pero mi asombro se aumentó extraordinariamente al echarle de menos en aquellos sitios. Inútiles fueron todas mis pesquisas: el extranjero había desaparecido como una fantasma, dejando en mi alma la confusión, el asombro y el terror que hasta hoy no he podido sacudir, á pesar de los años que han pasado.

Hizo el anciano una nueva pausa: Antonio le miraba con cierto aire particular, como pidiéndole la continuación de aque-

lla historia, y yo para mejor fingir mi indiferencia, volví con algún ruído una hoja del libro que aparentaba leer. Al cabo de algunos minutos, nuestro amo Germán prosiguió de esta manera.

—Mi desventurada esposa no pudo resistir al influjo de nuestras desgracias, y comenzó á experimentar un rápido aniquilamiento: ella criaba con sus pechos á mi último hijo; pero la leche se convirtió en ponzoña, y el niño tragaba la muerte en la misma fuente de la vida. Habiendo quedado por puertas, era imposible meter en casa una nodriza. Yo estaba á punto de perder el juicio, ó de suicidarme, tal vez, cuando una mujer se nos presentó á ofreecr sus servicios para lactar á mi hijo, expresando que estaba suficientemente gratificada por un hombre que la había acompañado hasta allí: lancéme fuera, á fin de alcanzar á ese hombre compasivo y generoso, y manifestarle mi eterno agradecimiento. A los primeros pasos descubrí al misterioso extranjero que se deslizaba á la extremidad de una callejuela próxima, desapareciendo á mi vista. Yo quedé petrificado de horror, porque se me figuró que alguna nueva desgracia iba luego á sobrevenirme. En efecto: ese propio día falleció mi inocente hijo, precediendo en pocas horas á su infortunada madre!

—¡Dios eterno! exclamó Antonio, ¡con

que es verdad que existen, según he comenzado á figurarme, ciertos hombres antipáticos, cuya sola presencia es para nosotros la señal de algún infortunio!

—Sin duda alguna, y para que usted acabe de convencerse, escuche usted y horrorícese. Sin aliento, enfermo, triste y abatido, casi me era imposible ocuparme en algo para buscar el sustento de dos pequeñas hijas y otro hijo, hermano gemelo de mi pobre Gaspara. La fragilidad en que mi hija había tenido la desgracia de caer, alejó de mi casa á todo el mundo, y mis vecinos y amigos me excomulgaron de su sociedad...

—¡Infames! gritó indignado nuestro amigo, dando una fuerte puñada sobre la mesa que tenía cerca. ¡Infames! ¿Por qué la sociedad es tan injusta con la desgracia? Rie y triunfa el malvado seductor que, abusando de su fuerza y poder, tiende un infame lazo á la débil y frágil criatura que se rinde á sus mentidos halagos, á sus engañosas promesas. ¿Qué hace entonces esta maldita sociedad? Protege directa é indirectamente al corruptor de la inocencia: celebra su "brillante victoria," y el "héroe" se ostenta orgulloso por todas partes. ¿Y qué hace de la víctima? La humilla, la desprecia y la condena á la execración pública, fingiendo hipócritamente que la compadece. ¡Dios mío! ¿por qué es así el mundo? ¿por qué son

tan duras y salvajes nuestras leyes? ¿por qué no hay justicia en la tierra?

Asomó á los labios del sepulturero una ligera sonrisa de despecho; y balanceando su abultada cabeza, al compás seguramente de sus tétricos y melancólicos pensamientos, sin responder una sola palabra á las enérgicas observaciones de Antonio, prosiguió hablando como si nadie le hubiese interrumpido.

—Abandonado de todos, la miseria y las dolencias sobrevino muy pronto. Hallábame tendido en una estera, hecho presa de una calentura que me devoraba lentamente, teniendo á la vista á mis dos pequeñas niñas que agonizaban acometidas de la viruela, cuando observé que mi hijo entraba y salía de casa con demasiada frecuencia: él era ya mi única esperanza en la tierra, y le cuidaba y vigilaba con toda escrupulosidad y esmero de que me consideraba capaz. Yo no sé por qué se me figuró que andaba en pláticas sospechosas con alguno de fuera. Sacando fuerzas de flaqueza y arrastrándome dolorosamente, asomé la cabeza por una portezuela que daba á la calle para observar mejor lo que ocurría. Yo ví entonces que el extranjero le entregaba un bolsillo , marchándose en seguida con precipitación. Crucé las manos sobre la cabeza á la vista de mi ángel malo, y caí sin sentido, asaltado ya de una especie de lo-

cura, de la cual no volví sino al cabo de mes y medio. Cuando hube recobrado el libre uso de mis potencias, supe que las niñas habían muerto con solo dos días de diferencia, y que no restábamos de la familia sino yo y mi hijo. Este jamás pudo hacerme otra explicación acerca de la presencia de aquel hombre fatídico á quien yo atribuía mis desgracias, sino que habiéndose acercado á informarse caritativamente de nuestro estado actual, había obligado al muchacho á que recibiese un bolsillo henchido de monedas de plata. ¿Quién era este hombre que así se afanaba en perseguirme, como en socorrer mis necesidades, procurando aliviar mi situación? He aquí lo que jamás he podido explicarme. ¡Incomprensible misterio!

—Verdad es que semejante individuo aparece rodeado de cualidades raras y contradictorias. ¿Cree usted, pues, nuestro amo, que ese ente singular sería el verdadero autor de las desgracias que lamenta?

—No me atrevo á afirmarlo: puedo sí asegurar que ese hombre ejerce un influjo maligno en los sucesos de mi vida; y que á pesar de sus aparentes beneficios, me ha horrorizado siempre, porque su presencia ha sido precursora de algún infortunio. Además, él huye de mí, supuesto que nunca me ha sido posible poner-

me en contacto con él, sin embargo de haberlo procurado seriamente, venciendo la indecible repugnancia que me causa. Todavía va usted á verle...

—Sí: veamos, veamos: rezongó Antonio con cierto acento de curiosa impaciencia que me volvió el alma al cuerpo, pues yo temía que las explicaciones y comentarios interrumpiesen el curso de la historia que con tanto interés escuchaba. Inmoble, clavada la vista en el libro que no leía, y con el oído atento, esperé con ánsia las palabras del sepulturero.

—Habiendo perdido en Campeche tantos objetos queridos, quise alejarme de una población en que además eran conocidas mis desgracias y la causa que las había producido. Por otra parte, yo necesitaba que mi hijo aprendiese algo para proporcionarse un modo de vivir honroso en la sociedad, y todo mi afán era sacar de él un hombre útil para sí y para sus semejantes. ¡Padre infeliz! Hasta de este único consuelo me ha privado la voluntad de Dios. Luego que me hube repuesto un tanto de mis dolencias, pensé sériamente en lo que más me convendría hacer. Apalabréme con un marino, antiguo conocido mío, y tuvimos una solitaria conversación en una enramada de la playa de S. Román. Hablamos largamente de mis asuntos, y después de haberme convenido con él, quedamos en que mi

hijo y yo nos embarcamos en el bergantín de su mando, que iba luego á salir para la Habana. Había cerrado la noche cuando nos separamos de aquel sitio; pero la luna llena estaba ya sobre el horizonte, coronando las cumbres del cerro de S. José. Mi amigo el capitán se encaminó al interior del barrio: yo emprendí mi retirada por la playa con dirección á la zapata de S .Carlos. Apenas dí los primeros pasos, cuando llamó mi atención un ligero rumor: volví la vista, y quedé petrificado de terror al observar el bulto de un hombre que, escondido detrás de los fragmentos de una lancha, había sin duda escuchado nuestra conversación. A la pálida luz de la luna percibí entonces aquellos ojos, aquellas facciones... Eran las del diabólico extranjero, que acechaba todas mis acciones. Con la funesta experiencia que yo tenía, no me quedó duda alguna de que iba á sobrevenirme algún aciago suceso. ¡Dios mío! Ya esto era demasiado para una pobre criatura, agobiada de tan repetidas desgracias.

—Y bien ¿qué sucedió?

—¿Qué sucedió? Perder para siempre á mi hijo, á mi idolatrado hijo, que era la única prenda que conservaba en el mundo, el solo vínculo que me sujetaba á la vida.

—Vamos: explíquese usted, que ya esto me interesa demasiado.

—Resuelto á poner fin á situación tan extraña, hice un esfuerzo para vencer el terror que experimentaba, indigno en verdad de un corazón fuerte, y además libre é inocente: ¡pésame el decirlo! Yo no era dueño, sin embargo, de conseguir sobre mí mismo el triunfo que deseaba A los primeros pasos que dí para abalanzarme á aquel hombre de Satanás, vacilé y quedé convertido en estatua: la lengua se me había pegado al paladar: mi sangre se había helado en mis venas; y mis pies parecían clavados en la arena. No pude evitar, pues, que se marchase tranquilamente, sin darme explicación alguna. Lo confesaré con franqueza é ingenuidad: yo le tuve miedo, y me parece que este miedo, este pavor supersticioso de que me hallaba acometido, eran ciertamente disculpables. El infortunio y los pesares habían abatido por demás las fuerzas de mi espíritu, y encontrábame sin valor y sin aliento.

—Sí, amigos míos: dijo Antonio estrechando cariñosamente la encallecida mano del viejo contramaestre. Sobrados motivos tenía usted para aterrarse. ¿Quién no se habría abatido hallándose en las circunstancias de usted? ¡Pobre amigo mío! ¡Cuán desgraciado ha sido usted sin merecerlo!

—No me atrevo á decir otro tanto, mi joven amigo; ¡y sin embargo me abatía entonces el rigor de mi destino!

Ambos guardaron algunos momentos de silencio. Luego prosiguió Germán.

—En vista de lo ocurrido, díme prisa á huir cuanto antes de Campeche. Al día siguiente estábamos listos para salir á la mar; pero nos detuvimos por haberse presentado enfrente del puerto, allá á lo lejos una embarcación sospechosa. Aunque según las noticias recientemente llegadas de España, el pueblo entero se había armado para resistir á la invasión francesa, y de enemiga se había convertido en amiga la Inglaterra, cuyas embarcaciones eran el azote de nuestros mares; sin embargo, como ni esas noticias estaban confirmadas de una manera oficial, ni los ingleses eran muy escrupulosos, tuvimos cierto vago recelo y se suspendió el viaje. Más al día siguiente un bote tripulado con cuatro hombres al mando de un oficial de la marina inglesa, vino á tierra conduciendo para el teniente de rey de la plaza una multitud de impresos, en que se hacía una relación detallada de los acontecimientos de la Península, que confirmaba las nuevas anteriormente recibidas. El oficial compró algunos víveres frescos, y regresó tranquilo á bordo de su embarcación, que era la misma que habíamos tomado por sospechosa. Al des-

pedirse en el muelle de los que allí estábamos, con aire de indiferencia insinuó la especie de que se dirigía á la Habana, y de que convoyaría con mucho gusto á cualquiera embarcación que hiciese viaje hacia aquel rumbo, significándonos que su goleta zarparía en aquella propia noche. Caímos miserablemente en la red: el buque era de piratas, y fuímos á entregarnos incautamente en sus manos. Era de noche, y el abordaje fué tan súbito é inesperado, que no dió lugar á resistir. Apoderáronse los infames del buque y su cargamento y haciéndonos embarcar en una lancha, nos enviaron á la playa. Durante las ocurrencias que habían sobrevenido, mi hijo estuvo constantemente junto á mí sin perderle de vista. Estaba seguro de haberlo hecho bajar al esquife con nuestros compañeros de desgracia, antes de verificarlo yo mismo. En medio de la confusión general, dímonos prisa en alejarnos del enemigo antes que variase de resolución. Sin embargo, mi primer cuidado fué buscar á mi hijo. ¡Dios mío! el muchacho no estaba allí. Yo no puedo explicar cuál fué mi angustia y sobresalto: figuréme al momento que habría caído al agua y perecido. ¡Ay de mí! Menos infeliz sería yo si hubiese muerto tragado por las olas. Ambas embarcaciones, la de los piratas y la que había sido nuestra, estaban á la vela, y navegaban

mar en fuera; pero compadecidos mis compañeros de infortunio, remaron en sentido inverso para acercarse al enemigo y pedir noticias de mi pobre hijo. A punto ya de tocar á bordo nos detuvo una descarga cerrada de pistolas, que felizmente no produjo daño ninguno. Al resplandor causado por la explosión percibí perfectamente la figura de un hombre colocado en el botalón del bergantín enemigo, y con los brazos cruzados presenciaba impasiblemente aquella escena, con los ojos clavados en la pequeña lancha. Ese hombre... ¡me estremezco sin querer! ese hombre era el maligno extranjero, el ente misterioso que tenía en sus manos el hilo de mis destinos. Una nube sombría se apegó sobre mi frente, y caí á plomo dentro del esquife. Entonces yo creí percibir una voz conmovida y patética que decía á mi oído. "El niño está aquí; silencio y cordura." Perdí enteramente el conocimiento, y cuando volví en mí, al día siguiente, estaba ya en la playa de S. Román, disipadas todas mis esperanzas de recobrar á mi hijo...

Hasta allí el sepulturero permanecía en pie enfrente de Antonio; más al llegar á este pasaje de su historia, arrodillóse el pobre anciano, cruzó los brazos, y clavando los ojos en una bella pintura que representaba á "María al pie de la cruz," quedóse engolfado en una meditación

profunda. Desde luego haría comparación entre los dolores y angustias de aquella madre desolada, y lo que él propio experimentaría al perder al hijo único que había sobrevivido á la destrucción de su familia. Pasado algún tiempo, besó la tierra humildemente, se incorporó, y más sereno prosiguió su narración.

—La serie de desgracias que me habían agobiado, abatieron ciertamente mi espíritu; pero la última, en vez de rendirme y dejarme caído por tierra para siempre, produjo al contrario en mi ánimo una completa revolución que me salvó del abismo. Revestíme de energía, recobré mi antigua firmeza, fortalecí mi ánimo y dije á mi destino: "luchemos pues;" y la lucha ha sido tremenda en efecto, y al fin... ¡no sé si habré quedado rendido! Ignorante del paradero de mi hijo resolví lanzarme á la mar, viajando en mi clase hacia todas direcciones, sin detenerme en punto alguno, y buscando la huella de Juan Cruyés, á quien yo creía con razón autor ó cómplice en el último atentado. Por espacio de cinco años mis esfuerzos fueron inútiles: nada pude descubrir. Al cabo de ellos, hallábame en Tarragona en medio del bullicio y alegría universal que reinaba por el completo triunfo obtenido contra los invasores, lanzándoles fuera del territorio español, y por la deseada vuelta del cautivo Fer-

nando VII. Yo iba á todas partes donde había bullicio, gente y animación, sin perder jamás de vista el objeto que me guiaba. El rey hizo su solemne entrada en la ciudad: un inmenso gentío cubría la carrera, y todo era júbilo y alegría. De repente, como si hubiese sido una exhalación rápida y momentánea, me pareció haber visto deslizarse á través de la multitud al terrible extranjero, y en pos suya á mi hijo, corpulento ya y bien conformado, en unión de una señora elegante y ricamente ataviada. Las dos simultáneas apariciones produjeron en mí un efecto que no sé explicar. Sin embargo, yo quería ver á mi hijo... y lancéme en seguimiento suyo. ¡Tentativa inútil! Nada pude descubrir permanecí en Tarragona muchos días haciendo las mas diligentes pesquizas, hasta que perdí de nuevo toda esperanza. Conociendo, además, que si aquel joven desgraciado se había lanzado en un camino peligroso, mi voz y mi brazo no lograrían apartarlo de él por ser ya demasiado tarde... encomendé al cielo su suerte, y resolví atravesar de nuevo el Atlántico, volver á la América, fijar mi residencia entre mis antiguos conocidos y protectores, ejercitarme en la navegación costanera. y esperar tranquilo el último juicio de Dios. En efecto: aprovechéme de la primera oportunidad que se me ofreció, y pasando por

Valencia despedíme para siempre de mi patria querida, y volví á refugiarme al seno de la que yo había adoptado. Después de muchos días de navegación ocurrióseme una vez registrar mi maletilla de viaje y hacer un inventario de los efectos que me habían quedado. Extraordinaria fué mi sorpresa y terrible mi dolor, cuando halléme dentro de mi cartera con un billete de letra desconocida, en que una misteriosa mano venía á disipar mis últimas ilusiones, y arrancarme la postrera esperanza de remedio y salvación.

—¿Cuál, pues, era el contenido de ese fatal billete? interrumpió Antonio, lleno de ansiedad.

—Muy sencillo: hélo aquí. "Buen Germán: el muchacho se ha perdido: Juan Cruyés ha corrompido su corazón. Yo nada puedo..."

—¡Dios mío! gritó nuestro amigo, tan azorado como yo estaba al escuchar aquella historia. Estos sucesos (continuó) no hay duda: alguna conexión tienen con los que á mí me han arrastrado á S. Lázaro. Prosiga usted, nuestro amo, prosiga usted por piedad.

El sepulturero juzgando acaso que la agitación y asombro del pobre Antonio carecían de fundamento, sacudió la cabeza con cierto aire de admiración irónica, y por primera vez se puso á mirarme atentamente, esperando sin duda hallar

en mi fisonomía una sonrisa burlona que confirmase su juicio de que Antonio desvariaba. Alguna fuerza, sin embargo, debió de causarle mi actitud, y, sobre todo, la extraña turbación de nuestro amigo, porque súbitamente arrugó la frente, arqueó las cejas, se llevó la mano izquierda á la barba y quedóse pensativo. Entonces comprendí que Antonio no le había confiado del todo su funesta historia, pues que de otra suerte era imposible que no sospechase el buen anciano el motivo de aquella sorpresa y agitación. Pendiente Antonio de sus palabras, rogóle de nuevo que prosiguiese. Así lo verificó Germán, algún tanto distraído con lo que acababa de oír y observar.

—"Yo nada puedo por ahora." No decía más el billete introducido furtivamente en mi cartera. ¿Cómo se había hecho esta operación, sin conocimiento mío? Esto es lo que hasta aquí no he podido explicarme, aunque confío en que hoy mismo quedará descubierto el misterio.

—¡Hoy mismo! exclamamos á la vez Antonio y yo, que por fin había cerrado el libro para no perder ni una sola palabra del resto de aquella historia.

—Sí, señor; hoy mismo. Esto lo entenderéis perfectamente, escuchándome hasta el fin.

—Pues bien, amigo mío, repuso Antonio: eso es lo que yo deseo vivamente. Concluya usted.

—Voy á terminar en pocas palabras. Luego que aporté de nuevo á las siempre plácidas y risueñas playas de Campeche, mi segunda patria, pronto hallé ocupación; y un antiguo camarada mío, que merced á su constancia en el trabajo había llegado á acumular un cuantioso capital, me confió el mando de un pequeño pailebot cuyo tráfico era de aquí á Walix Fuése mitigando por la acción del tiempo la amargura de mis pasados infortunios; y resignándome enteramente á la voluntad de Dios, comenzaba á recobrar la paz dichosa del alma, en la confianza de que mi desgraciado hijo habría alguna vez de volver al buen sendero. Esta confianza no carecía de fundamento: el autor del singular billete que había hallado en mi cartera, no era otro seguramente que el misterioso extranjero; y aunque su conducta para conmigo aparecía en verdad demasiado equívoca, solía sin embargo figurárseme que alguna cosa podría hacer en favor de aquel desventurado mancebo. Así, pues, no estando ya en mi mano influir en la felicidad ó desgracia de mi hijo, me limité á pedir humildemente al cielo que iluminase su entendimiento. Solo había en lo más profundo de mi alma una pasión terrible y que en vano procuraba refrenar: esta pasión era el ódio y la sed de venganza que me devoraba. ¡Dios me lo perdone!

Pero yo había jurado arrancar el corazón á Juan Cruyés y bañarme en su sangre. . . . .
. . . .

Debo á usted mi querido Antonio, el haberme sacado de aquel fango asqueroso.

Después de otra ligera pausa, prosiguió el sepulturero:

Ningún obstáculo ni contratiempo había experimentado en mis repetidos viajes á Walix. Más un día al penetrar mi pailebot en el canal formado por la isla de Cozumel y la tierra firme, observé que una embarcación oculta en una pequeña ensenada, procuraba hacérsenos casi invisible. A no navegar siempre muy sobre aviso, habríamos caído en manos de la tripulación que acechaba nuestro pasaje: al punto procuré escapar mi buque de aquella asechanza: marinamos para salir del canal, y en el instante la embarcación oculta abandonó su escondite y se abalanzó á perseguirnos. Durante su rápida y bien dirigida evolución, con el anteojo en la mano observaba yo la maniobra del enemigo, y no perdía uno solo de sus movimientos. De improviso... creí haber percibido la fisonomía de aquel terrible extranjero; más la aparición había sido tan súbita y tan fantástica, que no me era posible explicar si la visión se me había presentado á bordo de mi pailebot, en la embarcación que nos perseguía, en

la mar, en el aire ó en el tubo mismo del anteojo: todos mis conatos en aprender de nuevo aquella figura y examinarla, fueron inútiles: había aparecido y desaparecido como un relámpago. Pensé entonces si habría sido alguna ilusión óptica; pero ya fuese ilusión ó nó, había desde luego producido en mi alma el temor de una catástrofe. Un fatal presentimiento vino, pues, á agobiarme, y en medio de mi confusión y sobresalto, arrastrado el pailebot por la fuerza de la corriente, fué á encallar miserablemente en una coia de arrecifes: no había ya ninguna esperanza de salvación, y amonesté á mis compañeros para empeñarles á resistir si eramos abordados; pero ninguno se encontró en ánimo de trabar una lucha tan desventajosa, y confiaron todos su suerte á mi experiencia. Yo, entre tanto, ignoraba el partido que nos convendría adoptar: había visto á aquel extranjero; y tenía por segura alguna desgracia. El enemigo, al notar que habíamos encallado, temeroso de igual catástrofe arrió velas y echó el ancla. Destacó en seguida una lancha tripulada con doce hombres: estando ya próxima, mandé que mi gente se ocultase, y escudado yo mismo del palo mayor, quedé en espectativa arbitrando en mi mente algún recurso para salir de aquel conflicto. Llegó en fin el momento crítico... ¡Todavía me espanta el re-

cuerdo de esta terrible escena! Asomé entonces la cabeza, y dirigí á aquellos bandidos algunas palabras de paz y sumisión: el que hacía de jefe respondió burlándose y ordenando á los suyos que hiciesen sobre mí una descarga á quemaropa. ¡Dios eterno! En aquel instante reconocí á mi hijo convertido en capitán de piratas.

—¡Ya lo escuchas, Manuel mío! gritóme Antonio. El capitán Frasquito, aquel hombre terrible cuyas odiosas y sangrientas aventuras nos comunicó Regino en su cartera, es hijo de nuestro amo Germán.

Hice entonces un gesto de muda admiración y espanto. Antonio cruzó los brazos sobre la mesa que tenía delante apoyando en ellos la abrasada frente. El sepulturero, como si le hubiesen presentado la cabeza de Medusa, quedóse extático contemplando aquella silenciosa escena, que hubo de prolongarse por más de un cuarto de hora. El viejo contramaestre fué el primero en interrumpirla.

—Ahora comprendo, dijo, el motivo que usted tiene para aborrecer á Regino: era amigo de mi hijo, y mi pobre hijo es un monstruo detestable.

Dos gruesas lágrimas se escaparon de los ojos del sepulturero, y rodando lentamente sobre sus mejillas, vinieron á

caer sobre su pecho. Antonio alzó la vista, y le dirigió una triste mirada de reconvención. Yo rogué al buen anciano que terminase su relato.

—Harélo así, prosiguió con balbuciente voz. Mi desdichado hijo también me había reconocido, y hubo un momento en que llegué á creerle libre del negro abismo de perdición y maldad en que tuvo la desgracia de caer. Subió á bordo de mi pequeño pailebot, y mis lágrimas ¡oh, considere usted lo que pueden las lágrimas de un padre desolado! mis lágrimas habían obtenido una completa victoria sobre el vicio y el crimen. Revelóme entonces algunos pormenores de su vida: las seducciones de Juan Cruyés, y el desastrado fin de este famoso pirata, á quien suponía muerto. Breve fué nuestra conferencia; y vista la imposibilidad que existía de que por entonces permaneciese en mi compañía, supuesta la temeraria y arrogante resolución de ese feroz y empedernido mancebo... de ese Regino que, fugándose de aquí sin duda se ha lanzado de nuevo en su infame carrera, aconsejéle yo mismo que tornase á su embarcación. Más él me había jurado que volvería á mis brazos dentro de un mes... ¡Años ha que le estoy esperando en vano! ¡Dios mío: solo tú que lees en el fondo de los corazones, solo tú puedes saber lo que el mío ha sufrido! Mi hijo no vol-

vió... amigos míos.... mi hijo aún no ha vuelto y.... ¡tal vez sería ya demasiado tarde para ello!....

—Sí, prosiguió Germán. No sé qué presentimiento me hace pensar en alguna nueva catástrofe, porque el maligno extranjero... Más yo quiero antes enteraros de todo. ¿Recuerda usted Antonio mío, el día en que usted fué á buscarme al cementerio para recibir la postrera confesión de aquel infeliz leproso... que en eterna paz descanse?

Antonio hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—Pues bien, añadió el sepulturero: yo no estaba tranquilo aquel día: se me había figurado ver al misterioso extranjero en Campeche, aunque los años habían cambiado los rasgos de su fisonomía. Hablábase de un famoso médico inglés...

—¿De un médico dice usted? interrumpió Antonio bruscamente, y como asaltado de cierta pavura congojosa.

—Precisamente, respondió el anciano. Hallábase en el hospital de S. Juan de Dios un honrado y valiente vecino de S. Román, amigo mío é hijo de un respetable anciano que es mi bienhechor. Una cureña de cañón le había estropeado un pié en uno de los baluartes de la plaza mientras ésta era amagada por la columna volante. Apelóse á la ciencia del médico recienvenido, y yo acudí al hospital

á presenciar el reconocimiento: llegué tarde: el médico salía muy de prisa y... ¡yo no sé! Creí haber notado un cierto golpe... cierta semejanza con "aquel" hombre; y después de los sucesos de ese día casi rayó en evidencia la vaga sospecha que me había asaltado. Jamás se presentó á mi vista el singular extranjero, sin que luego, muy luego, dejase de sobrevenirme alguna desgracia; y ya lo sabe usted, Antonio mío: pocas horas después fuí iniciado en el secreto de que vivía el verdugo de mi familia... el desventurado Cruyés ¡á quien Dios haya perdonado, como yo también le perdoné!

El sepulturero arrodillóse segundo vez y me pareció que elevaba al cielo una pía y silenciosa plegaria. Puesto en pie nuevamente, prosiguió de esta suerte:

—También sabe usted, mi querido Antonio, que fuí yo el depositario de algunos papeles que Juan Cruyés dejó á su fallecimiento. El mismo día en que reconocí, á no quedarme duda, las facciones del pobre Regino, encontréme en un legajo cierta especie de diario, cuyo contenido no me fué posible comprender bien; pero aquella letra, aquellos caracteres eran del todo semejantes á los del billete que apareció en mi cartera. El tal escrito había sido trazado en "Yalahau," uno de nuestros puertecillos de barlovento. Corrí á la ciudad á inquirir noticias del mé-

dico inglés: había partido. No vacilé ni un instante: sólo y á pie emprendí por tierra mi larga peregrinación. ¡También fué un viaje inútil! No faltó quien me diese alguna luz sobre el sugeto á quien buscaba; pero hacía mucho tiempo que no se le veía por aquellos sitios, y todas mis diligencias fueron en vano. Sí: yo quería ver y hablar á ese hombre aunque supiese morir en el instante mismo. Mi alma no podía soportar más tiempo aquella dolorosa y aflictiva situación. Nada me quedaba por perder sino la vida, y el perderla tal vez habría sido para mí la suprema felicidad. ¡Sí, Dios mío, porque tu bondad y misericordia no me habrían abandonado en aquel trance postrero! Cada día me he ido ratificando más y más en la resolución de tener una conferencia con ese personaje: el cielo va, en fin, á concederme lo que le he pedido fervorosamente. El extranjero está en Campeche, y pocos momentos antes de entrar aquí... le he visto... le he reconocido.

—Bien... amigo mío... sí... es preciso que nos refiera usted detalladamente... este encuentro... y... además... nada... nada. Refiéranos usted solamente este encuentro. Dijo Antonio con la voz entrecortada, y pudiendo apenas respirar, en fuerza de su sobresalto y turbación.

—El hecho es muy sencillo y sin deta-

lles, repuso Germán. Dirigíame á este sitio cuando ví venir, camino de Lerma, una calesa, corrida la cortinilla delantera. Detúveme con aire distraído á tiempo mismo que pasaba junto á mí. Miré... y le ví. Sus gafas azules ocultando aquellos ojos, su cachucha de piel y su traje rigurosamente negro me eran conocidos de antemano.

—¡Cielos! Exclamó Antonio en acento desgarrador. ¡Es el Dr. Moore!

—Justo: dijo el sepulturero. El Dr. Moore: tal es el nombre con que se presentó en Campeche el médico inglés que hizo mucho ruído en la ciudad por las admirables curaciones que llevó á cabo durante su corta permanencia en ella. Pero, en fin, ¿todo esto qué significa? Esa agitación... ese aire de terror... esa angustia... En nombre de Dios, Antonio mío, ¿qué es lo que aquí pasa?

—Nada, mi querido Germán: yo estoy tranquilo. ¿No ve usted que mi ligera turbación se ha disipado?

—No: algún misterio se encierra en esto; pero una vez que usted no quiere, ó no tiene por conveniente hacerme partícipe de él.... guardaré silencio. ¡Me avergonzaría de parecer á usted indiscreto!

—Pues bien, amigo mío, se lo diré á usted todo. Yo he hablado en otra ocasión con el Dr. Moore, y llegué á concebir la

loca esperanza de que me haría sanar de mi horrenda y asquerosa enfermedad; pero marchóse intempestivamente dejándome burlado, y llevándose á Regino en su compañía.

—¡A Regino!

—Sí, nuestro amo, al bueno de Regino. Por lo menos le creo cómplice en la fuga de ese desventurado joven, á quien yo había llegado á profesar un sincero afecto.

—¡Siempre misterioso é incomprensible! murmuró el sepulturero, quedando profundamente pensativo, y como repasando allá en su mente algunas particularidades de su pasada vida.

—Pero no importa (añadió): está aquí y hoy hemos de verle, sin perder tiempo. Conozco, por la terrible impresión que en mí produjo su presencia, que no tengo todo el valor suficiente para...

Interrumpióle en medio de la frase un criado que se presentó en el aposento. Era portador de un nuevo billete para Antonio; y como Germán se hallaba más próximo á la puerta, tomóle de las manos del criado, y dejó caer á plomo su vista en el sobrescrito de la cubierta. El anciano, como si hubiese sido herido de un golpe eléctrico, se estremeció todo: el papel se le había escapado; y su muda actitud y mirada incierta me helaron de espanto.

Antonio acudió á recoger el papel caído:

rasgó el sobre... y leyó: "Ha sobrevenido un incidente que me impide concurrir á la cita de esta noche. En el momento salgo de Campeche...; más adelante nos veremos, y ofrezco á usted no hacerme esperar mucho tiempo."

—¡Ha partido! exclamaron á una Germán y Antonio. Pero yo le buscaré hasta el cabo del mundo, añadió el primero. Ese hombre, ese demonio, ese Dr. Moore, en fin...

—Ignoro si es él quien me ha escrito, interrumpió nuestro amigo en tono triste y abatido.

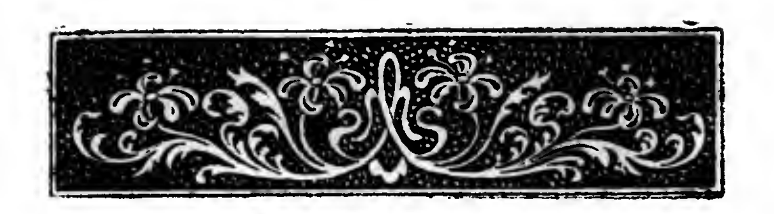
—Pero yo lo sé, y eso me basta. ¡Imposible que desconociese aquellos caracteres! ¡La misma mano que trazó el diario de Yalahau, ha escrito este billete y el que yo encontré dentro de mi cartera. Voy á arrancar á ese hombre siniestro la máscara misteriosa con que se encubre. ¡Adiós!

Y desde entonces no hemos vuelto á ver al pobre sepulturero. Ayer supimos que se ha embarcado para Tabasco, y me alegraré que así sea pues yo también, conforme te habrá instruído D. Pablo, debo marchar á Villa-Hermosa con objeto de liquidar ciertos intereses de la casa. Espero encontrarme allí con el buen anciano, y obligarle á volver á la tranquila vida que disfrutaba en S. Román.

Me he extendido, amigo mío, más de lo

que esperaba. Te dejo en libertad para discurrir y reflexionar en los pormenores de la escena que te he referido. Si á todo esto añades la impresión que recibió Antonio al saber el asesinato cometido en Padilla el 19 de Julio último, puedes figurarte lo que pasará en esa alma de fuego. ¡Iturbide era su ídolo!

Adiós, pues, amigo mío: yo no sé si podré escribirte antes de mi vuelta de Tabasco. El enfermo queda en manos del Dr. Frutos y del capellán, y por lo mismo emprendo el viaje con mucha tranquilidad y más porque él me insta vivamente á verificarlo. Sé feliz en unión de tu amable esposa, y oremos juntos por el prisionero de S. Lázaro.



CARTA XXIII

ANTONIO A MELCHOR

S. Lázaro, 1 de Octubre de 1824.

Querido amigo: los misterios del corazón forman un mundo tan vasto é incomprensible como toda la creación junta. Yo no puedo explicar ni encarecer la multitud y variedad de afectos y sentimientos que en el mío se han formado con un rápido y progresivo aumento. ¿Cómo he merecido del cielo tanta fortaleza para resistir los reiterados y dolorosos embates á que me veo expuesto? ¿Cómo vivo, ¡ay de mí! y cómo respiro? Sin embargo, ya no puede subsistir esto por más tiempo: conozco que se agotan mis fuerzas; comienza á apoderarse de mi espíritu un des-

aliento que me agobia y martiriza lentamente. Encuéntrome en un completo estado de marasmo moral.

Cierto que hay aquí dos hombres, cuya filantropía jamás por jamás acertaré á encarecer debidamente. El Dr. Frutos y el capellán. El primero ha detenido mi dolencia en medio de su marcha violenta y alarmante, dispensándome, además, consejos sabios y saludables. El otro es un ángel de paz, de bondad y de caridad. Consagrado asíduamente á tranquilizarme, ha derramado en mi seno torrentes de suavísimo consuelo; y si no he perdido totalmente el juicio, ó lanzádome á cometer algún feo atentado, cuyo solo pensamiento me horroriza en estos momentos de calma, débolo á ese buen sacerdote, que parece no haber hecho en su vida otro estudio que el de las miserias de la humanidad doliente para aliviarlas.

Te repito, querido mío, que esto es muy cierto; pero entro de vez en cuando aqui en mi corazón, en este abismo insondable de amargura y de dolor, y siento que vacilo, que me pierdo y que me hallo á punto de sumergirme. ¿A qué pruebas más duras y aterradoras ha podido someterse nunca nua criatura frágil y perecedera? pregunto á mi destino. ¡Triste de mí! pregunto á la Providencia cuál es, en fin, el término de tantas desventuras; y un silencio sombrío, un tenebroso pensamiento que me obscure-

ce y confunde el porvenir, son la única respuesta. ¡Dios mío! Sólo mi confianza en tu beldad y misericordia; sólo una fe viva y ardiente pueden salvarme de este infierno que llevo dentro de mí mismo.

Discúlpame, amigo mío, discúlpame te ruego, en nombre de ese mismo Dios en quien creo y en quien espero. Conozco que sus decretos han de cumplirse sin variar en un ápice: sé que los arcanos de su providencia infinita no están sujetos al raciocinio; pero permíteme llorar... déjame desahogar en los brazos de la amistad tan siquiera un átomo de mi acerbo é inmenso dolor.

Gozaba tranquilo de una paz envidiable: mi existencia, rodeada de placenteras ilusiones, se deslizaba sobre un terreno blando y sembrado de flores. Mis padres, mis amigos, mis libros... he aquí cuanto formaba todo mi encanto. Jamás el funesto soplo de las pasiones había agitado mi espíritu. Una juventud brillante me rodeaba: yo era la esperanza de mi familia, y tal vez... de mi patria adorada. ¿Qué es entonces lo que me ha perdido? ¿Fué acaso una larga cadena de desórdenes, algún arrebato violento, ó alguna gran revolución en mis principios de conducta social? ¡Ah, no! Fué un extravío insignificante al parecer: una mala compañía la que me lanzó en este piélago de desgracias, del cual no hay esperanza de salir. Mientras

más reflexiono en estos sucesos, más y más me confundo. Un joven bien nacido, educado con esmero y atención, se ha visto súbitamente convertido en héroe de un odioso drama, en que representan su papel piratas, aventureros, bandidos y meretrices, hallándose condenado á esperar la catástrofe final en un destierro, lejos de lo que más ama, abandonado y proscrito de la sociedad, y llevando en sus entrañas en toda la masa de sus humores, un veneno activo, una ponzoña destructora que va corroyendo los resortes de su vida, en medio de las más extrañas y dolorosas agitaciones. ¿Cuál es entonces, el suplicio reservado por tí ¡oh cielo santo! para los condenados?

Así, pues, me hallo en una cruel agonía, en esa agonía del espíritu que se presenta rodeada del más funesto aparato. Primero vienen los recuerdos tiernos confundidos con los remordimientos; después... las esperanzas perdidas... las ilusiones disipadas... y por último, esta imponente realidad de S. Lázaro, la cual me parece imposible afrontar ni en muchos años. A fuerza de repetirme constantemente estas ideas, quisiera habituarme á ellas para que perdiesen su aterradora novedad. ¡Vanos esfuerzos!

Y si á vuelta de todo, la nefanda historia de mi vida hubiese terminado allí, en el momento mismo en que pisando estos

umbrales de la muerte, parecía levantarse un muro eterno é indestructible entre la sociedad y el leproso infeliz al cual había proscrito... ¡Oh! Entonces tal vez engolfado en los recuerdos, sin proyectos ni vanas esperanzas... me habría replegado dentro de mí mismo, y escrito sobre las puertas de mi destino en la tierra aquel frío y duro "Lasciate ogni speranza" que el Dante hace leer al que una vez entra en las ardientes é imperecederas habitaciones de Satanás, príncipe de las tinieblas. Encerrado en S. Lázaro, recibiendo los consuelos de la religión santa, se habrían pasado mis horas tristes y sombrías, sin que un nuevo incidente ni un nuevo sobresalto turbasen los postreros momentos del leproso. De mi lecho á la tumba, de la vida á la muerte, tan sólo habría mediado un paso... y este paso... yo.. lo hubiera dado con valor y resignación. Pero ya lo ves, querido mío: apenas hube entrado en el hospital, cuando una larga serie de sucesos imprevistos ha venido á turbar la paz de mi espíritu, á despertar con toda su viveza mis ideas medio dormidas, y á encender mis deseos y alimentar mis esperanzas de vivir. Considérame, pues, y juzga si mis sufrimientos morales pueden explicarse. Yo siento aquí, en lo más hondo de mi cerebro, un volcán que me abrasa y trastorna todas mis potencias. Si estoy despierto, mis pensamientos se arremoli-

nan, se confunden y quedo postrado á impulsos de su acción vehemente é inextinguible. Si duermo, mi sueño es una pesadilla dolorosa, larga y fatigante. Si el sol derramando torrentes de luz se presenta sobre los horizontes, esa misma luz, la vida y la animación que á su influjo se ostentan, me sirven de martirio. Si viene la noche, los objetos todos se revisten de formas vagas y fantásticas, y por todas partes veo sombras que me amenazan, espectros que me llaman, y visiones fatídicas que me llenan de terror. ¡Dios mío! Mi cerebro, mi corazón y mi espíritu están enfermos. Yo no sé, es decir, yo no puedo explicarte todo lo que padezco.

Los hilos de esta funesta historia, vienen confundiéndose á reunirse en mí; yo soy por tanto la víctima escogida para el sacrificio. Manuel te comunicó ya todos los sucesos ocurridos hasta la víspera de su partida á Tabasco: ahora me ha llegado mi turno, y vas á ver si me falta razón para hallarme tan triste, y más que todo admirado, al ver por qué extraña é inesperada combinación se realizan las altas miras de la Providencia. Escúchame y sabrás que mi historia aún no ha terminado, antes bien, comienza á presentarse con un carácter más lúgubre y sombrío de lo que ha aparecido hasta hoy, después de las revelaciones del sepulturero y la misteriosa presencia en estos sitios de ese personaje

singular, conocido con el nombre del Dr. Moore. Reflexiona entonces si me sobran motivos de angustia, si el estado febril de mi cerebro y el extravagante trastorno de mis ideas, carecen de disculpa. Compadéceme, amigo mío, y ruega al cielo que envíe á este ser desgraciado esa dulce paz de que tanto necesita para morir tranquilo, olvidando el mundo y pensando en el porvenir; no su porvenir en la tierra, de la cual debiera estar desatado para siempre, sino el que está reservado en los tesoros infinitos de la bondad divina para las criaturas probadas en el crisol del infortunio... Cuando elevo á Dios mis plegarias, conozco y siento la verdad de estos versos de Racine:

......Su amor quiere
Que más feliz descanso el hombre espere.
A otro tiempo remite
El Ser justo é inflexible,
Su bondad dulce y su rigor terrible.

La historia de nuestro amo Germán había causado en mi espíritu una impresión difícil de explicar. Sin conocer á punto fijo cuál podría ser la conexión de aquellos sucesos con los de mi vida, me asaltaban no obstante ciertos pensamientos crueles cuyo origen buscaba en la identidad de aquellos nombres funestos: "Juan Cruyés." Después de haberme despedido de

nuestro amigo, encerréme muchas horas en mi aposento, oprimido bajo el peso de mi extraña situación. Rumiaba las últimas revelaciones del anciano, y á fuerza de conjeturas quería yo descorrer el velo misterioso que ocultaba á mi vista no sé qué cadena de crímenes y desgracias. Sentado en el hueco de una ventana había yo visto ocultarse el sol dentro de las aguas del mar, dejando en pos un crepúsculo ceniciento y melancólico como los recuerdos de mi pasada existencia. De repente un ruido lejano de músicas y sonidos armoniosos llegó á mis oídos. Observé entonces que las embarcaciones fondeadas en el puerto estaban empavesadas: que ninguna canoa pescadora cruzaba sobre aquella superficie tersa y tranquila: que en los contornos del hospital reinaba un silencio profundo; y que de allá lejos salía un rumor sordo como el que forman las voces reunidas de un numeroso pueblo. De pronto me pareció incomprensible todo aquello; pero después que reflexioné algunos instantes, recordé que espiraba el 14 de Septiembre, y que ese día era el gran día del pueblo campechano: "El día del Señor de S. Román."

Acometido de cierta especie de delirio, tomé mi capa y sombrero, y sin dar ningún aviso lancéme fuera del hospital resuelto á ir á la fiesta, mezclarme en la concurrencia y participar alguna vez de las

expansiones de la sociedad. Semejante paso podía muy bien comprometerme, pues con él violaba abiertamente los reglamentos de la casa, abusaba de la poca libertad que se me había concedido, y más que todo, me exponía á un lance humillante ó acaso peligroso. Pero yo estaba ciego, agitado de cierto vértigo inexplicable; y en aquel momento, si se me hubiese presentado la ocasión de fugarme y poner de por medio entre el hospital y yo, un mundo entero, sin vacilar, olvidándome de todo, habría dicho un eterno adiós á mi ominoso cautiverio, arrojándome á través de todos los obstáculos, á buscar en cualquiera parte una muerte menos cruel y odiosa que la que me espera en S. Lázaro.

Encaminéme de prisa al reducto de S. Fernando: desde aquel sitio percibí distintamente las señales del regocijo que animaba la fiesta. Detúveme hasta que hubo cerrado la noche: entonces proseguí mi excursión caminando sobre el arenal de la playa, sin que ningún ser humano se presentase á mi vista: el emporio del bullicio se había concentrado en la plaza y en las calles adyacentes. Al acercarme, sentí que las fuerzas me faltaban, que mis rodillas vacilaban, y que mi corazón latía con extraordinaria vehemencia. Iba yo á disfrutar de un espectáculo que me estaba prohibido, y á cometer el imperdonable cri-

men de exhalar mi aliento pestilente, el aliento de un leproso, en medio de una sociedad impía, que cuida más de arrojar de su seno á un pobre enfermo, que á un criminal cuya sola presencia es una amenaza constante contra la vida y seguridad de los individuos, y un escarnio á la moral pública. Avancé, pues, con mal seguro paso, y quedé como clavado en un ángulo del atrio de la pequeña ermita, sin atreverme á penetrar en el interior del santuario. Un gentío inmenso, que se sucedía por oleadas, cubría aquellos sitios: mil grupos de marineros entraban y salían: varios conciertos y juegos populares entretenían á la multitud, sin que en medio de la animación se observase uno solo de aquellos desórdenes que de ordinario turban las fiestas públicas.

Al fin, la reflexión vino á presentarme el justo temor de ser observado, reconocido como un leproso escapado de su encierro, y expuesto, por consiguiente, á todo linaje de humillaciones. Retiréme entonces á la orilla del mar, y sentado sobre algunos trozos de madera en bruto, destinada para obras de arquitectura naval, quedé abismado nuevamente en mi estado habitual de melancólica distracción, de la cual no era parte á arrancarme el espeso rumor que brotaba de la inmediata plaza. Ignoro el tiempo que habré permanecido en aquella posición: sólo recuerdo que

gradualmente fueron extinguiéndose las luces y disminuyéndose el bullicio, hasta que todo volvió á quedar sumergido en las tinieblas y en el silencio. Acostumbrado un tanto á la obscuridad, mi vista acertó á fijarse en un objeto que parecía encaminarse á la playa; presté toda mi atención, y creí notar el ligero y monótono ruido formado por el acompasado caer de los remos sobre el agua; y aquel choque de "plick" y "plock" de la proa de una lancha contra el mar. Un fuerte estremecimiento sacudió todos mis miembros. En aquel instante dió el reloj de la parroquia una hora: la una de la noche. Al punto comprendí toda la extensión del compromiso en que iba á verme, y quise huír; pero no fuí dueño ya de hacerlo; la lancha había tocado la ribera, y no podía retirarme sin peligro inminente de caer en manos de los individuos que la tripulaban. Permanecí, pues, como incrustado dentro del maderaje, esperando el fin de la escena que iba á presentarse.

Cautelosamente y con el mayor silencio pusieron el pie en tierra cinco individuos, lanzando en torno una mirada indagadora para asegurarse de que no eran observados. Entonces se adelantó uno de ellos hasta pocos pasos del sitio en que me hallaba oculto, y me pareció que dirigía la palabra á alguien que yo

no había visto; la voz del que hacía de jefe dejóse escuchar.

—Hablas muy bajo para que pueda oirte un hombre acostumbrado á dormir en medio del ruido de las olas, y cuando el viento brama con todo su furor: tírale del brazo, y al punto le verás incorporarse.

Aquella voz penetró hasta la médula de mis huesos como un hierro candente: toda mi sangre se agolpó al corazón, y sentí morirme de pavor. ¡Dios mío! Esa voz era la del infame y odioso Juan Cruyés.

En el instante apareció otro individuo, con el cual entabló el pirata el siguiente diálogo, mientras que los marineros fueron á colocarse en varias direcciones, sin duda para estar sobre aviso y prevenir alguna sorpresa.

—En la madrugada del 15 de Septiembre: he cumplido fielmente mi palabra, porque yo soy así... como Dios me ha hecho, y tal vez mejor; dijo Cruyés sentándose sobre un lanchón volcado á diez pasos del sitio en que me hallaba. El recién venido permaneció en pie dándome la espalda y contemplando de frente al pirata, en actitud de prestar atención á sus palabras. Yo hice por ocultarme del todo, desapareciendo hasta mi sombra, que se confundía con los trozos de madera negra, dentro de los cuales me había colocado. Juan Cruyés prosiguió:

—Conozco que en punto á expediciones bien calculadas, me ha tomado usted el barlovento. ¡Ya se ve, la experiencia enseña mucho!

—Según eso... estamos "in" camino "é" haciendo rumbo, dijo el interlocutor del pirata, con un acento estridente y que me pareció enteramente extranjero.

—¡Toma! Cuando le digo á usted que me ha tomado el barlovento, me parece que me explico con bastante claridad.

—Muchas gracias, mi guapo capitán. Veamos, veamos, qué es lo que usted ha hecho.

—Algo, y bueno. Lo primero, para desembarazarme de las mujeres femeninas, me fuí á un punto de la costa, próximo á la barra de San Pedro, y haciendo uso de una de las muchas recomendaciones que usted me dió, dejélas allí al cuidado de aquel viejo camarada, que según me significó estaba ya jubilado en el oficio, después de muchas y muy brillantes campañas.

—¡Ya "lu" creo que han sido muchas y brillantes! "Tudavía" no sabe usted quién es el capitán Sagarra.

—¡Demasiado se le conoce, á diez millas de distancia! ¡Con el demonio del hombre, que sabe hasta dónde duermen las ballenas y los cachalotes!

—¿Y luego?

—Luego mariné, y seguí rumbo hacia el

"Alacrán." Llegué y hallélo todo en el mejor estado, y en los propios términos que usted me había indicado en sus sabias y bien calculadas instrucciones. Puse el bergantín en resguardo, desembarqué la gente y algunos víveres, y nos pusimos en asecho. Venida la noche, mandé encender la gran fogata que usted me previno encendiese como base fundamental de las operaciones. Estuvimos en espectativa y... nada, no hubo novedad. Pasáronse cuatro noches: á la quinta... ¡Prrrrt! Un fragatón inglés, cargado de contrabando, se metió entre los arrecifes, y creyendo buscar un punto de salvación, se dejó guiar de la candelada, y quedó perfectamente engarzado de popa á proa. Entonces fuímos á bordo y nos apoderamos de los despojos del gigante.

—Pero... ¿y la tripulación?

Por toda respuesta llevóse el pirata la punta del pulgar de la mano derecha á la extremidad de la barba, y le ví agitar los dedos de una manera horrible, en el momento en que el otro individuo, seguramente para comprender mejor aquel signo siniestro, dejaba caer sobre la fisonomía de Cruyés los reflejos del cigarro que fumaba.

—Muy bien; dijo entonces aquel ente maligno. Dios la haya perdonado, pues de otra suerte nada se habría hecho. Muy bien capitán, muy bien.

—Después que despachamos á aquella buena gente á donde no pudiera protestar de avería, hice abarrotar el bergantín de lo mejor y más preciso, puse en seguridad lo restante del cargamento, y he venido á cumplir con la cita que me dió usted para este sitio y para esta hora. El bergantín está fuera del puerto; y ahora conforme á la estipulado entre ambos, usted ha de disponer el mejor modo de echar la carga en tierra, sin peligro de ser robados por esos bandidos de la aduana que no dejan á un hombre honrado hacer un negocio de provecho. ¡Con qué gusto colocaría yo sobre el frontispicio de la tal aduana una estatua de Mercurio, que así es el Dios del comercio como de los ladrones!

—Cabalmente por eso he acudido tan puntual á la cita. demasiado sabía yo que tendríamos presa infalible, pues el medio que propuse al "señor Cónsul de Colombia," lo había yo empleado... una docena de veces por lo menos. Ahora ocurre una dificultad.

—Veámosla.

—El cargamento no puede desembarcarse en Campeche.

—¡Pst! Eso no importa; lo desembarcarémos en Lerma, Jaima, Champoton... En fin; en cualquiera parte.

—No, no: por estas inmediaciones me parece casi imposible. Nos hemos echado

un guarda-mayor que ha tomado el oficio tan á pechos, que es capaz de meterse hasta en la madriguera de una culebra y sacarnos la presa del buche.

—Mire usted, patrón: esa especie de la culebra, me sugiere una idea feliz y de éxito seguro. Yo sé que por estos sitios existe una cueva amplísima, cuyas dimensiones son... Vamos: no importan las dimensiones. En dos noches viene todo el negocio á tierra: queda oculto algunos días en la cueva; y para alejar á los curiosos, se hace difundir una voz sorda... un rumor enfático, misterioso, aterrador, horripilante... En fin; un rumor de esos que pasando de boca en boca van siempre en aumento, sufriendo nuevas, variadas é infinitas modificaciones, hasta el extremo de no reconocerlo el mismo que ha tenido interés y empeño en difundirlo.

—Ya, ya comprendo.

—Pues bien: se procura sembrar la creencia de que en aquella cueva habita una serpiente de tamaños colosales...... Una serpiente con alas de condor, se entiende, patas de cocodrilo, garras de tigre, cabeza de girafa, colmillos de elefante... En fin, una serpiente tan heterogénea, absurda é imposible, que sin dificultad pueda y deba creerse su existencia por la muchedumbre, "inclusive" el guarda-mayor y sus dependientes.

—¡Toma! Antes que á usted le ocurrió

á otro cofrade la propia idea; y en verdad que su resultado no le dió derecho de solicitar la patente de invención.

—¡Cómo! ¿Hubo quien se atreviese?..

—Ya lo creo: el guarda-mayor se armó de punta en blanco, como dicen que lo hizo en la isla de Rodas un tal Mr. Gozon, caballero templario, y se metió de buenas á primeras en la caverna á luchar cuerpo á cuerpo con la tarasca. En efecto: venciόla en singular batalla, y al día siguiente yacían los descomunales despojos de la gran bestia en los almacenes y depósitos de la aduana.

—¡Malditos sean todos los aduaneros! exclamó Cruyés despechado.

—Amén, añadió con mucha sangre fría y aplomo el narrador del combate del guarda-mayor con la serpiente de la cueva.

Pasados algunos momentos de silencio, el pirata anudó el diálogo interrumpido:

—Pero al cabo, es preciso alijar el bergantín, porque de no, lo que ha quedado oculto en los bajos del "Alacrán" corre peligro de no entrar en comercio, con grave detrimento de nuestro bolsillo. Conque así, veamos qué arbitrio ha hallado usted para salir del lance, supuesto que ya sabía usted mi próxima arribada y la dificultad del desembarque.

—Por lo que respecta á eso de arbitrios, ó como usted lo llama, me parece

que los hay de sobra y á discreción. De otra suerte ¿para qué diablos habría yo sido contrabandista por espacio de cuarenta y dos años?

—¡Cáspita! pues ya cuenta usted su regular fecha en el oficio; y pregunto.... ¿de qué escuela? pues me parece que conozco algunas en América.

—¡Oh! En tal caso, la mía sin duda ha de serle familiar; es la de Juan Cruyés, sucesora inmediata de los últimos bucaneros.

Al punto incorporóse el pirata, puso las manos en los hombros del contrabandista, y murmuró ciertas palabras misteriosas é incomprensibles. El contrabandista, estremeciéndose ligeramente, besó tres veces el carrillo izquierdo de Cruyés. Aquella escena francmasónica tenía no sé qué carácter tan horriblemente extraño, que por algunos minutos el estupor me dejó en imposibilidad absoluta de comprender lo que pasaba. Cuando pude fijar de nuevo toda mi atención y recordar el libre uso de los sentidos, ambos interlocutores habían vuelto á su primera actitud, y continuaban platicando sobre el negocio que los había reunido.

—Bien: decía el pirata. Por mi parte no hay embarazo. Verdad es que jamás he navegado en agua dulce con los buques de mi mando, ni mucho menos he entrado nunca por la barra de Tabasco. Pero su-

puesto que usted cree que allí, por las ventajas que ofrece el río, podremos hacer algo sin riesgo de ser sorprendidos, no hablemos más; el bergantín se hará á la vela para Tabasco. De camino daremos un vistazo á las pupilas.

—Es decir, á las "hermanas" del señor Cónsul de Colombia, añadió con socarronería el antiguo contrabandista.

—¡Eh! ¿Qué quiere usted? Yo no soy suficientemente viejo para poderlas llamar mis "hijas;" así es que representan mejor el papel de hermanas, ó alguna vez, según convenga, el de esposas ó cuñadas. ¡Pobrecillas! Su abnegación es absoluta, y no hacen sino lo que yo les mando.

—¿Son acaso hermanas entre sí?

—Sí tal; y la mayor de ellas, cuya pérdida ha sido para mí irreparable... Pero dejemos esto, que seguramente no le interesa nada. ¿Cuándo hemos de partir? Si necesita usted de algún tiempo para alistarse, vendré esta noche á la hora que usted me indique.

—No hay necesidad: viviendo aquí solo, aislado y sin familia, á cualquiera hora estoy listo para viajar.

—En tal caso, podemos partir.

—Sí: cuanto antes. Procuremos echarnos pronto mar en fuera, porque no se pasarán seis horas sin que tengamos encima un norte deshecho.

—¿Lo cree usted?

—Sin duda. Esa nube que vemos allá abajo, y que parece un león agazapado y en asecho, es un signo terrible.

—Pues evitemos que nos sorprenda en tierra.

Entonces el pirata lanzó un silbido. Los cuatro marineros se aproximaron al momento. Un cuarto de hora después, el esquife había desaparecido entre la espesa bruma del mar y la obscuridad de la noche. Volvió á sonar el reloj de la parroquia: las dos de la mañana.

Me hallaba todavía bajo el dominio de la funesta impresión que acababa de recibir con los pormenores de la infernal escena que había presenciado, cuando un nuevo incidente vino á colocarme otra vez en peligro de ser descubierto, y acaso aparecer con un carácter sospechoso. Por la callejuela próxima dejáronse ver dos bultos, que con el menor ruido posible de deslizaron á través de la multitud de fragmentos y piezas de madera que cubrían un buen trecho de la playa en donde trabajan los carpinteros y calafates del barrio. Fija la vista en el movimiento cauteloso de los dos embozados, observaba todas sus acciones, mientras me palpitaba el corazón y se cubría mi frente de un sudor glacial. De pronto me figuré que los recién venidos serían cómplices ó socios de los contrabandistas que acababan de marcharse; pero luego hube de convencerme de que,

al contrario, traían la intención de sorprenderlos y apoderarse de sus personas. Después de algunos minutos de examen, en que el anteojo de noche pasaba alternativamente de las manos del uno á las del otro, se presentaron de golpe sobre la ribera, en el sitio mismo en que el contrabandista y el pirata habían tenido el diálogo anterior.

—Ya lo ve usted, tío Pepe; dijo uno de ellos al que parecía servirle de guía. Se ha equivocado usted redondamente.

—¡Oh! exclamó el otro. En cuanto á eso de haberme equivocado, yo te aseguro lo contrario. Se habrán marchado mientras yo iba á darte aviso para que vinieses á cumplir con tu deber; y hélo aquí todo Tú eres guarda, y el Estado te paga para perseguir á los contrabandistas: y si no te hubieses entretenido en los buleos de la plaza, á buen seguro que tu vigilancia te habría descubierto lo que yo he visto por mera casualidad.

—Pero, en fin, sea lo que fuere, ya ve usted que hemos dado un golpe en vago.

—Nos hemos dilatado en llegar, y en eso consiste nuestro poco acierto. Que aquí, en este propio lugar tenía una plática sospechosa el tío Melitón y un desconocido, que allí junto á ese trozo estaba amarrada una lancha, y que más allá cuatro hombres asechaban por las avenidas del barrio; ni duda, porque todo lo he vis-

to. A pesar de la bullanga de anoche, siguiendo mi costumbre antigua, salí de casa á dar un paseo por la playa y á respirar el aire de la madrugada que me hace tan buen provecho: yo que, á Dios gracias, mi largo ejercicio de mar me ha dado buen ojo y buen oído, acerté á comprender lo que ocurría, y te protesto que no me he equivocado. Se hablaba de desembarcar un contrabando, y como á perro viejo no hay tus tus, y conozco más que á mis uñas al tío Melitón, dije para mi coleto. "Vamos: aquí hay gato encerrado" y recogí velas, porque yo cuido un poco el pellejo, y sabe Dios lo que habrían podido intentar seis hombres desesperados y sorprendidos por un inoportuno que no gusta mucho en verdad de ciertas fechurías Si Germán el sepulturero, que es hombre de pelo en pecho, hubiese estado conmigo, como suele suceder, entonces esos pícaros no se habrían escapado, porque yo también sé dónde me aprieta el zapato. ¿Me explico?

—Perfectamente. A propósito de nuestro amo Germán, ¿quiere usted decirme qué se ha hecho de él en estos días?

—Sépalo Cristo: de poco tiempo acá el hombre se ha vuelto medio loco y tiene un humor de los diablos. Ya lleva dos viajes en este año, sin que sepamos á derechas á dónde ha ido ni con qué fines. ¡ Pobre Germán! Discurro que no te habrás figurado que es algún contrabandista.

—No, tío Pepe: ¿de dónde podría yo figurarme semejante cosa?

—Es que, como no faltan algunos prójimos que se ejercitan en este tráfico, y unos lavan la lana y otros cargan la fama...

—No, tío Pepe, ni por pienso, demasiado sabemos quiénes son y quiénes no son los contrabandistas.

—¿Con que todo eso saben los señores del resguardo?

—¡Toma! Pues qué ¿se figura usted que no rondamos, pedimos informes, perseguimos, atacamos, etc., etc., etc?

—Pues sea como fuese, yo les aconsejaría que abriesen siempre tamaños ojos, porque ni son todos los que parecèn, ni parecen todos los que son. ¿Me explico? Yo no soy ningún delator, ni me creo en conciencia obligado á ello, supuesto que hay empleados con estrecho deber de vigilar y perseguir el contrabando; y el guarda que en este punto llegase tan siquiera á ser omiso, faltaría al honor y á la lealtad. Pero como yo tampoco quiero que el barrio tenga mala fama, hago lo que puedo sin meterme en dibujos; y digo, no es el primer contrabandista á quien he puesto las peras á cuatro.

—Sí: ya sé de algunas campañas antiguas y ruidosas de usted.

—¡Cosas de la mocedad!

—Hace poco que me refirieron el lance

que ocurrió á usted con aquel pirata ó contrabandista que dió fuego á la fragata de D. Bartolomé Borreyro.

—¡Ah, sí! Con un tal Juan Cruyés.

Y este nombre de maldición volvió á resonar en mis oídos, y á petrificarme de espanto y horror.

—Vamos, tío Pepe, prosiguió el guarda: ya que no hemos hallado lo que buscábamos, matemos tiempo. Cuénteme usted el suceso, pues deseo oírlo de su boca.

—Apenas me acuerdo de él. Supón tú, hijo mío, que de entonces acá han pasado cuarenta años largos de talle y...

—No importa: haga usted por ver si recuerda las especies. Sabe usted que no hay cosa que me agrade tanto como la conversación de los viejos, porque cada viejo es una historia viva y parlante.

—Enhorabuena; pero también sabes que yo soy poco aficionado á referir los sucesos de mi tiempo, y ¡cuidado que los hay muy curiosos! ¿Me explico? Pero, en fin, como lo que tú me pides no ofende á ninguna persona ni familia, procuraré decirte en dos palabras el suceso de la fragata.

—Diga usted, que ya escucho.

—Pues, señor; érase una noche serena y limpia, cuando varios muchachos del barrio estábamos reunidos en el tumbadillo de un bodegón de mucho crédito que nuestro amo Pascual Cortado tenía establecido

en Boquilla de Piedra, en la mera orilla de la playa. Aquel propio día había yo regresado de Tabasco con mi bongo, y al tiempo de entrar en el puerto, un guairo se nos echó encima, nos dió caza, y por un milagro patente del Señor de San Román, escapamos libres de las garras del pirata. Cuando vine á tierra, nadie hablaba de otra cosa que de los robos y sorpresas de aquel pirata insolente, que llevaba cinco días de hallarse en estas aguas, sin que se atreviese nadie á salir á perseguirle. El señor teniente del rey ordenó, es verdad, que se armase una goleta; pero la cosa iba despacio, y entre tanto, el pirata tenía tiempo y lugar de hacer de las suyas y marcharse, burlándose de nuestra cobardía. Esto causaba muy mal humor en la gente del barrio, y se cruzaban mil proyectos de ataque, sin esperar las órdenes de la autoridad. Estaba ya á punto de adoptarse uno de los varios medios propuestos, cuando allá en los confines del horizonte apareció una luz débil al principio, pero que fué creciendo tan rápidamente, que á los cinco minutos todo el puerto, la ciudad, los barrios y la serranía inmediata se hallaban iluminados como en mitad del día más claro y espléndido. La enorme fragata del señor Borreyro había concluído su carga aquella propia mañana é iba á salir á la mar al día siguiente. Si al principio pudo no comprenderse lo que significaba aquel terrible

espectáculo, muy pronto desaparecieron las dudas cuando el toque general de las campanas, el grito de alarma y las voces de la muchedumbre anunciaron la aproximación de un colosal gigante que vomitaba torrentes de humo y de fuego en todas direcciones, y que amenazaba caer sobre la población y reducirla á cenizas. La inmensa fragata estaba ardiendo.

El guarda se santiguó tres veces: el anciano prosiguió en su relato.

—Aunque no era posible averiguar el origen de aquella desgracia, nadie vaciló en creer que fuese obra del pirata. Así es que al instante nos armamos como doscientos hombres, y á las cinco de la mañana del día siguiente nos habíamos embarcado en varias canoas, y salimos á la mar; yo mandaba una de ellas, y fuí el más venturoso, porque apenas había remontado la punta "Maxtun," cuando el guairo se presentó á mi vista barado en una caleta de la playa. Atacamos con furor á los piratas, que nos opusieron la más briosa resistencia; pero al fin, con pérdida de tres hombres, logramos aprehenderlos á todos, menos al capitán que hubo de morir á mis manos, después de haberme tirado tres cuchilladas mortales. Al tiempo de espirar, me gritó en medio de las más horribles convulsiones: "Mátame, perro, mátame bien: no faltará quien me vengue: ya te acordarás de Juan Cruyés." Así fué como

supe el nombre de aquel desgraciado. Volví y entregué los presos á la justicia, é ignoro el paradero que tuvieron. Entre tanto la fragata estuvo ardiendo varios días: cuando entraba el viento de tierra y se alejaba, se restablecía la tranquilidad en la población; pero cuando soplaba la brisa, y aquel volcán se aproximaba de nuevo, entonces comenzaba otra vez el susto y la confusión. Por fin, hubo de consumirse aquella montaña de madera; y por espacio de muchos meses la playa se perdía bajo la espesa capa de carbón que la resaca depositaba en ella. Todavía nos acordamos muchos en el barrio de la angustia de aquellos días.

—¿Y se cumplió la funesta profecía de Cruyés?

—Sí, en cuanto á lo que es acordarme de él; porque en efecto, cada vez que se ofrece hablar del suceso, no puedo menos de recordar sus pormenores, y hasta ese nombre diabólico; pero por lo demás, gracias al Señor de San Román que hasta ahora nadie ha pensado en vengar una muerte tan justa y merecida. Mas...creo que ya va á dar el toque del alba, y nada tenemos que hacer aquí.

—Pero volviendo á lo del contrabando, dijo el guardia, ¿sospecha usted que podrá hacerse algún desembarco?

—Eso ¿quién lo sabe? Sin embargo, puedes averiguar si aún está en el barrio

el tío Melitón, á quien viste anoche en la plaza por tus propios ojos. Si le encuentras, el desembarco es segurísimo, mas si se ha marchado, desde luego irían á desembuchar en otra parte. ¿Me explico?

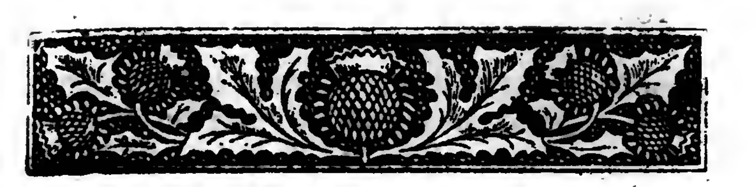
—Muy bien: haré al pie de la letra lo que usted me aconseja.

Alejáronse luego, y no bien habían desaparecido, cuando las iglesias de la ciudad dieron el toque del alba. Yo entonces, saliendo de la especie de letargo pavoroso en que me hallaba, me apresuré á volver al hospital, en donde felizmente ninguna persona había notado mi ausencia.

He allí mi querido amigo, lo que yo te decía; á saber, que mi historia era eslabón de alguna larga cadena de crímenes y desgracias. ¿Qué significa ese ominoso nombre de Juan Crpyés? ¿Cuántos son, en fin, los personajes que han sido conocidos bajo semejante nombre? ¡Dios mío! Yo me encuentro sumergido en un piélago de confusión é incertidumbre.

Ya he dirigido á Manuel una relación detallada de estos nuevos incidentes por lo que importa que esté prevenido para cualquier encuentro. Entretanto la misericordia de Dios se digna enviar su luz y su gracia á esta miserable criatura, yo le ruego, querido mío, que te tenga en su santa guarda.

———o———



CARTA XXIV

MANUEL A ANTONIO

Villa-Hermosa, Octubre 9 de 1824.

Queridísimo mío: Conozco que voy á poner la mano en la herida delicada que llevas en el corazón; pero tú quieres dilatarla lo posible, acaso para curarla mejor: yo obedezco tus preceptos. Habría preferido comunicarte de palabra, cuando nos viésemos otra vez, los extraordinarios incidentes que han sobrevenido; mas creyendo que son importantes de suyo, y que un silencio afectado de mi parte sería funesto, me resuelvo, en fin, á escribirte. Confío en que sabrás conservar tu filosofía, y que leerás el presente relato con valor y serenidad. Sobre todo, querido mío, acorta los vuelos de tu exa-

gerada imaginación, y haz un esfuerzo para adquirir tranquilidad, paz de espíritu y sangre fría. ¡Quiera el cielo concedértelo!

El 14 del pasado entré en la barra de Tabasco, y los sucesos políticos de la capital, en donde se hizo ahora poco un movimiento contra el comandante general D. José Rincón, me obligaron á detenerme en S. Fernando de la Victoria, pueblo distante poco más de una legua de la barra. El coronel D. Francisco Hernández, enviado con algunas fuerzas por el gobierno de la República, se disponía á subir á Villa-Hermosa, y me pareció conveniente diferir la continuación del viaje, y esperar el resultado de aquella operación puramente militar, que terminó en efecto sin efusión de sangre, á pesar de la exaltación que reinaba, y que hacía inminente un choque entre las fuerzas de Hernández y las que obedecían al gobierno del Estado. Dios quiso que se evitase esta desgracia y este escándalo que podría desconceptuarnos entre las naciones civilizadas, de cuya amistad y protección necesitamos tanto para zanjar los fundamentos de la nueva república, y cicatrizar las profundas heridas que dejó una lucha de once años.

Obligado, pues, á desembarcarme en S. Fernando, busqué un alojamiento que me proporcionase alguna comodidad. Indicáronme como el mejor la casa de una se-

ñora viuda, que solía hospedar á los transeuntes. Hice mis arreglos con la buena señora, é instaléme bajo su techo de palmas, y sobre un "tapezco" de carrizos y "jauacte," única y durísima cama que su pobreza podía ofrecerme. Y lo verifiqué á tiempo, porque al siguiente día me asaltó una fuerte calentura, de las que se adolece generalmente en este país. Su intensidad me dejó privado por muchas horas, y sólo á merced de la práctica y cuidados caseros de la huéspeda, conseguí aliviarme, aunque mi cabeza quedó enferma, pues sentía en ella una pesadez dolorosa, que se difundía á todo mi cuerpo.

Era la madrugada del día 18, cuando al volver de una especie de sopor en que había caído, llegó hasta mí el metal claro y robusto de una voz que me produjo una súbita y extraña horripilación: mis cabellos se erizaron, un sudor frío bañó mi frente, y sentí en todo mi cuerpo el soplo fatídico de la muerte. De pronto creí que era aquello una pesadilla, ó que acaso la debilidad del cerebro enfermizo me ofrecía alguna visión siniestra; pero luego me cercioré de que estaba despierto, y que la voz era una realidad terrible: era la voz de Juan Cruyés, el pseudo-cónsul de Colombia, á quien conocí demasiado en Campeche, en el mes de Agosto, para que pudiese engañarme.

Hallábame, pues, bajo una impresión

semejante á la que causó á Eneas en los infiernos la sombra de Héctor. "Obstupui, steteruntque comoe." Faltóme aliento para saltar de la cama, y escuché sin moverme la conversación que tenía el pirata con otro de su oficio evidentemente. La escena pasaba en la pequeña sala de la casa de la viuda, mientras que yo permanecía inmóvil en el dormitorio próximo, separado de aquélla por un débil seto de cañas.

—Con que ¿las ha dejado usted en seguridad absoluta? preguntaba Cruyés á su interlocutor.

—Repito á usted que nada hay que temer: respondió el otro con un acento áspero y cascado. Es mi antiguo amigo el sugeto que se ha encargado de ellas, y las verá como un depósito inviolable.

—¡Eh! Yo no lo digo por tanto; pero es el caso que yo no conozco lo que es el tal puerto de la Laguna, aunque más de una vez he pensado dirigir mis correrías por ese rumbo. ¡La Laguna! Sí: en los registros de la sociedad, algo he leído relativo á la Laguna, y me parece que podría sacarse de allí alguna cosa de provecho.

—Si otra vez le vienen á la mano esos registros, verá usted lo importante que fué siempre tener en las inmediaciones de la Laguna por lo menos un guairo en asecho de buenas presas. El sexto Juan Cruyés, sobrenombrado "el capitán Bigotes" (porque los tenía disformes) hizo en el año

de 1742 una presa que le valió cuarenta y cinco mil duros.

—¡Buen negocio, por vida mía! De estos tales ya no se presentan en estos tiempos en que el oficio se ha generalizado tanto. Gracias que nuestra pobre sociedad, que está ya al desorganizarse hasta el punto de no saberse reconocer sus miembros entre sí, gracias, repito, que podamos atrapar algo que valga la pena. Mas no hablemos de intereses: ya se sabe que lo que más nos importa es la gloria del pabellón negro. Bebamos en honor suyo.

Un ligero glú glú á que siguió un resoplido, me hizo entender que en efecto apuraban dos vasos de vino ó aguardiente. La huéspeda andaba por allí cerca, y esto aumentaba mi sobresalto. Me figuré que siendo ella testigo de semejante conversación, ó era cómplice de los piratas, ó estaba acostumbrada á presenciar ciertas escenas y guardar silencio sobre ellas.

—¡Patrona! gritó Cruyés: traígase usted otra botella y se deberá ese pico más.

La viuda puso al momento otra botella sobre la mesa, y de puntillas entró luego en mi aposento, alzó el mosquitero y se detuvo observándome. Yo fingí que dormía profundamente, lo cual tranquilizó al parecer á la patrona, pues salió de allí á continuar sirviendo á los recién venidos. Cruyés prosiguió.

—Con que volvamos á las chicas, y dis-

pense usted, buen capitán Sagarra, mi majadería sobre este particular. Decía usted que podrémos verlas muy pronto, y...

—Sin duda. Avisado por el tío Melitón de que convendría mejor hacer el negocio en Tabasco, me apresuré á llevarlas á la Laguna, para estar más expedito el día menos pensado que usted tocase á mis puertas. Despacharemos luego la carga, é irá usted á incorporarse con sus protegidas, si así le place.

—Muy bien: convengo en ello; pero también es necesario que usted convenga en que...

—¿En que no me he sujetado á sus instrucciones? Es verdad: lo confieso. Mas ¿podríamos haber penetrado hasta aquí con ese obstáculo?

—Cierto, cierto, y yo soy un impertinente. Usted me afirma que hay seguridad para mí y ellas en donde están: enhorabuena. Extraño, sin embargo, que se hayan prestado desde luego á marchar á la Laguna sin noticia mía.

—Yo las dije que me sujetaba á ciertas órdenes reservadas que usted me había dado, para el caso de que sobreviniese un imprevisto accidente. Ahí lo tiene usted explicado todo.

—¡Ah, ah! murmuró Cruyés acercando su asiento al del capitán Sagarra. Bebamos otro trago.

—A la salud de Juan Cruyés décimoquinto.

Desde que el capitán Sagarra habló de un Juan Cruyés "sexto," quedé algo confuso; mas ahora que tan terminantemente brindaba en obsequio de un Cruyés "décimoquinto," todo el misterio quedaba disipado. Nombre simbólico y convencional, desde luego ese nombre se daría al capitán ó director de alguna cuadrilla de antiguos piratas, que han ido sucediéndose sin interrupción. De esto hay muchos ejemplares en América; y una investigación sobre un hecho tan importante, daría una luz decisiva sobre la historia horrible y misteriosa de la piratería. Los "bucaneros," como debes saber, se establecieron primitivamente en la isla de Santo Domingo, desde donde ejercían sobre las colonias españolas mil sangrientas vejaciones, so pretexto de la caza de bueyes, con cuyas pieles hacían en Europa un rico comercio. La Francia los reconoció enviándoles un gobernador el año de 1665. y con esta protección se entregaron á todo linaje de excesos. Vinieron en pos los "filibusteros," más emprendedores y más audaces que los bucaneros. Tomaron ese nombre singular de "fly boat," embarcación que pilla y roba; ó más bien de "free booter" ("breibeuter" en alemán) francobotinero, ó lo que es lo mismo "pirata libre." Esta reunión de piratas y aventure-

ros de todas las naciones, fué famosa en el siglo XVII por su espantoso encarnizamiento contra el gobierno español, ó mejor dicho, contra sus mal guardadas colonias. Los filibusteros recorrían los mares, asaltaban las flotas, asesinaban á las tripulaciones, incendiaban los bajeles, sitiaban plazas y destruían todo cuanto se les venía á las manos. Sus capitanes más célebres fueron el inglés Morgan que tomó á Panamá en 1670, Pedro Legrand, Dieppe, Olonnais, Basque, Mombers, el "Exterminador" y Laurent Graff ("Lorencillo"). La última hazaña de estos piratas, fué la toma de Cartagena, de cuya plaza se apoderaron en 1697, auxiliados de una escuadra de corsarios franceses. Después de esta época su número disminuyó considerablemente, y dividiéronse los que quisieron seguir tan odiosa carrera en pequeñas fracciones, que jamás han sido exterminadas del todo. Ese Juan Cruyés, autor de todas tus desgracias, es, según he descubierto, el jefe de una de esas cuadrillas, y sucesor de Juan Venturate, Abraham, Diego el Mulato, Pie-de-palo, Guillermo Parque, el conde de Santa Catalina, el capitán Bigotes, y otros que en Yucatán han dejado una horrible y espantosa celebridad. Así, pues, ya nada tiene para mí de extraña la coincidencia de ese nombre que tanto nos había sorprendido al ver que lo llevaban, el perverso que hizo tan desgraciado á nues-

tro amo Germán, y el aborrecible pirata que te ha hecho tantos males, hasta arrojarte en S. Lázaro...

Volvamos á la escena que pasaba en casa de la viuda.

Después de algunos momentos de silencio, Juan Cruyés anudó el diálogo interrumpido.

—Perdone usted, capitán Sagarra; pero yo tengo mis motivos para llevar adelante esta investigación.

—Pregunte usted, que estoy dispuesto á satisfacerle.

—Gracias. Sólo quisiera saber una cosa: durante mi ausencia ¿las niñas han estado en incomunicación absoluta?

—Absoluta, con los de fuera.

—¿No se presentó en casa de usted un jovencillo, como de veinte y dos años, de aspecto melancólico, de mirada dulce y expresiva, cabello castaño y ensortijado?...

—No prosiga usted: yo no he visto á ninguno que llevase una sola de esas señales.

—Muy bien: tomemos un trago más.

—Convenido.

—A la salud y seguridad de mis dos protegidas.

—Me parece que usted es un tanto celoso; y hablando francamente, no cumple á un hombre del temple que yo le conozco, bajarse á esas pequeñeces.

—En mi corazón de hierro, dijo el pira-

ta con acento terrible, jamás ha penetrado el amor, y jamás por lo mismo he experimentado la pasión de los celos. Pero se equivoca usted si se figura que un hombre como yo es incapaz de amar y tener celos: sepa usted que aquel á quien una mujer hace llorar más fácilmente, es el hombre que se hace temer más de los otros hombres. Un pirata ¿no podría dejarse inspirar de una pasión tierna y seductora? Mas aquí no se trata de eso, capitán Sagarra: cuando yo dirijo á usted ciertas preguntas, lo verifico únicamente con el objeto de estar prevenido contra alguna asechanza. Tal vez mis mejores amigos se han convertido en enemigos, y bueno es llevar el timón en una noche de tempestad para forzar ó derribar, según convenga.

—Bien dicho, mi capitán, bien dicho; pero repito que las dos damas no se han comunicado con los extraños.

—Así deberá ser, una vez que usted lo afirma. Sin embargo, mi curiosidad pica un poco más allá; y querría saber también si con pretexto de hospitalidad, ó cualquiera otro, no ya con ellas, sino con usted mismo, habría tenido relaciones algún nuevo conocido, ó en fin...

—Mis relaciones en nada pueden importar á usted, supuesto que yo he acostumbrado manejarme con entera independencia .A pesar de eso, diré para que aleje de sí toda aprensión, que después de la en-

trevista que tuvimos al partir usted para su última expedición, no he tratado con más individuos que el mozo que condujo la misiva del tío Melitón, y el amigo de la Laguna que se ha hecho cargo de guardar el depósito que le confié.

Hubo unos instantes de silencio, y luego continuó el capitán Sagarra:

—Esto en cuanto á la seguridad en que se encuentran hoy: respecto á su salud sin embargo de que usted se ha servido interrogarme sobre ella, tal vez porque la cree buena, tengo el sentimiento de anunciarle que ambas á dos hermanas, si lo son, se hallan acometidas de una extraña enfermedad.

—¿Qué habla usted de extraña enfermedad? preguntó Cruyés como ligeramente sobresaltado al escuchar semejante nueva.

—Digo que es extraña, no precisamente que para mí lo sea, pues tanto debo conocerla. Llámola así, porque me parecía que aún no era tiempo de que se desarrollase. Además, yo miro á usted tan sano, tan...

—Basta: ya comprendo. Veremos de curarlas, luego que despachemos nuestros asuntos en Tabasco. Las pobrecillas llevan ya dos buenas carenas, cuando usted se figura que aún no era tiempo. Vamos, no es usted tan práctico como cree, supuesto que no sabe descubrir á primera vista si

la quilla del buque, á pesar del luciente forro de cobre, está ó no taladrada de la broma. Apuremos la botella.

Ya debes suponer, amigo mío, la funesta impresión que yo recibiría al escuchar semejante lenguaje. Si la presencia del pirata en aquel lugar no hubiese bastado por sí sola para llenarme de terror, la brutal indiferencia del malvado al hablar de lo que padecían sus cómplices, ó tal vez sus víctimas, habría hecho cuajarse en las venas toda mi sangre. Un recuerdo espantoso vino entonces á asaltarme: aquel funesto billete que ese monstruo te dirigió para corresponder á la generosidad noble y franca de que tú, querido mío, joven inexperto y entusiasta, te dejaste arrebatar. Tal vez el veneno que aquellas dos serpientes llevaban dentro de sí mismas, al perder su virtud comunicativa, ejercerá sobre ellas una reacción terrible, castigándolas el cielo con un suplicio sobradamente merecido. La justicia divina jamás puede ser burlada, y día ha de venir en que fulmine sus rayos sobre esa sociedad de criminales que te ha hecho tan grande daño, pobre y virtuoso amigo mío.

Esta reflexión me consoló un tanto, y ya pude escuchar con más serenidad el fin de aquel diálogo.

—Hablemos ahora de negocios, dijo Cruyés. A pesar del nortecillo, hemos penetrado hasta aquí, sin avería ninguna; y

cuidado que el día que zarpamos de Campeche creí perder la arboladura y seguir el viaje en bandolas. Pero todavía luce mi buena estrella, y maldito el cuidado que me causan estos accidentes desgraciados. No se corte la veta que vamos explotando, y ofrezco á usted que dentro de poco yo seré un Creso, y mis nuevos socios un gradito menos.

—Así lo espero, repuso el otro, aunque sólo trabajemos por sostener el honor del pabellón negro, como usted dijo hace poco.

—¡Eh! Bien puede conciliarse lo uno con lo otro.

—¿Quién lo duda? Verdad es que en tantos años que llevo de vida aventurera, todavía me encuentro como al principio; limitado al día de hoy solamente para quedar obligado á pedir lo mismo mañana, como dice el capellán de la Laguna, aunque con otro objeto y aplicación.

—Eso consiste en que se había usted separado de nuestro poderosa sociedad.

—Tiene usted razón; y si no dígalo el predecesor de usted, que según fama, murió encerrado en el hospital de S. Lázaro.

—¿Juan Cruyés "Cara-cortada"? ¡Pobre diablo! Bien merecida tenía la suerte que le cupo: el infame se ha llevado consigo á remolque el importante secreto que daba fuerza y poder á nuestra sociedad. No ha querido revelar el sitio en que se hallan ocultos los tesoros que en dos siglos se

iban acumulando. Sabe usted bien que después de darse á los socios la parte que habían menester para su comodidad y regalo, se reservaba una porción, y no pequeña, para el depósito común, cuyo secreto sólo tenía privilegio de conocer el jefe de la compañía. Pues bien: ese malvado, aprehendido por la policía de Campeche por no sé qué pintas sospechosas que tenía en el cuerpo, y encerrado en el hospital de los leprosos, se resistió tenazmente á declarar el secreto que poseía. Cuando yo quise hacer la última tentativa enviando á un sugeto de confianza que le arrancase esta revelación, era ya demasiado tarde. Había muerto.

—¡Pobre "Cara-cortada"! Fué un valiente, y pirata de alma, vida y corazón.

—Así es la verdad; pero con su muerte, y más que todo con su caprichosa tenacidad, nos ha hecho un mal gravísimo. La sociedad anda dispersa y sin gobierno: poca comunicación hay entre sus individuos, y mucho es que todavía se reconozcan ciertos signos que antes se miraron como sagrados. En la última reunión que tuvimos en Curazao para que se verificase mi elección, sólo concurrieron tres capitanes, un teniente, cinco maestres y treinta y seis marineros. ¡Qué diferencia de tiempos! Cuando fué nombrado "Cara-cortada," en el año de 1804, se reunieron en la isla de Cozumel más de setecientos hombres de valor y de provecho.

—Demasiado me acuerdo, rezongó el capitán Sagarra. Yo tuve el honor de ser uno de los concurrentes.

—Así pues, (continuó el pirata) puede ya darse por terminada esta útil sociedad, puesto que le falta su móvil más poderoso: la riqueza. Además, apenas somos tolerados en algunos puntos, y la persecución más deshecha se ha declarado contra todos nosotros. El comercio libre y el tráfico frecuente, han disminuído el número de nuestros más útiles y provechosos aliados: los contrabandistas. ¿Qué hacer entonces? Ya he pensado mucho en ello: permitir que cada uno se proporcione el modo de pasar la vida como pueda, y relevar á todos de la obediencia que deben al jefe de la sociedad.

—¡Y así había de terminar una institución que cuenta dos siglos de existencia!

—Ni más ni menos. Término han de tener todas las instituciones humanas.

—Pero si fuese posible:..

—No hay recurso. ¿Se figura usted que no me pesa el ver destruídas, en lo más brillante de mi juventud, las lisonjeras esperanzas que yo abrigaba de reorganizar este cuerpo, que ha venido en decadencia? Sin embargo, esto no es cosa enteramente decidida: si pudiéramos realizar cuatro ó seis expediciones como la del bajo del "Alacrán," entonces no desesperaría del remedio.

—Eso no es difícil. ¿Imaginaba usted que el tío Melitón, hombre ya obscuro y olvidado, pudiese sugerirle un medio tan eficaz y decisivo para enriquecernos?

—Es verdad.

—En tal caso, no hay que perder toda esperanza.

—Muchos son nuestros enemigos.

—Los venceremos á todos.

—Es difícil.

—Nada hay difícil para una voluntad de hierro que quiera arrollar ante sí cualquier obstáculo.

—¿Y el tesoro perdido, que hace tanta falta?

—Se buscará.

—Imposible.

—¿No dejó "Cara-cortada" algunos papeles?

—Lo ignoro.

—Sin embargo, debía usted saberlo.

—Y ¿cómo?

—¡Que eso pregunte un Juan Cruyés? ¿Entónces, cuáles fueron sus títulos para ser elevado á la altura en que se encuentra?

—¡Capitán Sagarra!

—Yo defiendo los derechos de la sociedad, y al hacerlo, uso del mío.

—¡Yo soy Juan Cruyés!

—Y yo he rehusado serlo: si usted ha sido nombrarlo por cuarenta votos, y algunos más, yo habría reunido doscientos.

—¡Con que es decir que hay entre nosotros quien se atreva á negarme la obediencia que me es debida!

—Ni yo digo eso, ni soy yo quien aventurase semejante consejo. Sé perfectamente que una vez nombrado el jefe, todos debemos someternos á su voluntad, y obedecerle. Juan Cruyés debe ser nuestro rey absoluto. Pero mi edad, mis servicios importantes, mi larga carrera, que puedo comprobar con los registros mismos de la sociedad, creo que me autorizan á ser uno de sus mejores y más decididos vigilantes. En todas épocas Juan Cruyés ha tenido siempre un consejo de antiguos capitanes, con cuya opinión ha emprendido los hechos más gloriosos. ¿Dónde está el consejo? ¿dónde?...

—¿Y no pregunta usted también dónde están los capitanes, dónde el tesoro perdido, y dónde, en fin, los miembros todos de la sociedad?

—Todo eso sería fácil arreglarlo; pero la reforma debía empezar por el caudillo. Juan Cruyés fué casado siempre con una, dos, diez ó veinte mujeres; mas nunca se andaba con ellas en todas las expediciones.

—¡Capitán Sagarra! Juan Cruyés, usted lo ha dicho, es un rey absoluto.

—Pero el absolutismo como usted lo entiende no puede subsistir largo tiempo. Yo pido que convoque usted una reunión

para el sitio que crea más apropósito, y yo hablaré cuanto convenga al interés y engrandecimiento de la sociedad.

—Sí lo haré, por vida mía.

—Convenido; y no hay que irritarse contra mí antes de oirme. Este lugar no es propio para que podamos explicarnos sobre semejantes materias.

Juan Cruyés se había incorporado, y se paseaba de un extremo á otro de la habitación. Ambos interlocutores guardaron silencio por más de un cuarto de hora. El capitán Sagarra fué el primero en interrumpirlo.

—Vamos: usted es de genio vivo, y yo no he perdido del todo mi antigua energía. Sin embargo, permítame usted protestarle que no ha sido mi intención mortificar su amor propio.

El pirata volvió á sentarse al lado de su cofrade. Este prosiguió hablando.

—Debe usted disimular el ligero desahogo de un hombre que en los últimos tiempos ha visto perecer á tantos amigos suyos y despreciados sus servicios, y hasta olvidado su antiguo nombre.

—Tiene usted razón, capitán; y conozco que ya debía dejarme de locuras, y más que todo tener una regular dósis de egoismo. Ya veo que mis faltas no se disimulan: preciso será que me revista de severidad para tratar con mis súbditos. No es nuestro menor mal el hallarse tan rela-

jada la subordinación y olvidada la disciplina.

—Prudencia, Juan Cruyés, prudencia se necesita más que otra cosa. Tocamos á unos tiempos muy críticos, y ningún aviso debe despreciarse. ¿Qué provecho sacó usted personalmente, ni la sociedad, en haberse presentado en Campeche bajo el falso título de "cónsul" de "Colombia," permaneciendo allí tanto tiempo con riesgo de ser descubierto, aprehendido y ahorcado? Elegido usted apenas para acaudillarnos, oir nuestras quejas y arreglar nuestras diferencias, ¿no desembarcó usted en el puertecillo de Fraga, dispersó su gente, y se marchó á Mérida, en unión de sus dos mancebas, cometiendo la gravísima falta de comprometerse en ciertos lances peligrosos? Además, ¿quién ha dicho que el nombre de Juan Cruyés se ha de revelar al primero que quiera escucharlo? ¿Ignora usted por ventura que una vez conocido ese nombre por nuestros enemigos, todo el secreto de nuestro poder vendría á tierra?

—¡Y quién ha tenido la audacia de acecharme y exponer á la censura mis operaciones? Comprendo: usted ha arrancado estas confidencias á esas pobres criaturas que entregué á su cuidado. Bien decía yo: todos mis amigos se vuelven enemigos.

—No aventure usted ningún juicio temerario. Esos pormenores los he sabido

mucho antes de que nos viésemos por la primera vez.

—Pero todavía: tan infame espionaje es un crimen digno de un castigo ejemplar. Yo exijo, yo mando que me diga usted cómo ha sabido esos pormenores.

—Todo eso es inútil por ahora. Nos reuniremos cuando usted nos convoque, y sabrá usted cuanto desea.

—Yo tengo enemigos ocultos, capitán Sagarra.

—¿Quién, cuando manda, deja de tenerlos?

—Mas yo no creía que usted fuese uno de ellos.

—¡He allí otra nueva injusticia! ¿Con que llama usted su enemigo á quien le da un buen consejo?

—¿Y quién se lo ha demandado?

—Yo me creo con derecho de darlo.

—Anarquía, trastorno, desorden, conspiración.

—Así llaman los déspotas á todo lo que no les lisonjea.

—Esto no puede durar así.

—Demasiado lo veo y entiendo. Cuando es excesiva la carga que se ha echado á un buque, queda dormido, el timón no gobierna, y se va á pique.

—¿Y qué remedio?

—Arrojar al agua parte de la carga.

—¿Eso quiere decir....?

—Lo que Vd. acaba de indicarme: que

esto no puede durar tal como se encuentra.

—Reflexionaré en ello.

—Me parece lo más cuerdo.

Entre tanto, sobresaltada la viuda del giro que iba tomando la conversación de los nuevos huéspedes, había entrado segunda vez á observarme. Yo, así por mi propia seguridad, como por enterarme hasta el fin de aquel cambio de reproches entre dos tan famosos criminales, seguí aparentando que dormía; y la ficción debió de tener en su favor todas las apariencias, pues la viuda se retiró satisfecha de que mi presencia allí valía tanto como la de un tronco. Así creí, por lo menos, haberlo notado en su semblante y ademanes.

—Retirémonos á bordo, que el tío Melitón estará inquieto con nuestra tardanza; dijo el capitán Sagarra, después de una pausa de dos minutos.

—Y ¿podremos continuar subiendo?

—No hay inconveniente. Nuestro buque es pesado en estas aguas: el río viene muy crecido, y mientras se rompen la crisma los partidos beligerantes, tenemos de alijar la carga. Mañana á esta hora, nuestros corresponsales de la villa han de estar informados de nuestro arribo. y antes que lleguemos á "Escobas" ó "Chilapa," tendremos más de diez canoas á

nuestra disposición, sin el menor riesgo ni cuidado.

—¿Y el guarda que se nos ha metido á bordo?

—Eso no importa: es un viejo de setenta años, algo aficionado á los placeres de la mesa y á las dulzuras de Morfeo; y cuando todo corra turbio, en diez ó doce días que debe durar la subida del río, pueden inventarse algunos medios que den un resultado eficaz. Ese obstáculo, nunca lo ha sido para mí; y cuenta con que he subido el río de Tabasco más de cincuenta ocasiones por lo menos.

—Sin embargo, esta moratoria debe ser perjudicial á nuestros intereses.

—Eso no, porque si antes de llegar á la villa hemos echado en tierra todo el negocio, entonces el bergantín sólo habrá venido á cargar de palo, se detiene en "Chilapilla" ó en cualquier otro punto, embarca por vía de lastre unos cuantos quintales de palo de tinte, y regresa frescamente á tomar el rumbo del "Alacrán.'

—Pero la aduana puede suscitarnos algunas dificultades, me parece.

—Descuide Vd. De aquí á cuando se arreglen las aduanas de la República de un modo que pudiera arredrarnos, creo yo que se pasará un siglo. Mientras no haya más que trastornos, revueltas, guerras civiles y convulsiones políticas; los

piratas, contrabandistas, especuladores de vedado, agiotistas y demás alimañas de nuestra ralea harán siempre un buen negocio. A río revuelto....

Ya no pude escuchar el fin de la frase. Los huéspedes se habían marchado.

No me detengo en hacerte comentarios sobre esta escena inesperada. Reflexiona en ella y comprenderás fácilmente su importancia. Quién sabe cuáles serán los medios de que se valga la Divina Providencia para castigar esta horda de malhechores, que viven y mueren encenegados en el crimen; pero ya tenemos en nuestra mano el hilo que ha de guiarnos á la verdad. Entonces obraremos según convenga para contribuir como agentes secundarios, á la grande obra que espero de la justicia de Dios.

Desconfiando ya de la hospitalidad de mi patrona, al verla en tan buenas relaciones con aquellos individuos, y temeroso por otra parte de que algún signo ó expresión que se me escapase podría imponerla de que yo no ignoraba lo ocurrido en su casa la noche precedente, en cuyo caso se frustrarían tal vez mis proyectos, resolví ajustarme de cuentas con ella y despedirme. Había traído una carta de recomendación para un caballero italiano llamado "Carenzzo," propietario de una finca situada al otro lado del río, casi enfrente de San Fernando y á la en-

trada misma de la barra. Dirigime, pues, á dicha hacienda en donde el senor Carenzzo me trató como cuerpo de rey. Allí permanecí ocho días, hasta que despejado enteramente el horizonte político, emprendí en una canoa de alquiler la subida del caudaloso río de Tabasco.

Panorama bellísimo es el que se desarrolla en todo este rico paisaje. El río salido de su cauce, se había desbordado á derecha é izquierda, regando una inmensa extensión de ambas riberas, y dejando libres únicamente las pocas alturas que aún se están formando en este terreno de aluvión y del todo nuevo, según lo muestran las apariencias. Para evitar los giros diversos que el río toma en su curso, el patrón hacía que la canoa penetrase en los esteros y lagunetas, lo que presentaba la singular rareza de una navegación entre bosques y selvas espesas é interminables. Algunas veces cruzábamos una laguna extensa y poblada de aves de caza; y otras, rompiendo breñas y ramales que obscurecían la atmósfera, nos abríamos un paso difícil y acaso peligroso, á través de varios obstáculos. Era una serie de vistosas decoraciones.

De las veinte y cuatro leguas que median de la barra hasta la villa, sólo pudimos recorrer diez en el primer día de viaje. Al anochecer tomamos el cañón

del río, y buscamos alojamiento para pasar la noche. Nos dirigimos á un caserío próximo, y cuando yo me figuré que pondría el pie en un terreno firme y sólido, halléme con que la creciente había hecho desaparecer una tercera parte, por lo menos, de cada choza: una movible balsa de troncos formaba el pavimento, y todos los vecinos se comunicaban por agua, pues era aquello una verdadera inundación. La mitad del año viven así las gentes que habitan las márgenes del río de Tabasco.

A media noche volvimos á internarnos en los bosques navegables, y al ponerse el sol del segundo día llegamos á esta capital, que es ciertamente pintoresca y susceptible de muchas mejoras que el tiempo irá ofreciendo. La antigua capital de la provincia fué la villa de Tacotalpa, diez y seis leguas más arriba, hasta que el gobernador D. Miguel de Castro la trasladó á Villa-Hermosa á principios de este siglo. De entonces acá se ha fomentado esta población, que para ser tan reciente tiene ya bastante importancia. Si las instituciones que va á darse la República llegaran á arraigarse, el Estado de Tabasco está llamado á ser uno de los más poderosos de la confederación mexicana. La extraordinaria fertilidad de sus terrenos; los medios de una fácil comunicación que presenta la

multitud de ríos y arroyos que cruzan el país en todas direcciones, dándole la figura de una cota de maya; la riqueza de sus frutos, todo, en fin, ofrece las más lisonjeras esperanzas. Haya paz, orden y libertad, y Tabasco cambiará de aspecto: habrá salubridad, comercio y, sobre todo, población productora de que hoy carece.

El bergantín de Cruyés no había llegado á Villa-Hermosa, ni pude encontrarme con él durante la subida á la capital, pues, como te he dicho, mi viaje fué por dentro. Pero ayer he tenido otro encuentro, que no sé decirte si será ó no agradable, aunque tengo para mí, según los precedentes, que debe de sernos ominoso. Escúchame.

Contraje aquí mis primeras relaciones con un médico francés, el Dr. Corroy, compatriota y corresponsal de nuestro respetable amigo D. Alejo. Es dueño de la única botica que hay en Villa-Hermosa, y vive en una casita muy elegante. Invitóme cortesmente á su mesa, y ayer tuve el honor de aceptar su invitación. Presentéme en efecto, á las tres de la tarde, y á poco vino un doméstico á anunciar la presencia de otro convidado. Escuchar la voz del recién venido y sentir un vuelco poderoso en el corazón, fué todo uno. Mr. Corroy entró luego en compañía de aquel caballero. Su voz era

la del hombre que me golpeó en las calles de Campeche: su figura la del comandante del bergantín colombiano; su nombre el "Dr. Edward Moore." Toda una historia viva y misteriosa, enlazada con la tuya. Creo difícil pintarte mi asombro y confusión.

Pasadas las primeras palabras de ceremonia, nos sentamos á la mesa. Durante la comida, conservó el Dr. Moore todo su aplomo; y no puedo decirte si me reconoció, porque no se le escapó la más ligera señal que me lo indicase. Su conversación es dulce, amena é instructiva, y me parece que posee un gran caudal de conocimientos. A pesar de la profunda preocupación que abrigó contra él, pues le tengo por cómplice del Cruyés que murió en San Lázaro y del falso cónsul de Colombia, no pude menos de sentir algunas emociones agradables al escucharle. Este hombre debe ser un fenómeno en su especie.

No he vuelto á verlo; pero mañana, tanto él como yo, debemos reunirnos en una finca distante de aquí seis leguas, que pertenece á Mr. Corroy. Uno y otro nos hemos comprometido con el propietario á pasar en su compañía tres días de campo. Yo cuidaré de escribirte lo que de este paseo resulte.

Ninguna noticia he tenido acerca de nuestro amo Germán; mas yo sospecho,

según lo que pude averiguar á mi partida de Campeche, que el pobre anciano se ha dirigido á estos sitios. ¡Quién sabe lo que se habrá propuesto! Entre tanto, no me descuido en indagar su paradero.

En este momento recibo la carta en que me anuncias tu último encuentro con tu enemigo. Ahora comprendo perfectamente todo el espíritu de la conversación que escuché en San Fernando.

Adiós, querido mío: ya es demasiado tarde. Salúdame al Dr. Frutos y al capellán; y procura resignarte á esperar el desenlace de esta historia.



CARTA XXV

MANUEL A ANTONIO

Villahermosa, 16 de Octubre de 1847.

Querido mío. Bendita sea la Divina Providencia. ¿Por qué acudiríamos á otra fuente para buscar el origen de ciertos acontecimientos de la vida? ¿Cómo comprenderíamos esos sucesos, ni cómo sabríamos explicarlos de un modo más plausible, sino apelando á la suprema causa que regula el mundo moral? "¡La fatalidad!" Puede ser que la palabra sea más romancesca y poética para otros. A bien que para mí y para tí es dura, helada y vacía de todo sentido. Con ella, no puedo comprender lo que tantos y tantos se empeñan en explicar. Sólo la pereza de nuestro espíri-

tu nos impele á buscar esta causa. Cuanto más consolatorio es, sin duda alguna, como tú me has dicho otra vez, tener una fe plena en la Providencia infinita, que no someternos impasiblemente al rigor imaginario de una ciega y absurda "Fatalidad"! Ese odioso fatalismo, querido mío, me parece incompatible con las doctrinas del Evangelio; y el cristiano, si lo es sinceramente, no puede ser "fatalista."

Hallarás el valor de estas débiles reflexiones mías, que apoyan las tuyas, en lo que ahora voy á referirte. Animo, pues, hermano mío, ánimo; la historia de tus padecimientos en S. Lázaro es, como habías llegado á sospecharlo fundadamente, el eslabón de una larga y funesta cadena.

En la confluencia de los ríos de Teapa y Tlacotalpa hay un sitio pintoresco, que tiene la forma de una pequeña península. Colocado el espectador en la punta más saliente, puede dominar con un golpe de vista el río de la "Sierra," el soberbio "Madrigal," un espeso bosque de sauces, amates y "cocoites," varios sembradíos de cacao y caña dulce que se desarrollan á derecha é izquierda, una multitud de arroyuelos, esteros y lagunajos que bañan el terreno inmediato.

En esta pequeña península está situada la hacienda del Dr. Corroy. Era allí, para donde habíamos recibido del propietario una invitación para pasar tres días de cam-

po, que de ordinario es bellísimo en los meses del otoño.

En efecto, á las doce del día 10 del corriente, estaba reunida una lucida concurrencia, de extranjeros en su mayor parte, en aquel sitio delicioso. El dueño de la finca había desplegado todos los recursos de su buen gusto en obsequio de sus convidados. Buscaba yo entre éstos al que me interesaba más ver y comunicar: al Dr. Edward Moore.

Pero el Dr. Moore no estaba allí.

Mi inquietud y mi disgusto eran casi visibles. Durante la comida, no pudiendo vencer por más tiempo la viva curiosidad de que estaba poseído, me aventuré á preguntar á Mr. Corroy si nos privaríamos de ver allí á aquel caballero.

—El Dr. Moore, me respondió Mr. Corroy, es un hombre ¿comprende usted? es un hombre pasablemente escéntrico. Mas él ha dicho ¿comprende usted? él ha dicho que vendrá, y yo soy bien persuadido que él tendrá su palabra y será aquí, más tarde ó más temprano, no importa. ¿Comprende usted?

—Me parece que sí, le dije algo embarazado temiendo que hubiese advertido, más de lo que convenía, algún oculto interés en relacionarme con aquel hombre, cuyo concepto en el ánimo de Mr. Corroy, ignoraba yo si sería bueno ó malo, puesto

que no siempre es acertado juzgar sobre las apariencias.

Era casi de noche, cuando vibró en mi oído la sonora voz del Dr. Moore. Venía excusándose por su tardanza.

—Al pasar en mi pequeño bote por "Torno-largo," nos dijo, fué preciso detenerme para auxiliar á una pobre enferma: le he administrado un ligero remedio, y espero que...

—Ni sabe usted con qué clase de gente se ha puesto en contacto, señor doctor; interrumpió un joven, creo que guatemalteco, que se ha echado á recetar por estos mundos, sin más títulos ni diplomas que la ignorancia del vulgo, al cual se alucina muy fácilmente hablándole palabrotas sonoras y vacías, que no entiende.

—Me permitirá usted caballero manifestarle, que no comprendo bien la observación que acaba de hacer; repuso el Dr. Moore, fijando sobre el curandero una mirada entre escudriñadora y desdeñosa.

—Sin embargo, prosiguió el otro sin desconcertarse, lo que yo digo es muy sencillo. ¡ Figúrese usted si conoceré á estos ribereños, yo que soy el médico de la gente baja! ¡ Bah, bah! A la hora más intempestiva, viene un matón de ceñidor y machete á decir á usted que su mujer, su hija, su madre ó cualquiera de su casa, está con la calentura, que se muere, que

es preciso verla y darle un remedio. ¿Qué hace usted? Toma su botiquín, su escarificador, sus bombillos y todo lo demás conducente, sigue usted al troncha-cuellos, se mete en un cayuco miserable que á cada balance se llena de agua amenazando irse á pique, y se echa á navegar á través de popales sembrados de lagartos y víboras, sin contar con una espesa nube de mosquitos. tábanos y jejenes, que se apezga sobre usted para devorarle. En fin, llega usted al sitio, sabe Dios cómo, más muerto que vivo; y el enfermo tiene una cerebral con ciento cincuento pulsaciones por minuto. ¿Qué ha de hacer un pobre médico después de fijar el diagnóstico y dar el pronóstico? Establecer el método curativo indicado para las fiebres "esenciales," desde los tiempos bíblicos, allá cuando Hipócrates y Galeno fundaban la ciencia médica: una libre de quina al estómago, en dos ó tres tomas, disuelta en infusión de "huaco" ó flores cordiales. ¿Qué mejor febrífugo que la quina, este mineral precioso, de que usaron los antiguos persas? Pero en fin, como no todo el mundo ha de salir bueno y sano de una curación, muérese el consabido enfermo; y he aquí que el pícaro ribereño, porque le cobra usted un módico honorario de tres ó cuatrocientos pesos por la asistencia, ítem las medicinas, emplastos, vendajes, ungüentos y otros menjurjes, le toma

á usted tan frescamente de un brazo, y le lanza de su casa á planazos. ¡ Ladrones, sí señor, ladrones! Con que ya ve usted, querido "doctor mihi," si tengo razón en decirle lo susodicho.

Azorado escuchaba el Dr. Moore el extravagante razonamiento de aquel charlatán, que pasaba en el país por médico. Estúvole contemplando algunos segundos, encogióse de hombros y, sin dignarse replicarle, se mezcló entre los demás concurrentes. Vino hacia donde yo estaba, y me tendió la mano con la mayor cordialidad y benevolencia.

En aquel momento me sentía fuertemente inclinado á este hombre, sin que me fuese posible explicar los motivos de esta oculta é intempestiva simpatía. Las relaciones que mediaban entre ambos, y las presunciones que tenía yo de sus malos antecedentes, parece que deberían haber producido en mi ánimo un efecto diametralmente opuesto. Sin embargo, ya lo ves, la cosa ha pasado de otra manera. Cierto que si el Dr. Moore de lejos era para mí un hombre tan misterioso como formidable, visto de cerca y tratándole, parece irresistible. Mi corazón me revelaba que bajo las apariencias del mal, había allí algo de noble y elevado.

La plaga de los mosquitos, á pesar de las precauciones de Mr. Corroy para li-

brarnos de ella, hizo que la velada no se prolongase mucho. Desde muy temprano vímonos obligados á buscar refugio bajo de los mosquiteros.

Para la mañana siguiente estaba dispuesto un paseo acuático con objeto de cazar en los popales y lagunas. En efecto, después de un "confortable" desayuno, varios botes y canoas salieron á la expedición. Instóme el Dr. Moore, con la más fina cortesía, á que aceptase un lugar en el pequeño esquife que le había traído de la villa, el cual apenas era capaz de contener tres personas: dos pasajeros y el timonel. Acogí con placer aquella invitación inesperada; y nos encaminamos al embarcadero, que era un tanto barrancoso y empinado. Al acercarnos, una exclamación involuntaria iba á escapárseme de los labios, si no la hubiese detenido una enérgica y significativa mirada del doctor. Nació mi sorpresa de ver allí, apoyado en la caña del timón, á un viejo marinero que se disponía á gobernar el esquife.

Era nuestro amo Germán.

En su actitud y maneras notábase una adhesión profunda, una gratitud sin límites hacia el extraño personaje con quien nos hallábamos en contacto.

Mientras permanecimos reunidos con los demás cazadores, guardamos un silencio bastante significativo. El Dr. Moore, con la cabeza erguida y los brazos cruza-

dos, permanecía en pie é inmóvil en medio del pequeño bote, mirando fijamente la corriente del río: en la proa y medio recostado sobre la paneta contemplaba yo asombrado aquella imponente figura, que hacía contraste con la humilde actitud de nuestro amo Germán, que con un movimiento á derecha é izquierda del remo apoyado en la popa, daba dirección al bote.

Al cabo de algunos minutos entrando por un estero, nos hallamos intrincados en un bosque frondoso, en que apenas se notaban algunos intersticios que dejaban ver el subido azul del cielo. Había cesado el rumor de las voces: reinaba el silencio sombrío en las selvas, interrumpido apenas por las ráfagas de la brisa, que agitaba las elevadas copas de los "jobos," zapotes, cedros y palmas reales; ó por el grito salvaje de los animales monteses. De improviso, me sentí sobrecogido de un vago é inexplicable temor, al ver que el hombre misterioso cambiando de actitud, sentaba su mano derecha sobre el hombro izquierdo de Germán. Figuréme que iba á sobrevenir alguna escena extraña.

—Germán; ya ves que no te he engañado. Aquí tienes al amigo de tu hijo, dijo el doctor señalándome.

—Señor, repuso el sepulturero: usted tiene el secreto de muchos sucesos en su

mano. Yo no he dudado que me cumpliría su promesa.

Y los ojos del anciano se cubrieron de lágrimas. El doctor prosiguió:

—Escucha, Germán: tú has sido desgraciado, muy desgraciado ciertamente; pero tus penas no pueden compararse con las mías. Tú siempre fuiste honrado y leal: disfrutaste de algunos placeres que pasaron en tu vida, es cierto, como una mágica visión, y que después se tornaron en una fuente de amargura y dolor; pero yo... amigo mío... yo...

Y la voz del Dr. Moore se alteró de un modo doloroso: sus últimas palabras fueron un gemido ahogado é imposible de definir. Yo no sé si era aquello un grito de imprecación, de tristeza, ó de remordimiento: sólo pude sentir que penetraba hasta el fondo de mi corazón, produciendo en él una emoción penosa. Luego continuó:

—Tú me has perseguido como á un fantasma que se te escapa, como á un ser maléfico que te había causado infinitas desgracias y con quien has pretendido á toda costa tener una explicación. Pues bien: yo he ido delante de tus deseos. Hace tres días, no esperabas hallarme, habías perdido la huella de mis pasos, y fácil me habría sido alucinarte para que no me vieses ni encontrases vestigio alguno de mi presencia en estos sitios. En el dis-

curso de muchos años nos hemos encontrado varias veces, Germán: he permanecido frente á frente delante de tí: en tus ojos y en todos los rasgos de tu fisonomía, he leído la congoja que te agitaba, buscándome con ansia y terror á un mismo tiempo. Me he hecho invisible á tus miradas, incomprensible á tu entendimiento, é inaccesible á tu afanoso empeño en hallarme; y si alguna vez has logrado reconocerme, no ha sido por efecto de la casualidad, ni de tus esfuerzos. Era que yo quería hacerme ver y darte algún aviso útil é importante. Tú, sin embargo, has creído que un ser maléfico te perseguía. ¡Haste figurado que yo era tu ángel malo! Héme, pues, aquí: mírame y tócame. Yo mismo he querido ponerme entre tus manos. Viejo desgraciado, ¿qué quieres de mí? Habla de una vez, y aprende, en fin, á mostrarte reconocido á los beneficios que debes al cielo.

El doctor pronunció estas últimas palabras con un acento tan incisivo, que el pobre sepulturero quedó mudo y confuso. Los tres guardamos silencio por algunos minutos.

Al cabo de ese tiempo, alzó el doctor la cabeza, que había inclinado profundamente después de su última frase. Dos gruesas lágrimas rodaron sobre sus mejillas, y un grito sordo se escapó de su pecho con un esfuerzo violento.

Esta escena me produjo una sensación imposible de explicar.

Nuestro amo Germán dejó el timón, encorvóse sobre sus rodillas y abrazando con ansia convulsiva los pies del extranjero, exclamaba:

—¡Oh! perdón, perdón. Gracia para este desventurado. Vos sois mi ángel tutelar, mi consuelo, mi salvación, mi Dios en la tierra...

Y el buen anciano sollozaba, agitándose en las más vivas convulsiones; mientras que el doctor, mirando fijamente al cielo, y con las manos introducidas en las dos bolsas del fraque, parecía una bella estatua de Canova, indiferente á cuanto pasaba á su rededor. Se hallaba engolfado en una cavilación profunda, trayendo seguramente á cuenta los incidentes de su vida aventurera y sembrada de sucesos terribles.

Inútil es que me empeñe en explicarte cuál era mi situación en aquel lance. Era una situación excepcional, y que sólo podrías comprender hallándote en ella. Había allí una confusa mezcla de asombro, terror, amargura, angustia, ligado todo por el vínculo de una ardiente simpatía en favor de uno y otro de los dos seres que tenía delante.

Al cabo de algún tiempo, la fisonomía del doctor pareció animarse, despejóse su frente y una ligera sonrisa indefinible agitó sus labios. La estatua ya tenía vida.

—¡Qué haces, amigo mío! exclamó de repente inclinándose hacia el sepulturero. Yo soy quien viene á implorar, si no el perdón, á lo menos la compasión que debiera arrancar de vosotros el más desgraciado de cuantos hombres han visto la luz del día, en un momento de la cólera celeste.

Y como nuestro amo Germán insistia en permanecer de rodillas, el doctor dejóse caer á plomo sobre las suyas, y de esa suerte quedaron ambos el uno en frente del otro.

Y ambos se estrecharon vivamente y lloraron y sollozaron á grito herido.

¿Sabes Antonio mío la extrañísima impresión que causa el ver llorar á un hombre, á un hombre dotado de aquella fuerza y varonil energía que el cielo ha concedido de ordinario á los individuos de nuestro sexo? ¿Sabes que cuando un hombre llora de dolor, ese dolor debe ser intenso, horrible, desgarrador de las fibras del corazón, infinito, inexplicable?

Pues si tú lo sabes y lo comprendes, hermano mío, figúrate, como puedas, mi actitud en aquel momento.

¡Yo también lloraba, como lloraba el Dr. Moore y lloraba nuestro amo Germán! ¡Yo sollozaba, como sollozaban aquellos dos hombres de bronce que habían pasado por tan terribles trances en su vida!

Porque, en efecto, yo no podía alabarme de poseer una organización más recia que la de aquellos hombres golpeados en el duro yunque del infortunio.

Tú también, hermano mío, tú también vas á llorar!

. . . .

Así pasamos más de media hora.

Al cabo de ella, todos habían recobrado su aplomo ordinario; y el Dr. Moore se dirigió á mí.

—Caballero, me dijo, yo sé perfectamente lo que debe interesar á usted y á su amigo mi conversación con este buen hombre.

—Señor, le dije yo; si usted, como no lo dudo, está perfectamente enterado de la triste situación de mi amigo, de mi pobre hermano encerrado en San Lázaro, condenado á sufrir el más horrible de los martirios que pudiera imponerse á un ser dotado de vida y energía, de imaginación y entendimiento; ya puede usted figurarse el interés que debe causarme esta escena. Yo también, como este buen anciano, deseaba encontrar á un ser misterioso que se nos ha presentado ya con tan variados caracteres.

—Bien; me repuso el doctor. El tiempo de que podemos disponer, es corto. Voy á hablaros una vez por todas. Recoged vuestra atención y escuchadme.

Y nuestro amo Germán y yo esperamos

ansiosamente las palabras del misterioso personaje.

—Desde luego, continuó, no debíais dudar que el Juan Cruyés, que hizo en Mérida tan grave daño al desventurado preso que está en San Lázaro es el capitán Frasquito de que os habló Regino en su "cartera;" y el capitán Frasquito no es otro que el famoso pirata que todos vosotros conocéis demasiado. Este pirata es el hijo de Germán.

—¡Señor, señor! gritó el sepulturero torciéndose los brazos de desesperación y angustia.

—Sí, hermano mío; prosiguió el doctor encarándose con el desventurado anciano. Tú no sabías que tu hijo es el autor de un nuevo y más estupendo crimen. El había ido á Mérida en unión de las infames meretrices que le acompañaban..... sedujo á Antonio, le hizo enfangarse en el desorden, adquirir el gérmen de un mal espantoso; y después de haberle engañado... y robado... y pillado... se marchó haciendo de él la burla más cruel y salvaje. Y por eso el pobre joven está hoy en S. Lázaro.

—¡Dios eterno! exclamó sollozando el angustiado Germán! ¡Qué crimen, pues, he cometido para pagarlo de una manera tan espantosa!

—¡Débiles y miserables criaturas! Nosotros queremos pesar los juicios de Dios

en la balanza de nuestra ignorancia; murmuró el doctor clavando momentáneamente la vista hacia el cielo.

Por lo que á mí hace, aunque aquella revelación me aclaraba un misterio, que ya había dejado de serlo para mí, no pude evitar que se me horripilasen las carnes, al recibir tan plena y clara ratificación de unos hechos tan atroces y horribles en sí mismos. Apenas puede comprenderse el asombro y agonía del buen sepulturero, sobre cuyo espíritu cayó como un rayo la noticia de aquella ominosa historia, que hacía de su mejor amigo una de las víctimas de su criminal y desalmado hijo. La solemnidad de la escena silenciosa que nos rodeaba, daba cierto aire imponente y aterrador á las últimas palabras del misterioso personaje, con quien nos hallábamos en contacto; y su influencia sobre mí era tan viva y visible, que me estremecía y agitaba, como la hoja de un árbol sacudida por el vendaval.

Después de algunos instantes, prosiguió el doctor:

—Mi historia... ¡ah! mi historia es muy triste y sembrada de miserias y desgracias. Algún día será revelada al mundo.... Aun no ha llegado el tiempo! Vuestra curiosidad debe ser extrema: ya lo comprendo bien; pero limitaos á saber lo que únicamente me es dado comunicar á otros. ¡Sí! exclamó apretando mi mano

con fuerza. Yo soy el contramaestre Genaro Chiabrera, el maestro de Regino en Málaga, el socio de dos famosos piratas, que han difundido el terror y la muerte por todas partes, el hombre siniestro que maltrató á usted en las calles de Campeche, el fingido comandante del bergantín de guerra colombiano, el hombre enlutado con quien Antonio tuvo una conversación en el castillo abandonado de San Fernando.... Y soy también, ¡padre infeliz! (añadió dirigiéndose á nuestro amo Germán), aquel ente singular que te ha perseguido, si tienes valor de llamar persecuciones á las obras mejores y más meritorias que yo he cumplido en mi vida, para poner en contrapeso con mis grandes crímenes en la balanza de la justicia eterna; porque tú, ¡oh Dios y Señor mío! no has de permitir que se pierda para siempre un hombre abandonado de todos, proscrito por una sociedad injusta, lastimado en lo más delicado que el hombre posee, expuesto al ludibrio de sus semejantes y convertido en la irrisión pública, porque el género humano no ha podido, ó no ha querido comprenderlo!

Tan solemne y enérgico había sido el último apóstrofe, que la fisonomía del doctor expresaba aún mucho más que sus palabras. Después de otra pausa, que ninguno de los que le escuchábamos se atrevió á interrumpir, prosiguió:

—¿Habéis oído hablar de aquella noble y generosa nación que por tantos siglos ha experimentado el pesado yugo de la esclavitud, que le ha impuesto una horda brutal, bárbara y que difunde sus conquistas y sus dogmas religiosos con la espada en una mano y la tea incendiaria en la otra? ¿De aquella tierra orgullo un día del género humano, patria de los más célebres filósofos, de los más sabios legisladores y guerreros famosos? ¿De ese pueblo que se ha levantado hoy, como un hombre solo, á luchar cuerpo á cuerpo con un coloso formidable, removiendo las cenizas de sus padres para encender de nuevo aquel fuego sagrado que los animó un día, cuando cada llanura, cada monte y cada objeto repetía la historia de un triunfo? ¿No habéis oído hablar de esa patria esclarecida; y, en medio de la estupenda degradación á que me ha conducido una serie de sucesos, cuyas secretas causas sábelas el cielo, sólo me resta el noble orgullo de haber nacido allí. Sí, ¡amigos míos! yo no soy alemán, ni italiano, ni inglés ó americano como habréis creído. Soy natural de la afamada isla de Scio: soy griego, y el serlo es toda mi gloria.

Inútil es, hermano mío, que yo me empeñe sériamente en explicarte la variedad de emociones que se sucedían en mi ánimo á cada palabra, á cada signo y á cada gesto del ente singular que nos hablaba

con un acento tan apasionado, tan vehemente y tan irresistible. El pobre Germán había cruzado los brazos, entreabierto la boca y clavado la vista intensamente, pero con un respeto profundo y una admiración vehemente, sobre las férreas facciones del Dr. Moore. Este prosiguió.

—Nada os importa saber hoy, amigos míos, la ocasión de mi caída en el fango del crimen. Sabed únicamente, y eso para que admiréis y bendigáis los secretos de la Divina Providencia, que yo había nacido para llenar una misión más gloriosa. Yo fuí educado entre los monjes de Cophto, é instruido en los grandes misterios del saber humano; y por más de diez años he sido el oráculo de la Grecia, de la Illiria y las provincias todas del Asia Menor Delante de mí ha marchado el estandarte de las "tres colas;" una revolución se ha consumado en honor mío; á mi voz han enmudecido dos Sultanes poderosos; y lós Bajáes se han prosternado hasta la tierra. Me ha sentado en el "diván" y mis consejos han salvado, en Egipto, al que ha sido después el regulador de los destinos de la Europa y la encarnación viva de todas las glorias y recuerdos sublimes del pueblo francés. Mas, ya lo véis, he caído hasta el abismo, y caído sin esperanza. Mía no fué la culpa ¡oh Dios mío! no; sólo se han cumplido tus altísimos decretos. . . . .

. . . .
. . . .
. . . . . El Juan Cruyés, conocido con el nombre de "Cara-cortada," fué tu verdugo, Germán, y él te llenó de angustia el espíritu y de veneno el corazón. Pero yo era su esclavo: lo había jurado sobre mi ánima, y jamás he infringido mis juramentos, ni he sido desleal, precisamente porque todos han tenido conmigo una conducta totalmente opuesta. Horribles y criminales como han sido estos vínculos, hélos respetados hasta el fin, sin embargo de las ocasiones frecuentes, en que la situación de las cosas parecía haber trocado nuestros papeles en esta gran comedia de la vida humana. Me creía dejado de la mano de Dios. Había blasfemado de su santo nombre, maldecido el género humano y roto los lazos que me ligaban á la sociedad, para unirme más estrechamente con un ser diabólico. ¡Errores y contradicciones de un espíritu extraviado! ¡Ah! Yo siempre había sido bueno y generoso; pero el mundo no quiso comprenderme. . .

. . . . . Fuí, pobre Germán mío, testigo de todos tus infortunios que.... alguna vez quise aliviar; pero nunca librarte de ellos. Ya sabes lo que hice por tí. Hice más; quise detener á tu pobre hijo en la pendiente del abismo que "Cara-cortada" abrió á sus pies... No pude: porque la voluntad del cielo era más fuerte que la

mía y me dejé arrastrar, como siempre, de una fuerza superior. En vez de lograr mi objeto, otros sucesos me constituyeron también en esclavo de tu hijo. Dos veces libró generosamente esta vida que ya me era gravosa, á riesgo de la suya propia. Cuando "Cara-Cortada," que jamás poseyó ninguna pasión generosa, nos abandonó en un conflicto, traicionando vilmente á cuantos de grado ó por fuerza le habían seguido en su infame carrera, yo no quise abandonar á tu hijo.... y lejos de abandonarlo, fuí su cómplice en sus crímenes de todo género, en sus fraudes, en sus amores incestuosos, en sus asesinatos, en su vandalismo y en su feroz piratería!

Nuestro amo Germán lanzó entonces un profundo y doloroso gemido. Las férreas facciones del doctor se suavizaron un tanto, y fijó sobre el sepulturero una mirada de compasión. Después de algunos instantes prosiguió:

—Pero ese vínculo está roto para siempre. Mi presencia era ya gravosa para tu hijo, mis consejos siniestramente interpretados, mis observaciones relegadas al desprecio, y toda alianza vino á ser imposible. Yo le he pedido me volviese mi libertad... y me la ha otorgado al punto. ¡Ah! No ha sido una de las menores amarguras de mi larga vida el verme de esta suerte menospreciado de tu hijo. Alguna vaga esperanza había concebido que

al fin volviese al buen sendero, lo mismo que yo. Pero esa esperanza se ha perdido para siempre. Las mujerzuelas á quienes ha corrompido y degradado, las odiosas especulaciones que otros piratas y contrabandistas le han proporcionado, embargan hoy su atención, le ofuscan y ciegan, y al fin le lanzarán en el último y más obscuro fondo del abismo en que hace años comenzó á caer.

—¡Oh, pobre hijo mío! exclamó el sepulturero con un acento desgarrador.

—Sí, tienes razón de llorarlo. Parecía haber nacido para otra cosa; repuso el personaje.

A sus últimas palabras sobrevino un largo y sombrío silencio. Después, como volviendo el doctor de un profundo letargo, nos dijo:

—¡Ea! Esto es concluído: yo no puedo deciros más de lo que habéis escuchado. Partamos de aquí y despidámonos para siempre. Mi deber me llama á regiones muy lejanas de estas. ¡Adiós!

—¡Una palabra no más! le dije yo entonces.

—Ninguna; me repuso. Yo sé muy bien lo que va usted á decirme: no necesito de que usted me lo recuerde. Antes de alejarme, yo volveré á ver á su amigo el enfermo del hospital de San Lázaro.

Y entreabriendo una voluminosa cartera, extrajo de ella el paquete que va incluso, y me lo entregó diciendo:

—Sin perjuicio de esta formal promesa, que yo sabré cumplir á tiempo, envíele usted esta carta de Regino.

Después se inclinó al oído de nuestro amo Germán y murmuró unas cuantas palabras que no pude percibir.

En seguida incorporándose, nos dijo en tono de autoridad.

—¡Vamos!

Y fué preciso obedecer, porque esa voz era imponente é irresistible.

Volvimos, pues, á la hacienda del Dr. Corroy, en donde estaban ya reunidos todos sus convidados. Comimos á una hora competente, y durante la mesa estuvo taciturno el Dr. Moore. Jamás me he hallado frente á frente con un hombre que me inspirase tanto respeto y admiración. Apenas me atrevía á mirarle.

¡Y ya lo ves, hermano mío, su historia es una historia de desgracias y de flaquezas! ¡Pero es tan fácil caer en esta vida! ¡El género humano está expuesto á tantas calamidades y miserias!

A la mañana siguiente eché de menos al Dr. Moore, y al bote que le había llevado á la finca de Mr. Corroy. Apenas podía yo disimular mi inquietud; y si no hubiese sido porque el dueño de la casa repitió las excusas del convidado, que había partido sin decirnos cosa alguna, acaso no habría podido contenerme. Tal vez hubiera dirigido al Dr. Corroy alguna pre-

gunta impertinente. Guardé, pues, el más profundo silencio; pero el resto del día lo pasé desazonadísimo. Deseaba con ansia regresar á la capital para ver si aún era posible escuchar de aquel extraño personaje alguna nueva explicación, ó por lo menos hallar al buen sepulturero, ofrecerle algún socorro y averiguar algo más. Todo fué inútil: ni un solo vestigio he hallado de ambos, y á esta hora ignoro su paradero.

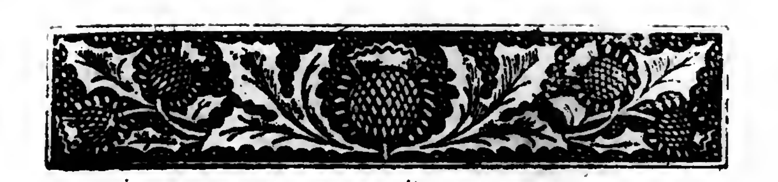
Mas entre tanto, no se habla de otra cosa en la población que de un horrible suceso de que es héroe cabalmente el infame hijo de nuestro viejo Germán. Háblase de un asesinato cometido en la persona de un empleado del resguardo, que se hallaba á bordo de un buque contrabandista, y que con pretexto de hacer un cargamento de palo de tinte se hallaba amarrado en el punto llamado "Chilapa," algunas leguas río abajo de ésta. Todos los detalles que yo he oído referir me confirman en el juicio de que no es otro el asesino, que Juan Cruyés ó cualquiera de sus dos socios: el capitán "Sagarra" ó el "tío Melitón." Cuando la autoridad pública tuvo conocimiento de este negocio y quiso acudir asegurar á los delincuentes, el buque había desaparecido. Sin haber hecho las correspondientes operaciones adecuadas, ni embarcado á bordo ningún práctico, se habían echado río abajo y

salido de la barra sin ser visto ni observado. Me atrevería á jurar, que estaba yo viendo el desenlace del drama horrendo que los asesinos fraguaron aquella noche, casi en mi presencia, cuando me hallaba enfermo en San Fernando. Me parece imposible que tan monstruosos crímenes queden sin castigo, y esta canalla infame pueda continuar en semejante carrera por más tiempo. No: eso no puede permitirlo el cielo.

Sin embargo de que mi curiosidad es extrema, no me he atrevido á imponerme de la carta de Regino, que te envío cerrada y se halla como el Dr. Moore la puso en mis manos. Sé que tú no habrías llevado á mal que de ella me impusiese; pero me ha detenido una reflexión poderosa. Acaso te comunicará secretos que le sean exclusivos, y no sé si gustaría de que un tercero penetrase en ellos. Esta calificación, sólo tú puedes hacerla.

No puedo evitar detenerme aquí por algún tiempo más. ¡Con qué consuelo sería yo mismo el portador de cuantas noticias te comunico en la presente, aunque no fuera más que para mitigar en algo las nuevas amarguras que naturalmente van ellas á proporcionarte!

Dios te dé el consuelo, hermano mío, que yo no puedo ofrecerte, y te conserve en su santa guarda.



CARTA XXVI

REGINO A ANTONIO

Debo á usted, incomparable y desgraciado amigo mío, una explicación de mi conducta en el hospital, para desvanecer las apariencias que me condenan. ¡Qué quiere usted! Nací bajo un signo funesto: mi vida ha sido un tejido de crímenes y desgracias: mi existencia es una lucha terrible, si no de las malas pasiones contra la virtud, al menos de las consecuencias de aquéllas contra ésta. Me creerá usted un falso amigo, un monstruo de ingratitud y de artificio, un joven incorregible é incapaz de volver al buen sendero, que no había perdido en verdad por culpa mía, sino por influjo de mi mala estrella. Puede usted sospechar todo esto; pero per-

mítame decirle desde el principio, mi bueno y adorable amigo, que no es así: que he apreciado altamente sus beneficios, que mi corazón rebosa de gratitud, que sus sanos y luminosos consejos no se han perdido y que el cielo, apiadándose de mí en su misericordia inextinguible, me abre nuevas vías de salud. Sí, Antonio mío, aún era tiempo y no debía desesperar del remedio de tantos males. Dios no ha querido condenarme á una eterna perdición. Aun hay esperanza, amigo mío, para este pobre desgraciado.

Confieso que el hospital me aterraba: mi permanencia allí hubiera sido una lenta y cruel agonía mezclada de una desesperación horrible. No, que su compañía y consuelos no fuesen para mí un tesoro inapreciable; no, que su amistad y cariño dejasen de ser otros tantos vínculos estrechos y deliciosos á la vez, que ligaban mi triste existencia á la del mejor y más virtuoso de los amigos; ni tampoco que las hechiceras palabras de aquel buen capellán, todo amor y benevolencia santa, dejasen de llenar mi perturbado espíritu de emociones tiernas y piadosos sentimientos. ¡Oh, nada de esto! Pero yo era un delincuente famoso. Por donde quiera, veía extendida una mano ominosa pronta á asirme para arrojarme al cadalso. Una voz interior me acusaba incesantemente. El espectáculo de los enfermos

multiplicaban mis tormentos y mi agonía. Los quejidos de los moribundos me aterraban; y sin embargo, si la idea dominante de ser perseguido y observado no hubiese venido á perturbarme á cada momento, con facilidad me habría resignado y juntos, amigo mío, hubiéramos esperado el triste, pero tranquilo término de una existencia tan dolorosa. ¡Qué diferencia entre su situación y la mía! Con sólo que vd. acudiese á sus recuerdos, á sus nobles y generosos sentimientos, á su inocencia y virtud, habría hallado inagotables manantiales de consuelo y de resignación. Pero para mí, cada recuerdo era un suplicio y cada sentimiento un anatema. Los sucesos posteriores me han hecho conocer el secreto de su destierro en San Lázaro, como le diré luego; pero por más reproches que se haga usted á sí mismo, por más delincuente que se considere, nunca será sino la triste víctima de una odiosa maquinación, en que todo el crimen, toda la vergüenza y todo el oprobio recaen y han debido recaer sobre aquellos entes malignos y despiadados, aquellos monstruos de maldad y de ingratitud que así pagaron sus beneficios. Mientras que yo, mi adorable amigo, además del perdurable remordimiento que pesaba sobre mi corazón; además de sentirme humillado por el cariño sin igual de un hombre virtuoso, que

debía en justicia considerarse manchado por una conexión semejante; además del horror de mis dolencias, en fin, me veía á cada instante expuesto á ser descubierto por la justicia, á que mis estupendos crímenes se publicasen y fuese á expiarlos en el patíbulo, que he merecido mil veces. Cierto, que si lo he merecido, nada más justo que morir en él, para escarmiento de malhechores y represión de los delitos contra la sociedad. Mas figúrese usted cuáles y cuán atroces habrían sido mis tormentos obligado á hacer confesiones ominosas; á publicar una negra historia de inauditos atentados; á sufrir toda aquella pausada, cruel, desgarradora y febril agonía por la cual pasan los miserables reos condenados á muerte; á marchar rodeado de esbirros y un inmenso pueblo ansioso de ver el castigo de un pirata, cuyos delitos serían ya la fábula de todos; á subir con vacilantes pasos á un cadalso en donde, en vez de excitar la compasión y simpatías del público, sólo habría recibido oprobios y maldiciones...... ¡Oh! Esa idea era horrible, mi querido amigo, y capaz de volver el juicio al hombre de más serenidad y sangre fría. Yo veía en San Lázaro la espada de Damocles pendiente de un hilo sobre mi cabeza; y yo no podía estar tranquilo en San Lázaro. Yo debí hacer lo que he hecho y fugarme de una prisión que consideraba precursora del

cadalso. ¡Compadézcase usted de mí, y no me condene con ligereza!

Sin embargo de todo eso y de la tenacidad con que semejantes ideas se arraigaban en mi espíritu, la buena y generosa amistad de un amigo que jamás sabré apreciar debidamente; los dulces y saludables consejos que escuchaba de boca del digno y virtuoso capellán, habrían retardado ó modificado tal vez la ejecución de mis proyectos de fuga. Pero al descubrir la presencia de un hombre que conocía mis crímenes, al encontrarme cara á cara con aquel sepulturero que podía ser un fatal testigo contra mí, por más bueno y noble que fuese su corazón, no he sido entonces dueño de dominarme. Un insólito terror se apoderó de mí; y desde el momento en que ya no tuve duda ninguna de que nuestro amo Germán era el mismo marinero que había fascinado al capitán Frasquito en el estrecho de Cozumel, ya no hubo reflexión que me detuviese. La vista del patíbulo me perseguía por todas partes; y creo ¡Dios me lo perdone! que llegué á olvidarme de la amistad y miramientos que á usted debía. En medio de aquel desesperado conflicto, el cielo... sí, ¿por qué no he de atribuírselo al cielo? el cielo me deparó un salvador, un amigo que podía redimirme del suplicio.

Este amigo es nuestro amo Genaro Chiabrera. El mismo que usted conoce, bajo el nombre de "Dr. Edward Moore."

¡Oh, mi querido Antonio! Este hombre á pesar de los sombríos coloridos con que hice su retrato en aquellas memorias que escribí en mi cartera y entregué á usted á los pocos días de hallarme en el hospital, merece toda la estimación y respeto de las almas nobles y generosas. És un desgraciado, víctima de su implacable destino. Es un ente excepcional que el cielo ha elegido para castigar algún crimen ignorado tal vez; y ese crimen misterioso ha debido ser enorme, de una gravedad terrible, supuesto que su castigo aquí en la tierra ha sido una prolongada serie de sacrificios del corazón y del alma. Espero que algún día se hallará en más estrecho contacto con este ser infortunado, y llórará usted cuando reciba sus revelaciones, cuando le ponga de manifiesto las heridas profundas de su corazón y cuando pueda usted leer en su espíritu toda una historia sentimental de miserias y desgracias. Esta historia quedará ignorada en el mundo tal vez; pero yo he podido comprenderla, y un oculto presentimiento me dice que también usted ha de ser iniciado en esos misterios de dolor. Llorará usted, como lloré yo, admirando y bendiciendo las vías secretas de la Providencia.

En aquellos momentos en que mi terror había llegado á su colmo con la intempestiva ausencia del sepulturero, en quien

no acertaba á ver sino un funesto testigo de mi pasada vida; cuando mi desesperación, siempre creciente, producía en mi sangre una especie de fiebre voraz y en mi cerebro un principio de delirio, he aquí que mi antiguo amigo, mi cómplice, se presenta impensadamente. Permítame usted explicarle los precedentes de este suceso.

A principios de Abril, nuestro amo Genaro Chiabrera había recibido orden perentoria de ir á Campeche á desempeñar una misión que sus extraños juramentos le hacían mirar como sagrada. Existía encerrado en el hospital de San Lázaro aquel Juan Cruyés, Cara-Cortada por sobrenombre, y cuya memoria aún debe estar impresa en su ánimo por aquellas terribles escenas, de que me hizo referencia. Cuando por una serie de imprevistos sucesos, y no por reflexión ni arrepentimiento, me separé de la funesta carrera en que me había lanzado, era todavía un alumno de la horrible confraternidad de los piratas, é ignoraba de todo punto muchos de sus más importantes secretos, entre ellos el de ese nombre de "Juan Cruyés," que con razón, amigo querido, le producía tan enérgica antipatía. "Juan Cruyés" no ha sido sino un nombre convencional y desígnase con él desde el año de 1628, al jefe ó caudillo de una de las varias asociaciones de piratas, que se

han formado, y desaparecido sucesivamente, para infestar estas costas y mares.

El miserable que murió en San Lázaro era el único que conocía el sitio en que estaban ocultos los cuantiosos tesoros de la sociedad. Para darle nuevo ser y vida, ó para satisfacer la insaciable codicia de los que hoy la dirigen, era preciso arrancar este secreto á Cara-Cortada, de grado ó por fuerza; y tal era la misión de nuestro amo Genaro Chiabrera.

Mi pobre amigo tenía motivos graves, y eso ya usted debe saberlo muy bien, de evitar un encuentro con Germán; y aunque bajo su disfraz y escudado de la pública profesión que había creído conveniente ejercer en Campeche, confiaba escaparse del ojo perspicaz y escudriñador del sepulturero, no pudo conseguirlo. Al salir un día del hospital de San Juan de Dios, entraba Germán. El sepulturero, se detuvo intencionalmente, observando la figura y ademanes del nuevo médico. La profunda preocupación de ese hombre alcanzó á descubrir la verdad, y reconoció al ente siniestro que, en su concepto, sólo estaba destinado para anunciarle males y calamidades. Desde ese momento, ya era incompatible la presencia del doctor en Campeche con su propia seguridad. Púsose en guardia; y á los tres días, habiendo sabido la muerte de Cara-Cortada, se

apresuró á marchar de allí, antes de que un nuevo encuentro con Germán viniese á ocasionarle un compromiso. Ignoraba entonces que yo estuviese en San Lázaro, ni yo tuve noticia alguna de su presencia en Campeche.

Cara-Cortada murió sin hacer la interesante revelación que se apetecía; y de esta suerte casi quedaba destruída la famosa confraternidad de los piratas de la escuela de Cruyés. Era ya tiempo en verdad, que pereciese esta raza impía, cuyos numerosos crímenes no caben, no, en cálculo humano. Los descubrimientos que acabo de hacer y las confesiones de nuestro amo Genaro, á quien llamaré en adelante el "Dr. Moore," me han dejado sobrecogido de espanto.

Cuando yo me separé del doctor Walix, á la vuelta de mi expedición de Veracruz, mi pobre amigo determinó seguirme para evitar una desgracia y asistirme con sus consejos; pero muy pronto quedó desorientado: sus pesquisas fueron inútiles, y volvió á juntarse con Frasquito. Supo entonces que éste se había acercado á las costas de Yucatán en compañía de las dos hermanas Paulina y Clemencia, pues Carlota, la mayor, había sido cruelmente asesinada por su amante en un arrebato de celos; y supo también que el pirata se atrevió á presentarse en Mérida, asociado con aquellas prostitutas, con las cuales ha-

bía hecho un tráfico vergonzoso, hasta que al fin cayó en una red, muy diestramente preparada, un joven caballero de la ciudad, hijo de una rica é ilustre familia. El doctor escuchó el infame relato con el aparente cinismo que le caracterizaba; y no dudó de ninguna de las consecuencias que resultarían á aquel joven, víctima de una burla tan cruel como odiosa. Indignóse interiormente sin embargo, de aquella horrible y brutal acción; y aunque el hábito de ciega obediencia y respeto á Frasquito, su abnegación absoluta, sus juramentos y deseo de cumplirlos le hicieron guardar un profundo silencio, sin aplaudir ni vituperar tan salvaje é inútil crimen, desde entonces comenzó á sentir que esa vida le era ya insoportable. Por primera vez, según me ha confesado, experimentó un remordimiento, y la voz de su conciencia le hizo detenerse un tanto en el examen de su pesada vida. Y esa vida, amigo mío, aunque era una extraña mezcla de nobles pasiones é indignos crímenes, sembrada estaba de acciones loables que seguramente mantuvieron abierta, en favor de un desgraciado proscripto, la puerta eterna de las misericordias del cielo. ¡Oh, no me es dado contemplar como delincuente á este ser desventurado!

No satisfecho el capitán Frasquito del resultado que tuvo la primera misión del doctor, obligóle, á costa de cualquier pe-

ligro que pudiese sobrevenirle, á presentarse en Campeche y recoger, si era posible, cualquier papel, diario ó memoria que hubiese dejado á su muerte el capitán Cara-Cortada. Frasquito estaba resuelto á no perdonar medio ninguno para poseer el secreto, que podría ofrecerle la adquisición de un tesoro inmenso. Mi amigo obedeció y volvió á Campeche en los primeros días del mes de Junio, teniendo una embarcación segura bajo sus órdenes para cualquiera emergencia.

Rondaba por las cercanías de San Lázaro, cuando casualmente se encontró con usted al salir del pequeño reducto de San Fernando. Sin duda tendrá usted muy presente, querido amigo mío, la escena que ocurrió entonces. Una vaga idea cruzó por la mente del pobre proscripto, y se figuró que acaso sería usted aquel joven, víctima de la crueldad del infame Frasquito. Mas todavía se creyó capaz de curarle de la maligna dolencia que usted estaba sufriendo, aunque vaciló mucho sin atreverse á dar una explicación más clara. Como el doctor es un Proteo que se reviste de varias formas y representa caracteres tan diversos, en las Antillas ha aparecido como un médico insigne. Sus profundos conocimientos en todas las ciencias naturales, le han hecho ser acatado con una admiración extraordinaria; y todos, á ex-

ción de los que están iniciados en el secreto de su vida, lo conocen bajo el nombre del Dr. "Edward Moore," cosmopolita que vaga por todo el mundo sin domicilio fijo. Sin embargo, en Jamaica y en Providencia es en donde se le ha visto más frecuentemente, y en donde sus estupendas curaciones se han calificado de milagros. La tarjeta que entregó á usted aunque lleno de temores y dudas al verle tan excitado y poco dispuesto á razonar en calma, llevaba por objeto indicarle el sitio en que podría usted hallarle, si alguna vez se resolvía á dejar el hospital. Nunca se habría usted arrepentido, mi bueno y adorable amigo, de un paso semejante, si se hubiese aventurado á darlo. El doctor podía volverle la salud, como creo que me la ha vuelto á mí, si no estoy tristemente alucinado.

En la tarde misma en que se encontró con el Dr. Moore á las inmediaciones del hospital, yo estaba engolfado, si puede recordarlo, en una melancolía profunda. Pensaba en las dificultades de mi situación, combinaba los medios de una fuga y no hallaba recurso alguno para lograr mi objeto. Cuando usted hubo salido, maquinalmente me acerqué á la ventana de mi aposento para contemplar el mar, entregarme así á todos mis recuerdos y arbitrar algún nuevo recurso para evadirme. Maquinalmente dirigí la vista hacia el reduc-

to de San Fernando, y sentí en aquel instante una especie de conmoción eléctrica. Ví á usted hablando con una persona, que me parecía reconocer. Para cerciorarme mejor, acudí rápidamente al catalejos que tenía sobre la mesa. Fijé la vista por medio de él, y apenas puedo explicar á usted cuál fué mi ansiedad al observar que usted y mi antiguo amigo y camarada se hallaban entregados á un animado diálogo sobre uno de los merlones del reducto. La primera idea que me ocurrió fué que Chiabrera había venido expresamente en demanda mía, y que estaría dispuesto á sacarme del hospital de grado ó por fuerza. No quise pensar ni reflexionar más. Lancéme fuera, y corrí desalado á juntarme con mi libertador. Ya al entrar en el reducto me asaltó un nuevo temor, y fué, que sería peligroso para mi amigo y para mí mismo, echarme en sus brazos y dármele á reconocer en presencia de un testigo. ¡Perdóneme usted, amigo mío, este rasgo de importuna desconfianza! Mas ya debe figurarse la situación de mi espíritu atribulado en aquellos críticos momentos, y disculparme. Mi único pensamiento era salvarme del hospital, marchar lejos de allí y hacer que nuestro amo Germán perdiese la huella de mis pasos, para no exponerme á subir á un cadalso ignominioso. Nadie, sino yo mismo, podría comprender el estado angustioso de

mi espíritu en aquellos días; y creía firmemente que Vd. se opondría á mis proyectos. Era, pues, preciso recatarme del mejor y más virtuoso de mis amigos, aun á riesgo de aparecer en su concepto como el más pérfido y criminal de los hombres ingratos. Así, pues, resolví ocultarme á espaldas del cementerio, y esperar allí el fin de aquel diálogo que tenía tan absorbida su atención.

Había ya entrado la noche, cuando observé que el doctor se despedía de Vd. dirigiéndose hacia la ciudad. Salíle al encuentro, y no fué poca su sorpresa al reconocerme. Expliquéle rápidamente los precedentes de mi actual encierro en el hospital y le supliqué me redimiese de aquel cautiverio. Mis lágrimas, mi desesperación y angustia, le conmovieron vivamente. Ordenóme que volviese al momento al hospital para alejar toda sospecha, pues le era imposible partir de Campeche aquella misma noche; y ofreció venir á mi encuentro al siguiente día, aconsejándome algunas prudentes precauciones. Cuando Vd. me refirió la historia de su encuentro con el personaje enlutado, apenas pude escucharle: mi preocupación era tan profunda, que no debió escaparse á su perspicacia.

Como mi entrevista con el doctor había sido corta, no habíamos convenido en la hora y sitio en que nos encontraríamos

de nuevo. A la mañana siguiente, desde muy temprano, resolví ponerme en acecho y buscar yo mismo la ocasión que anhelaba; y Vd., mi bueno y generoso amigo, vino en pos mía. ¡Perdóneme Vd. otra vez! El lance de aquella mañana fué enteramente independiente de mi voluntad. Estaba yo delirando y casi frenético.

Mi excursión no produjo efecto alguno. El doctor no vino, y mi congoja subía de punto.

Por la tarde había logrado encontrarme con él; pero apenas tuvimos tiempo de darnos una cita, pues el doctor se figuró haberle visto muy cerca. En efecto, al regresar yo al hospital víle en actitud observadora.

Eso era para mí un grave contratiempo, y resolví entonces sistemáticamente no dar á Vd. ocasión ninguna de sospecha y evitar con cuidado toda apariencia, que comprometiese mis relaciones con el doctor. En todo aquel día, bajo el más profundo disimulo acechaba los pasos de Vd. y de veras que ansiaba porque llegase el momento de verle salir á sus ordinarias excursiones y alejarse de aquellas cercanías. En efecto, cuando Vd. salió, yo leía con aparente atención. Sin embargo, observéle cautelosamente; y cuando le consideré bastante lejos, salí en demanda de mi amigo, que ya me espera-

ba en las inmediaciones del castillo de San Luis, para donde nos habíamos citado el día anterior. Nuestra plática fué larga é interesante, y allí descubrí por la vez primera las profundas heridas de aquel corazón, todo nobleza y rectitud, á pesar de las tristes apariencias que lo condenaban. Yo le referí con todos sus detalles la triste situación en que me hallaba, el vivo interés que tenía por mi amigo, bienhechor y compañero de cautiverio, mi encuentro con Germán, la muerte de "Cara-Cortada" y el paradero de sus papeles. Entonces también comprendí la clase de relaciones que mediaban entre el capitán pirata y el honradísimo sepulturero, y las que Vd. había tenido con aquél, Como quiera, yo debía disimular este conocimiento y no pensar en otra cosa que en salir de aquel destierro. Figurábame, que toda explicación con Vd. no serviría sino para aumentar las dificultades y hacer más crítica mi posición. Quizás no habría nobleza, ni gratitud en esta conducta, amigo mío; pero por eso he pedido y pido á Vd. mil perdones. Despedíme del doctor, ya muy consolado y hecha la combinación de un plan para evadirme. Poco faltó para que Vd. nos sorprendiese; mi buen Antonio, porque en el momento mismo en que yo entraba en el hospital, ví á Vd. aparecer en las cercanías. El doctor llevaba un rumbo di-

ferente, lo que hizo que Vd. y él dejasen de encontrarse.

Para fijar definitivamente el momento de la evasión, el doctor me había prevenido que le viese sin falta alguna la noche siguiente, pues pensaba dirigirse á bordo de la embarcación que estaba á sus órdenes para verificar los últimos arreglos. Así lo ejecuté, á pesar de una terrible tempestad de lluvia y relámpagos que sobrevino. Yo sabía que el doctor iría puntualmente al lugar de la cita, pues su naturaleza férrea está acostumbrada á desafiar todos los elementos. Al observar que las gentes de la casa habían salido en busca de los enfermos á quienes hubiese sorprendido fuera la tormenta, despedíme de prisa del doctor, quedando ya designada la noche siguiente para la fuga, y convenido en que un marinero vendría á anunciarme fijamente la hora. Cuando volví al hospital me hallaba en una excitación terrible, temiendo á cada momento que algún incidente viniese á trastornar el proyecto. No pude dormir esa noche: mi cabeza era un volcán, y confieso á Vd., y debe créermelo, amigo mío, que entraba por mucho en mis tormentos y congojas el verme obligado á ocultarle mis designios y abandonarle en aquel sitio tan triste y pavoroso para mí. Varias cartas escribí á Vd. y rompílas: poco satisfecho de su contenido. Por

fin, dentro de un libro coloqué un billete de pocas líneas, que espero habrá Vd. hallado. No podía, ni debía ser más explícito. Yo me reservaba esta oportunidad para dar á Vd. una amplia y cumplida satisfacción.

El día siguiente ha sido uno de los más borrascosos de mi vida. Es imposible que alcance á trazar todas las imágenes, siniestras unas y halagüeñas otras, que se presentaban en tropel á mi espíritu exaltado. Mis sentimientos eran una mezcla confusa é indefinible. Necesitaba de un supremo esfuerzo para no echarme en los brazos de mi adorable amigo, revelarle mis flaquezas, pedirle perdón y poner en sus manos mi suerte. Esto me era muy consolatorio, sin embargo, porque descubría que aun no se habían secado absolutamente las fuentes de toda virtud en mi corazón. ¡Qué lucha, amigo mío, y qué amargura al considerar que todas las apariencias iban á condenarme, sin recurso, en el juicio de mi generoso, leal y virtuosísimo amigo! La suerte estaba ya arrojada y resolví llenar mi simulación hasta el fin. Yo había revelado á Vd. la historia de mi vida anterior y le eran á Vd. patentes todos los secretos de mi lacerado corazón; y yo conocía, por lo mismo, que la impresión primera que recibiría Vd. al saber mi fuga sería, en verdad, muy desfavorable. Me hallaba en-

golfado en estos pensamientos, cuando el marinero que me anunció el doctor, se asomó cautelosamente á la ventana de mi aposento para anunciarme que estuviese listo; pues de un momento á otro, el doctor que ya estaba embarcado en el buque puesto á sus órdenes, vendría en busca mía. Estaba yo hablando aún con ese hombre, cuando Vd. entró en mi aposento. No me atreví á volver los ojos para encontrarme con los de V., mi buen amigo. Estába yo helado de pavor y sobresalto, creyendo que habría Vd. descubierto mi secreto. Desde ese instante, toda moratoria era para mí insoportable. Iba y venía: ya no pensaba: no sabía qué hacer.

En esto, ví la señal convenida.... Mi corazón estuvo á punto de salírseme del pecho..... Besé maquinalmente la santa Biblia que leíamos juntos.... arrodilléme devoto ante un crucifijo é hice una extraña plegaria. Después tomé un embozo y salí á la galería. En aquel instante una nueva tempestad estaba ya encima. Sin embargo, avancé.....ví á mi amigo en la puerta..... ¡Ay Antonio mío! ¡Perdón, perdón otra vez!

Apenas recuerdo lo que sobrevino después. Sólo tengo presente, que ya muy cerrada la noche estaba embarcado con toda seguridad, á la vista y cuidado del doctor.

Aquel buque era del horrible tráfico que puede V. suponer. Algunos marineros me conocían y me recibieron como un antiguo camarada, lo que no dejó de confundirme y llenarme de vergüenza y remordimiento. Felizmente, el doctor mandaba como capitán, y ya me había revelado sus designios de separarse de la funesta sociedad en que estaba comprometido después de muchos años. Frasquito andaba por aquellas costas al mando de otra embarcación y esperaba de un momento á otro á su antiguo socio; pero éste, para librarme de algún contratiempo, mandó luego marinar hacia otro rumbo, y después de once días de una tranquila navegación echamos el ancla en Kingston. Desembarqué, y he permanecido aquí bajo la dependencia y direcciones del doctor, quien volvió en el acto á encontrarse con Frasquito. Poco satisfecho éste del único hombre cuya lealtad le había sido á toda prueba, ha colmado la medida de sus ultrajes. El doctor acaba de separarse definitivamente de esa vida funesta, para comenzar la grande obra de su reparación, después de haber redimido á aquel malvado de un tremendo conflicto en que él mismo se comprometió voluntariamente en Campeche, ostentando el fingido carácter de cónsul de Colombia, presentando en público á sus dos mancebas, y pretendiendo sin du-

da cometer un nuevo crimen tan odioso como aquel. de que Vd. fué victima. El cielo estará ya cansado de tantas maldades, y acaso ha sonado la hora del castigo.

Cuando el doctor se despidió de mí, ofreciendo volven á mi encuentro, no era su ánimo dirigirse á Campeche todavía, como lo habíamos proyectado en favor de Vd.; y por lo mismo no llevó consigo la explicación, que en conciencia debía yo dar á Vd. de mi conducta. Sin embargo, la loca temeridad del pirata le hizo cambiar de propósito, habiéndose cerciorado del paradero de ese perverso y del compromiso en que se veía. Entonces supo algunas particularidades más acerca de Vd. é intentó hablarle y darse á conocer; pero un nuevo obstáculo vino á interponerse. Mi amigo había sido descubierto por Germán y esto era ya una gran dificultad. Tuvo que desistir de su propósito, partir de Campeche ya completamente desligado de sus compromisos, y dispuesto á emprender una nueva carrera de caridad y amor, como la siguió en los primeros años de su vida, antes que la negra adversidad le hubiese empujado al hondo y obscuro abismo, de que, gracias á la infinita misericordia del Señor, acaba de salir para siempre.

Dos días ha estado conmigo, y parte ahora mismo á emprender una obra dig-

na de su corazón, resuelto á volver bien por mal y á ofrecerse como víctima expiatoria de ajenos crímenes. Mi corazón me dice que volverá, y volverá no sólo cubierto de honor y bendiciones, sino trayéndole á Vd. á mis brazos. ¡Ay! no quiero anticiparme este gozo infinito, por temor de que algún suceso llegue á desvanecerlo fuera de tiempo. Tal vez no merezco del cielo esta felicidad, Mis crímenes han sido grandes, para no sufrir una grave expiación de ellos. Esta sería la mayor.

Como el doctor ha de dirigirse hacia aquel rumbo, me he apresurado á dar á Vd. estos breves detalles, esperando que mi carta llegará á sus manos, bien entregándosela el doctor mismo, ó enviándosela por un conducto seguro. Obsequie Vd., amigo mío, cualquiera insinuación que le dirija. Mire bien que en ello le va la salud; ese dón inapreciable.

Y le digo esto, porque lo estoy experimentando conmigo mismo. Con sólo haber observado el régimen que me prescribió, que es sencillísimo, y usando de una ú otra ligerísima composición medicinal, estoy casi enteramente bueno. No encuentro ya en mí ninguno de aquellos horribles signos que me alteraban. Confié Vd. ciegamente, amigo mío, en la sublime ciencia de este hombre singular, y sobre todo en la nobleza y generosidad

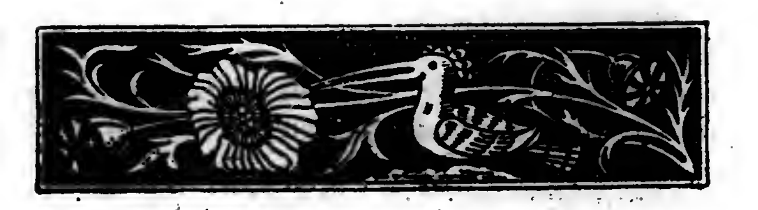
de su corazón. Deje Vd. á San Lázaro, Antonio mío, y venga á buscar salud y vida. ¡Ah! Eso de allí es horrible y capaz de revolver el juicio al hombre más resignado. Venga Vd. y después de curarse, consagraremos el resto de nuestra vida á las más nobles y meritorias acciones ante Dios y la sociedad.

Esta es la reparación que ofrezco por mis crímenes; y el placer de verle será la recompensa que en la tierra esperar puedo.—Adiós; de Kingston, Jamaica, 8 de Septiembre de 1824.—REGINO.

NOTA.

Al fin de la presente carta, Antonio halló escritas de cierta letra, que le era bien conocida, las siguientes líneas. "Somos 9 de Octubre de 1824.—Espero poner mañana esta carta en manos seguras para que llegue á su destino. ¡No permita el cielo que esta vez mis designios se frustren! Si el prisionero de San Lázaro se determina á dejar el hospital, procure no olvidar la presente cita. El domingo 2 de Enero de 1825, á las diez de la noche, en la playa sotavento de Lerma. Valor, fe y esperanza. ¡Dios proteja á los desgraciados!"

———o———



CARTA XXVII.

ANTONIO A MANUEL.

San Lázaro, 5 de Noviembre de 1824.

Sí, querido mío, tienes razón. La fatalidad es un dogma absurdo, horrible, espantoso é incompatible con el evangelio.

Por eso seguramente, los turcos y algunos pueblos orientales, donde no ha penetrado la doctrina del Crucificado, son fatalistas por sistema ó convicción. Lo veo, lo comprendo y quiero creerlo, á pesar de esa nube que cruza alguna vez sobre mi abatida frente, para interceptarme la luz de la verdad. Te confieso mi debilidad y flaqueza, amigo mío: me veo frecuentemente asaltado de dudas y terro-

res imaginarios, y casi me dejaría rodar por esa formidable pendiente, si la voz de este hombre admirable, de este bueno y santo capellán, no viniese á socorrerme. Si la conciencia y los primeros sentimientos religiosos, que sembraron en mí los que rodearon con tanto amor la precursora infancia de una juventud tan infortunada, no acudiesen también en los momentos de crisis y amarga desesperación..... caería, hermano mío, y caería desplomado en el fondo de ese insondable abismo.

Pero no; héme aquí luchando aún, es cierto, mas sin dejarme vencer. ¿Quién de los que me han visto venir, á pasos contados, hasta este encierro de miseria, de podredumbre y de horror, osaría poner en duda que yo soy una de las más desgraciadas criaturas que han visto la luz? ¿Quién calumniaría mis sentimientos al escuchar mis quejas y sollozos? ¿Dónde está el hombre duro, el malvado que falsificando esos sentimientos..... Mas yo comienzo á delirar, Manuel mío, volviendo á mis inútiles y perdurables lamentos. No: soy un loco, un ingrato para con la Divina Providencia, cuyo ojo abierto constantemente sobre mí y sobre mis flaquezas y miserias, me guía, me ilumina y me preserva de una caída final. ¿Vacila mi fe? Aquí está mi confesor para darme la mano, y afianzarme en mi

fatigable marcha sobre este valle de lágrimas. ¿Mi corazón flaquea? Aquí está también el doctor Frutos que ayuda los esfuerzos del capellán. No debería, pues, quejarme; y no me quejo. No hago más que llorar.

Echo sí de menos tu presencia en estos momentos de angustia y de ansiedad indecibles, porque al cabo, tú eres el amigo de mi infancia, tú posees todos mis secretos, tú has hojeado, una á una, las páginas de esta palpitante historia humedecida en lágrimas ardientes de amargura; tú sólo comprenderías lo que nadie puede penetrar, y sólo en tu seno podría desahogar, con plena confianza y con una dulce familiaridad, lo que hay encerrado y comprimido en este pobre y lacerado corazón. Esos hombres son mis maestros, yo los amo y los bendigo por la piedad sin límites que muestran en favor de este pobre leproso; pero tú, Manuel mío, tú eres mi hermano, mi amigo; y tu indulgencia y bondad no me abochornan ni confunden.

Por eso lloro esta fatal ausencia en una ocasión tan solemne, y de rodillas te pido, ¡oh amigo incomparable! que vengas pronto, muy pronto, porque mi alma está afligida y mi corazón atribulado. Los consejos de que yo necesito para decidirme á obrar, y los auxilios que mi situación reclama, son de un carácter ente-

ramente familiar: y no hay otra persona, fuera de tí, que sea capaz de otorgármelos. Nuestro amigo Melchor está á la cabecera de mi anciano padre, á quien Dios ha herido en el cuerpo de una penosa enfermedad, como en sus inescrutables designios había herido ya tan profundamente los sentimientos de su corazón. Esa fatal enfermedad, postrando al venerable anciano, autor de mis días, ha venido también á pesar sobre mi cabeza, para que nada falte á mi desgraciada situación. Sólo tú puedes redimirme de ella: ya te lo he dicho, amigo mío; ven pronto, en nombre del cielo.

Tu carta del 16 del pasado y la que trajo inclusa de mi pobre Regino, han sido para mi ánimo veneno y triaca á un mismo tiempo; pero los vestigios del veneno han quedado allí vigentes. Porque si bien es cierto que casi esperaba yo ver confirmados mis temores y sospechas, también vuelven á resucitar esperanzas, que tal vez quedarán disipadas, y proyectos que acaso jamás podrán realizarse. Yo no puedo menos de contemplar cómo mi salvador á ese hombre misterioso, que aun me parece formidable, á ese doctor Moore, que ha sido el amigo y el esclavo de mi verdugo y que es el depositario de tantos y de tan terribles secretos. La fuerza de los sucesos me empuja hacia él con una fuerza irresistible, y

aunque más luchara para no dejarme llevar y arrastrar, conozco que esa lucha sería inútil, enteramente inútil, pues no haría más que debatirme en medio de una agonía horrible y sin fin. Porque al cabo, yo he venido á creer—¡tal vez sea un funesto error!—que entra en los secretos designios, que sobre mí tiene la Divina Providencia, mi contacto con ese personaje extraño y singular, arrojado en medio de mi camino, como lo ha sido en el de tantos mil otros colocados en tan diversas y variadas circunstancias, para redimirme de este conflicto, ó enderezar mi anómala existencia á nuevos é ignorados fines. Ya verás con esto cuán extrañamente continúa complicándose el doloroso drama de una vida tan corta y tan sembrada de dolores, que yo creía ver desenlazado en las puertas sombrías de este santo hospital. La simple indicación que hoy te hago, debe decidirte, mi querido amigo, á dejar para después el arreglo de cualquier negocio que te detenga en Tabasco, y venir volando á socorrerme. Ven: yo te espero.

Nuevos incidentes han sobrevenido en estos pocos días, que me prueban desgraciadamente, que aquel hombre funesto, aquel malvado Juan Cruyés, autor de mi horrenda cautividad en San Lázaro, comienza á frecuentar estos sitios con demasiada repetición; lo que indudable-

mente vendrá á ser para mí una nueva fuente de calamidades, ó tal vez me pondría, inducido del genio del mal que siempre se interpone en las vías que el hombre sigue acá en la tierra, en el inminente peligro de fraguar una terrible venganza. Y esta venganza, si llega á realizarse, subiría de punto mis remordimientos; ó si se frustrase, será un nuevo motivo de agitación y de angustia para mi ánimo cansado y abatido. En uno ó otro caso, yo sería la víctima en último resultado, y es muy triste y desconsolador ese incierto porvenir. Te referiré lo que acaba de ocurrirme.

Tú conoces el pueblecillo de Lerma, colocado en la situación más deliciosa y pintoresca que presenta la extremidad occidental de la ensenada apacible de Campeche. Anualmente se celebra allí una fiesta ruidosa, á la que se traslada casi en masa la población entera de la ciudad vecina. La tal fiesta, de este año, comenzó en uno de los días últimos del pasado mes; é innumerables caravanas de gentes de á pie, á caballo, en carretas cubiertas de flores, y en otros graciosos carruajes, ostentando una exuberancia de vida y alegría, de que naturalmente carecen los pobres lazarinos, estuvieron pasando en frente del hospital, sin contar con las numerosas embarcaciones pequeñas, cubiertas de pasajeros, entonando

cantares jocosos, que surcaban las tranquilas ondas de este mar en leche. Tanta era la actividad y constancia de los peregrinos de Lerma que, á pesar de ver en su alegría un cruel epigrama contra los pobres leprosos en cuya presencia la ostentaban, me resolví á tomar parte en la fiesta.

No te figures, por eso, que haya cometido la imperdonable necedad de asociarme con algún extraño para atentar una empresa tan atrevida. ¿Cómo habría osado alguien llevar en su compañía á un leproso? Tampoco hube de invitar á ninguno de los dolientes que viven muriendo en esta casa, porque ¿qué lazarino hubiera tenido la filosofía suficiente, para exponerse públicamente al horror é invencible repugnancia que su vista causaría á gentes que pretendían gozar, sin obstáculo, de sus placeres? ¡Ah! ¡Cuándo la compasión con el prójimo es la fuente de tantos y tan nobles sentimientos! Pero el que jamás ha sufrido, sino muy ligeramente, no puede aprender á condolerse de ajenos males, no puede tener compasión. Por eso, sin consultarme con persona alguna, ni revelar á nadie mis intenciones, determiné ir á Lerma solitario, sin tomar el camino real y evitando en lo posible la vista de los transeuntes.

Era la tarde del día primero de este

mes. El camino de Lerma estaba cubierto de gentes que iban huyendo del lúgubre y funeral clamor de las campanas, que llamaban á los fieles á orar por los difuntos, y en vez de visitar los cementerios para recordar, siquiera una vez en el año, el fatal término de nuestra peregrinación en la tierra, marchaban en grande algazara á reunirse en el foco de una fiesta rústica, que hacía olvidar ciertamente la muerte y sus precursoras angustias, pues allí se respiraba alegría por todas partes. Bien resuelto á contemplar de cerca estas contradicciones de la humanidad, estas locuras del hombre, caléme un sombrero de paja, empuñé mi nudoso bastón, y echando de menos á mi pobre amigo Germán, me interné en las veredas que guían á la cima de las colinas inmediatas al hospital. Yo conocía, por mis frecuentes excursiones, los senderos practicables, y muy luego me hallé caminando sobre aquellas alturas, mientras veía desarrollarse á mi derecha el espléndido panorama del mar, y rebullirse á mis pies un gentío inmenso, cuyas voces llegaban á mi oído en un rumor confuso y algo semejante al del choque de las olas. ¡Ah! Aquellos viajeros y yo ostentábamos la vida en ese momento: ellos con un grito de esperanza, yo con una mirada de desconsuelo. Llegan mis compañeros de viaje, sí, y yo

parto. Después de todo, no debiera sentirlo: la tumba me daría el reposo que la vida me ha negado.

Llegué, por fin, hasta la última altura que se encuentra en una posición casi perpendicular sobre el pueblo de Lerma. Desde allí, oculto detrás de una piedra, contemplé admirado el extraño espectáculo que se presentaba. Millares de personas de ambos sexos, y de todas edades, agitábanse en aquella especie de caos, muy parecido al pandemonio del "Paraíso Perdido" de Milton, pues todo eso era horriblemente confuso para mí. Gradualmente fuí recobrando mi aplomo, y pude distinguir mejor á los concurrentes. Numerosas comparsas de bailadores danzaban en la plaza al son de instrumentos músicos; otros grupos vagaban por el pueblo, penetrando en las chozas de los indios que, como sabes, tienen un modo muy singular de hacer la conmemoración de sus muertos: algunos entraban en la iglesia y salían luego sin detenerse en ella mucho tiempo: otros penetraban en las tabernas provisionales esparcidas aquí y allí, y el resto paseaba alegre por las resonantes orillas del mar, en donde la brisa de la tarde amontonaba mil carámbanos de espuma tan blanca como la nieve. Sentía yo impulsos de precipitarme desde la altura en que me hallaba, y dejarme caer en el centro de tanta anima-

ción y alegría, aunque al llegar me estrellase contra las piedras. ¡Ah, mi querido amigo! Es muy cruel contemplar de lejos las bellas escenas de la vida, viéndose excluído de ellas como un excomulgado. ¿Qué habría sucedido si, como sentía un impulso casi irresistible de ejecutarlo, me hubiese presentado de improviso en medio de los danzantes y hubiese pedido la mano de una joven señorita para bailar? ¡Ah! Al momento se hubiera dispersado la concurrencia, las damas habrían huído despavoridas, los músicos por un lado y yo encerrado en un mágico círculo. Las miradas atónitas se hubieran fijado en mí contemplando audacia tanta, y pasado el primer momento de estupor, habrían gritado todos: "Fuera el lazarino, fuera el lazarino: al hospital con ese infame leproso." A tal humillación me hubiera sometido con gusto, á trueque.... ¿A trueque de qué, Manuel mío? ¡Ah, no! Conozco que soy incapaz de abrigar formalmente el sentimiento que pretendía expresar, porque al cabo, ni mi corazón está pervertido, ni mis intempestivos arrebatos pueden cambiar las propensiones de la especie humana. ¡Tal vez estoy ahora pagando con usura algunos pecados de esta clase, que habré cometido en los días dorados de mi juventud, cuando el goce de los placeres hacía olvidarme de los

ajenos sufrimientos, creyendo en la ausencia de toda desgracia, ó no acatando en ella! Por eso decía con razón un sabio moralista, cuyo nombre no recuerdo hoy, que nada nos hace detenernos menos en la desgracia ajena, que la propia felicidad. ¡Oh, qué verdad tan lúgubre y terrible! Es el proceso del género humano.

En el choque de estas emociones, mi vista vagaba indecisa sobre la variedad de objetos que ofrecía movible diorama desarrollado á mis pies. De cuando en cuando, la presencia de algunos marineros excitaba mi atención, porque cruzaban en mi espíritu ciertos recuerdos terribles, que en vano procuraba alejar, pues volvían de nuevo y siempre con mayor vehemencia. El sol se había ocultado ya entre las ondas, con aquel magnífico acompañamiento de millares de nubecillas brillando con los soberbios y nítidos colores del arco íris: la brisa refrescaba más; la luna llena comenzaba á presentarse velada en los sutiles celajes que el vapor de la tarde eleva como para recibirla en triunfo. Era, pues, en fin, aquella solemne hora, en que la naturaleza entera parece invitarnos para elevar nuestras humildes oraciones ante el trono excelso del que ha creado tantos mundos con la sola fuerza de su palabra. Mudo, y con el corazón abatido y humillado,

prosternábame bajo esa inmensa bóveda para pedir á Dios fortaleza y resignación, ofreciendo en cambio el perdón de aquellos que tanto mal me han causado. De improviso, amigo mío, como si Satanás viniese á interponerse entre el Creador y la humilde criatura, como si el infierno quisiese oponerse á mis fervorosos votos, un objeto inesperado ha venido á presentarse á mi vista. ¡Ah! Tiémblanme aún las carnes al recordarlo, pues la ocasión, el momento mismo en que mi alma, como una vela ardiendo, levantaba la llama de su fe y de su amor al Padre de las misericordias, me parece una circunstancia que da á tal incidente un nuevo y más odioso carácter. Figúratelo tú, mi querido Manuel, cuando sepas que á quien ví entonces, fué á aquel hombre, á aquel desventurado hijo de nuestro amo Germán; á Juan Cruyés.

Ese hombre había desembarcado junto al castillejo de Lerma, en compañía de una especie de viejo contramaestre, que, según todas las señas, debe de ser sin duda el famoso tío "Melitón," de quien se refieren mil siniestras historias en el barrio, según he sabido después del encuentro que tuve la noche misma de la fiesta de San Román. Venían ambos en un pequeño bote, que había yo visto aparecer como un punto destacándose del fondo de la ensenada, y que gradualmen-

te fué tomando su verdadera forma hasta embicar en el desembarcadero de Lerma. Por casualidad, pues no podía yo sospechar nada entonces, mi visual caía á plomo, á la sazón, sobre aquel sitio un poco apartado del foco del bullicio. En el instante mismo reconocí á mi enemigo. ¡Oh, yo le reconocería á través de la más larga distancia! Sí: era Juan Cruyés; el mentido cónsul de Colombia, sin otro disfraz que haber cambiado de arreos, pues allí se presentaba con un sucio chaquetón de marinero curtido de brea, mientras que cuando le ví en Buena-Vista llevaba uno de los más graciosos y elegantes trajes que se estilan, según la moda del día.

Al ver á ese desventurado, yo creí que vería en pos á las dos prostitutas que suelen acompañarle. Pero no; esta vez venía solo, sin más compañía que la del viejo contramaestre.

Por un movimiento involuntario, dejé la actitud que había tomado para orar: olvidéme de la fervorosa plegaria que comenzaba á formular, desapareció el cielo para mí, y ya no tuve fuerza ni aliento para fijarme en otros objetos que en Juan Cruyés y su compañero. Ansioso, clavé la vista en aquel grupo y me propuse observar todos sus movimientos. Explicarte hoy lo que por mí pasaba fuera en vano: mil siniestros pensamientos, cual me-

teoros rápidos, cruzaban por mi espiritu, y más de un proyecto fatal llegó á presentárseme. Inerme como me hallaba, temeridad fuera aventurarme á una lucha desigual; pero en fin, ya estaba resuelto á morir si la ocasión venía; gritar al pirata, pedir auxilio y hacer un verdadero escándalo. Todo ello habría sido enteramente inútil, y cuando recuerdo que tales ideas llegaron á ocurrirme como muy racionales y plausibles, casi me avergüenzo y confundo por haberlas admitido. Instintivamente me apoderé de una rama que por allí había, despojéla de las hojas y me hallé provisto así de un fuerte garrote y devorado por la sed y horrible furia de la venganza. Mi frente estaba cubierta de un sudor helado, el pulso latía con rara vehemencia: unas veces sentía circular mi sangre con rapidez, y otras me parecía detenerse coagulada en mis venas. Creo que tenía la fiebre. El cielo había desaparecido: en su lugar, estaba allí el infierno con sus fantasmas vanos, sus pálidas sombras y sus horrendos demonios. ¡Ah! Triste es por cierto y miserable la condición de la pobre criatura, cuando el impetuoso soplo de las pasiones la agitan empujándola, ciegas, á tomar una resolución violenta. Filosofía, religión, nobles sentimientos, ¿por qué soléis ausentaros y desaparecer en tan críticos momentos? ¿Por qué dejáis al hombre entregado á sí mismo?

Echando pie en tierra aquellos hombres siniestros, detuviéronse contemplando unos instantes el animado espectáculo que tenían delante, sin parecer que traían otro objeto que tomar parte en la fiesta y bullicio general que allí reinaba. Su actitud y maneras, no llamaron en manera alguna la atención de persona alguna, pues eran tantas y de tan variadas catadaduras las que estaban presentes, que nada tenía de extraña la presencia de dos recién venidos. Admirábame sí, que ese Juan Cruyés, cuya insólita audacia ó inexplicable locura le traía á semejante sitio, olvidase que pocos meses antes había sido la fábula de Campeche, en donde ostentando el fingido título de cónsul de Colombia, se introdujo en la sociedad decente, dió y aceptó convites, y se hizo por tanto una notabilidad, convirtiéndose luego en un escándalo, cuando la fuerza de los sucesos ha llegado á descubrir el embuste y la ficción, sembrando así la vergüenza en cuantos tuvieron la ligereza de de verlo y considerarlo como un personaje de importancia. Todos estos, es decir, las personas y familias principales de la ciudad, se encontraban á la sazón en Lerma; y ¡era allí en donde osaba presentarse ese desventurado! ¡Quería, pues, desafiar la cólera del cielo y la indignación de los hombres¡ ¿Cuál era su escudo?

Pero en fin, si ese bandido se hubiese

limitado á mezclarse entre la muchedumbre y confundirse en ella; si resguardado en la media sombra de la luna, se hubiese creído que pensaba seriamente en ocultarse, audacia fuera en verdad; pero entonces podría creerse que venía allí, no á burlarse de aquellos á quienes insultara; sí á evacuar algún urgente negocio de que no pudiera prescindir. Mas no; ese pirata llevó su osadía hasta el último límite, y tuvo la desvergüenza de penetrar en todos los grupos, presentándose en la sala de baile, lanzando miradas insolentes y provocativas sobre las señoras, y armando camorras con más de un individuo á quien su atrevimiento había chocado. Es preciso que sigas conmigo á este hombre.

Mientras le ví al pie del castillejo, permanecí con la vista fija sobre él sin osar moverme del sitio que ocupaba en la colina; pero cuando haciendo á su compañero un signo expresivo para que le siguiese, tomó uno de los callejones que guiaban á la calle principal que sale á la plaza, que era el gran punto de reunión, ya no fuí dueño de contenerme. Impelido por los vagos y siniestros deseos de una venganza aun no satisfecha, lancéme por una vereda dispuesto á arrostrar cualquiera dificultad, y ponerme en evidencia ante una muchedumbre que mira á los lazarinos con un horror y una repugnancia

invencibles, á trueque de no dejar que Cruyés se me escapase esta vez. ¡Ah! Quería verlo de cerca, hablarlo, tomarle de la mano, mostrarle mi piel cubierta de maulas y mis pies hinchados, diciéndole: "Mira tu obra; he aquí la recompensa debida á mis beneficios," y luego..... y luego matarlo..... ¡Oh! Sí: matarlo era mi único pensamiento en aquel instante. Yo saboreaba con una delicia infinita la ruidosa y pública venganza que pensaba tomar. ¡Miserables y frágiles criaturas que somos nosotros, Manuel mío! Cuando Juan Cruyés, "Cara-cortada," estaba en agonía y deseaba hablar á nuestro amo Germán, ¡cuántas reflexiones no hice á éste, para moderar sus arrebatos y detenerlo en el borde de su venganza! ¡Y cuán enorme no era la diferencia entre los ultrajes que este infeliz había sufrido de su enemigo, y los que me hiciera Juan Cruyés! ¿Creerás que yo pensaba en nada de esto, ni recordaba incidente alguno relativo? No, en verdad; el cielo y la tierra se me habían confundido. Buscaba á mi enemigo y eso era cuanto.

Mudo y sin aliento, penetré en la bulliciosa plaza no sin sentir un vago terror, á pesar de la violencia del sentimiento que me guiaba allí. En efecto, ¿qué iba á suceder en el momento mismo en que se descubriese que yo era un lazarino? Esas reflexiones que hice muy de espacio antes

de ver á Cruyés, y que fueron bastantes para detenerme en mi escondite del cerro, desaparecieron luego. Ese terror era, pues, instintivo: yo no quería, ni podía pensar en otra cosa, que en seguir la huella de mi enemigo para no malograr la proyectada venganza. Al pasar por una tienda, que comenzaba á iluminarse con luz artificial, ví brillar algo en un cartón. Acerquéme á través de un grupo de marineros detenidos en la puerta, y ví entonces que el brillo que llamó mi atención, provenía de unos cuchillos puestos allí para venderse. Entré resueltamente en aquella especie de taberna, pregunté por el precio de un cuchillo, compré el arma y salí en el acto, notando cierta sorpresa, que mi figura y ademanes habían inspirado á los concurrentes. Fingí no observar nada, oculté mi cuchillo, y seguí adelante. Pocos instantes después hallábame yo en el centro de la plaza, mezclado y confundido en la concurrencia, sin que nadie se curase de verme en un lugar que no era ciertamente el mío. Un encuentro con el síndico procurador de la ciudad hubiera sido fatal en aquellas circunstancias.

Todos los atractivos que esa gran reunión tenía para mí, mientras la contemplaba allá donde sólo un rumor alcanzaba, desaparecieron al punto. Un solo objeto buscaba yo con un avidez febril, y

no lo hallaba. Dirigía en torno mis indagadoras miradas, penetrando todos los grupos, para dar con mi enemigo; pero éste no parecía. Avanzaba y retrocedía, tomaba las calles laterales, dirigía mis pasos á la playa, y nada descubría. Una sola cosa me tranquilizaba: el bote seguía amarrado en el embarcadero, chocándose en la arena al impulso de las olas. Eso me probaba que Cruyés debía de estar allí, y con esta convicción determiné no abandonar el puesto.

De repente resonó en mi oído una voz. ¡Dios eterno; si podría yo desconocer esa voz! Aquella voz sonora y penetrante partía de un grupo formado alrededor de una mesa cercana, en que se expendían refrescos y licores espirituosos. Volé allí y encontréme á Cruyés en lucha abierta con tres marineros, á quienes él solo golpeaba con tal ardor y destreza, que ninguno de los concurrentes osaba interponerse. El tío Melitón no estaba presente y me pareció aquella una buena ocasión de aparecer como el ángel exterminador, y dar el golpe que yo preparaba. Me detuvo una reflexión; y fué que al aparecer en aquel momento, sin previa explicación ninguna, se podría creer que yo era un asesino ordinario. Además, ¿qué conseguía yo dando el golpe, si mi enemigo no conocía la mano ofendida que se lo descargaba, y comprendiese así

que en su muerte iría envuelto el castigo de un grave crimen? Preferí, pues, seguir sus pasos, asechar la ocasión oportuna y pedirle una explicación. La lucha hubiera sido desigual, porque avezado ese hombre al manejo de toda clase de armas, que su infame profesión le hacía necesario, yo aparecería sin duda como un muñeco al lado suyo. Ya vez, amigo mío, qué clase de reflexiones eran las que yo hacía; reflexiones ciertamente indignas de un joven, no sólo educado en tan buenos y santos principios, sino aleccionado, además, en la triste escuela de la desgracia. Mas eso mismo debe probarte cuál era el extravío de mis sentimientos, y la insania de que estaba acometido. No hay duda: yo me hallaba en un rapto de delirio peligroso; pero una vez empeñado en esa vía, no sabía cómo retroceder. La pasión ofusca la razón.

Libre de sus tres adversarios, Juan Cruyés partió de aquel sitio lanzando miradas amenazadoras, y fué á colocarse detrás de una empalizada que circula cierto trecho destinado para salón de baile. Toda la tarde había sido éste el núcleo de la buena sociedad, y había allí un notable número de personas. Las señoritas y los jóvenes caballeros de mi edad danzaban bulliciosamente al son de agradables instrumentos. Casi olvidé por un momento el objeto que me llevaba, al presenciar una

escena que me recordaba tanto algunas de las que hemos gozado en otros días más felices. ¡Y yo estaba excomulgado de esa sociedad! ¡Y el mundo me había cerrado sus puertas! ¡Y me hubiera lanzado de aquel sitio, á mí, que había sido antes el favorito de esa turba alegre y olvidada de las miserias del prójimo, tan sólo porque estaba yo leproso! ¿Y nadie se curó siquiera de saber quién era aquel impostor que se daba á sí mismo el dictado de cónsul de Colombia, y se aceptó así á un pirata y dos prostitutas! Amargas fueron sin duda estas reflexiones; mas no bastaron para apartarme de mi objeto. De cuando en cuando metía la mano bajo el chaleco, para tener listo el cuchillo que ocultaba.

Juan Cruyés, no satisfecho con estar entre los espectadores de la parte de fuera, abrió una brecha á través de aquella muralla de carne humana y avanzó dos ó tres pasos dentro del salón. Estupefacto me tenía tamaña audacia, y no tuve valor para seguirle; pero quedé en posición de verlo mejor, pues se hallaba entonces frente á mí. El insolente con un descaro sin igual, miraba á todos de frente y parecía buscar una mirada provocadora para pedir cuenta de ella. Casi todos los que se hallaban dentro de aquel recinto hicieron un esfuerzo para volver su mirada á ese hombre; pero ¡imposible! Contentábase

cada uno con verle al soslayo, cruzar dos palabras con su vecino en voz remisa, confundiéndose después con los demás. Si la brutal perseverancia del pirata era incomprensible, me lo parecía más esa especie de indigna tolerancia, de cobarde indulgencia con que se soportaba aquel insulto. Sólo pude escuchar el siguiente diálogo que entablaron brevemente un petimetre que se entretenía en jugar con el abanico de una señorita sentada á su lado, esa propia señorita y otro individuo de la misma estofa que cruzaba á la sazón.

—¿Tú vez ese bruto? preguntó éste.

—Ya; ¿y por qué no lo sacan?

—Yo no sé en verdad: el comandante del punto debería mandar un piquete para echarlo fuera. Según sus ademanes, sería capaz de venir á sacar pareja.

—Si tal hiciera, ¿bailaría usted con él, Paquita mía? preguntó el petimetre sentado, á la joven dama.

—Creo que sí; ¿no está en la sala de baile?

—Pero es un indecente, que se ha atrevido á introducirse de su cuenta.

—Es lástima que sea todo eso que usted dice, repuso sonriéndose la dama, porque tiene realmente una gallarda figura. Lo cierto es, que él está allí solo, y yo no veo aquí alguien que se atreva á disputarle el puesto.

—¿Querría usted que se armase una ca-

morra con semejante bandido? preguntó el galán algo desconcertado.

—Yo, caballero, dijo la dama pidiendo con un signo y recogiendo su abanico, aborrezco tanto las camorras como las impertinencias.

El galán se mordió los labios, el recién venido hizo una pirueta marchándose, y el diálogo quedó cortado. A la cuenta, ninguno se había apercibido de que aquel sucio marinero fuese el mismo individuo á quien poco tiempo antes, se hubiera prodigado en Campeche tantos aplausos y lisonjas. "Vicit timorem audacia," y el pirata se gozó en su triunfo.

Al cabo de media hora, víle salir del salón, obedeciendo un signo que le hizo el viejo contra-maestre que le acompañaba. Cambiaron unas cuantas palabras, y se dirigieron por la calle principal, que lleva al antiguo pueblecillo de Kila, contiguo al de Lerma. Si bien, durante el tiempo que estuve junto al salón de baile, una ú otra reflexión había comenzado á modificar un tanto mis ideas de asesinato, y te confieso que no por consultar mi seguridad personal que estaba determinado firmemente á sacrificar; no por eso prescindí del todo de mi proyecto de provocar á mi enemigo. Seguílo, pues, á una distancia como de veinte pasos, procurando ocultarme en la sombra de las casas, á fin de acechar la ocasión más oportuna de en-

contrarle. Lo que era seguir, fué un negocio sobradamente fácil; centenares de personas caminaban en la misma dirección, y ninguno hubiera hecho alto en mí. La fiebre que me agitaba era todavía extraordinaria.

Después de caminar de seguido unas tres cuadras, sin hablar una sola palabra, detuviéronse aquellos dos hombres frente una casucha de malísima apariencia, cobijada de huano, como la mayor parte de las casas de pueblo, y con un pequeño patio, mal cercado de albarradas, que caía sobre la orilla del mar, bastante elevada y escarpada en aquel sitio. Detúveme también para observar, y noté que en la tal casucha reinaba una actividad extraña y que más de cien personas se agitaban allí, como las abejas en una colmena. Los votos, los juramentos, los golpes repetidos sobre una mesa, el sonido del dinero, vinieron á indicarme que era aquel un garito, en que se jugaba públicamente á juegos prohibidos, y que allí estaba reunida la gente más sucia y grosera, del populacho, ávido de emociones y placeres vedados, como á su vez otros, que se preciaban de caballeros y que poseídos de la funestísima y odiosa pasión del juego, no se desdeñaban de alternar con quienes en otras circunstancias de la vida habrían mirado de reojo y con altanería. Pero cuando un hombre, olvidándose de su dig-

nidad de tal, se deja dominar de una pasión tan funesta al individuo como á la sociedad, olvida también todos los respetos, salva todas las vallas del buen parecer y penetra en un antro, en una pocilga de esas que se llaman garitos, y allí sacrifica su dinero, su reputación, su honor, y siempre el pan que debe á sus pobres hijos. Dígolo, porque no dejó de sorprenderme ver en aquel garito á muchas personas bien vestidas, y que acaso pasaban por decentes en el público.

Mi primer pensamiento fué, que Cruyés y el tío Melitón se habían dirigido para jugar como los demás; pero no fué así. El tío Melitón avanzó, cruzó el dintel de la puerta y se introdujo en la sala; mientras que el pirata permaneció en la calle en expectativa. ¡Ah! Entonces creí llegado el momento decisivo de obrar. Destaquéme del ángulo de la casa en que me había ocultado y llegué á cuatro pasos de distancia de mi enemigo, sintiendo en mí toda la energía necesaria para descargar el golpe. Blandía ya el cuchillo y formulaba un apóstrofe contra el pirata, cuando un hombre del pueblo pasó junto á mí, y dejó escapar en voz remisa, estas terribles palabras: "Está usted espiado: mire cómo anda." Quedé clavado en el suelo, en tanto que aquella persona seguía su camino sin detenerse, ni volver siquiera la cabeza para observar el efecto que hubiese pro-

ducido su aviso. No sé lo que me sucedió entonces, porque mil extrañas y desacordadas ideas me asaltaron. Yo no temía la publicidad, supuesto que estaba resuelto á todo, hasta á matar á un hombre enmedio de una concurrencia numerosa. ¿Qué me detuvo? Fué sin duda el brazo de Dios, que quiso ostensiblemente apartarme de los bordes del abismo. No conocí á la persona caritativa que me hubiese hecho tan saludable advertencia.

Entre tanto, un grave ruido se escuchó en el garito. Los concurrentes pretendían impedir que el individuo que tenía el "banco," hombre en verdad de horrenda y feroz catadura, dejase el juego embolsando la gruesa suma que había ganado.

—Capitán Sagarra, usted nos ha robado; gritaban unos.

—Capitán Sagarra, vamos al desquite; clamaban otros.

—Capitán Sagarra, convenga usted con nosotros, en que es usted un grandísimo pícaro y le dejamos partir en paz y en gracia de Dios.

Y el capitán Sagarra, por toda contestación repartía bofetadas y puñetazos á destajo, lanzando por aquella boca blasfemias y denuestos de una categoría tal, que no sólo jamás habíalos escuchado en mi vida, sino que me parecía imposible que hubiese un hombre capaz de hablar un lenguaje tan exquisitamente infernal y

desvergonzado. El capitán Sagarra debe, sin duda, ser un sugeto temible, supuesto que pudo conjurar aquella especie de insurrección valiéndose de unos medios tan poco eficaces en mi concepto. Muy luego salió del garito acompañado del tío Melitón, y ambos se dirigieron á donde estaba Cruyés. De esta suerte comprendí un nuevo incidente: la presencia en Lerma de ese hombre formidable, del cual me ha dado una idea tan viva la carta que me escribiste desde San Fernando de la Victoria. Complicábase así más y más mi extraña situación, y casi comenzaba á experimentar un verdadero arrepentimiento por mi temeridad y audacia, exponiéndome á un lance cuyas desventajas todas iban á ser enteramente en contra mía.

Lo mejor hubiera sido huir desde luego de aquel sitio, y volver al camino del hospital para encerrar en él mis desdichas y amarguras, antes de provocar un conflicto. Aquí, al menos, habría tenido el recurso de pedir consuelo á mi buen amigo el capellán. Pero no era yo dueño de mí mismo; me sentía arrastrar en pos de aquellos hombres, cuya vida era un tejido de crímenes, y deseaba escuchar algo de su conversación. Seguílos, pues, casi contra mi voluntad.

En silencio, y dejando que los jugadores se desahogasen furiosos en vanos denuestos y gritos de rabia, el capitán Saga-

rra y el tío Melitón se incorporaron con el pirata y avanzaron en calle recta, siempre por el camino de Kila. Brillaba la luna en todo su esplendor, y pudiendo percibirse los objetos desde una considerable distancia, corría yo el riesgo de ser descubierto y comenzaba á temer que lo fuese. ¿Me habría faltado el valor? Creo que no; pero la reacción comenzaba en mi espíritu, y todo el odio y aversión que Juan Cruyés me inspiraba, no era parte á impedir que mis buenos sentimientos fuesen volviendo paulatinamente á entrar en mi pobre y despedazado corazón.

Seguí, pues, á esos hombres á una respetuosa distancia. Continuaban su camino, sin curarse de volver la cabeza para observar si eran seguidos. Pasaron así de las últimas casas del pueblo, en donde reinaba el silencio de las tumbas en perfecto contraste con la algazara y animación bulliciosa de la plaza y calles adyacentes. Sólo el choque de las olas contra las piedras perturbaba aquel silencio.

Detuviéronse, en fin, y yo también hice lo mismo procurando confundirme con las sombras de una peña. Uno de ellos, el tío Melitón, retrocedió como para ejecutar alguna orden, y pasó tan cerca de mí, que no entiendo cómo me escapé de sus miradas, cuando aún tuve recelos de que su intención fuese averiguar quién era el que así los seguía. Pero no; prosiguió su mar-

cha y pronto se me perdió de vista. Entonces pude convertirme á los otros dos, y aun avanzar algo más colocándome al alcance de su voz. Pocas palabras me bastaron para comprender el asunto de que se trataba. Ya verás con eso cómo una providencial casualidad ha venido á ratificarme cuanto me habías anteriormente referido, y á darme nueva luz sobre las tenebrosas combinaciones de esos malvados.

El capitán Sagarra y Juan Cruyés se sentaron sobre una piedra, como para esperar la vuelta de su compañero. Yo quedaba completamente á cubierto en el sitio que había escogido para situarme. He aquí el diálogo que logré escuchar:

—Como quiera, capitán, decía el pirata apoyando su brazo en el hombro de su interlocutor; usted se nos mete en frascas y fiestas, cuando más necesidad tenemos de su presencia. ¡Mire usted que es frescura abandonarnos en un conflicto, y sin decir esta boca es mía, encajarse en este maldito poblacho, tan sólo porque aquí se juega! Si el huésped no nos hubiese alumbrado sobre la dirección que usted podía haber tomado, ¡voto va! que á estas horas anduviéramos de vuelta y vuelta sin poder abordarle.

—¡Qué diantre! repuso el otro: si no hubiesen estado Vds. tan borrachos, algo les hubiera dicho. Fuera de que, yo salí sin intención determinada. Ví venir gente por

esta dirección, juntáronseme algunos pataches viejos, y navegando en conserva vine á echar el ancla en aquel surgidero. ¡El diablo me lleve, si yo he hecho un mal negocio que digamos!

—Ya: esas gentes gritaban que usted es un ladrón.

—¡Eh! Desahogos de jugador perdido. Quién hace caso de ello. Quinientos pesos, antes más que menos, en un par de horas, cualquier pobrete los gana. Allá en tiempos más venturosos...

—Déjeme usted en paz; ¡voto al Chápiro! con sus perdurables relaciones de los tiempos pasados, que harto tenemos que entender con los presentes. ¿Está arreglado el negocio? ¿Podemos salir á la mar esta noche?

—Cuando yo le dije que al entrar el terral podíamos levar ancla, ya sabía á lo que debía atenerme. Todo está arreglado y podemos hacer rumbo al bajo desde esta noche misma. Volveremos á San Román, dejaremos en tierra á ese lagarto del tío Melitón, y tomaremos la canoa, que ya está lista. Dentro de treinta y seis horas estaremos en nuestros dominios.

Hubo un rato de silencio, en que el pirata parecía meditar en las palabras de su asociado. Luego preguntó el capitán Sagarra:

—¿Está usted satisfecho?

—No mucho: yo no sé qué clase de pá-

jaro es el tal armador, ni si podremos contar con los fondos á cualquiera hora.

—¡Qué diablo de hombre! Cuando yo me embarco, satisfacción tengo del casco.

—Además, prosiguió Cruyés; yo no estoy tranquilo respecto de aquella pobre gente.

—¡Vuelta á ello! Cuando un hombre de corazón llega á pensar demasiado en "sus mujeres," cuente con que está perdido. El buque se va á través.

—Pero ¡seor demonio! Un sarcasmo no es una explicación, y yo la necesito ahora mismo: gritó el pirata.

El capitán Sagarra se puso á cantar entre dientes una cancioncilla obscena, mientras que Cruyés, incorporándose, sacó una pistola que presentó al pecho del cantor.

Este principió imperturbable otra canción, sin hacer gesto ni ademán alguno para separar de sí el arma fatal.

Yo por mi parte sentí un estremecimiento involuntario.

—Mire usted que soy capaz de chamuscarle los sesos, si prosigue insultándome! gritó el pirata.

—¡Vamos! ¿Y qué lograría usted con matarme? ¡Vaya una idea rara! A fuerza de amenazarme usted á cada paso, al fin vendré á creer que he de morir á sus manos.

—¡Ah! Capitán Sagarra; por eso se

burla usted de mí. Me cree usted incapaz de despacharle con viento fresco, en fuerza de haberle amenazado severamente en muchas ocasiones. Capitán, hace usted mal en jugarse así conmigo. En un momento de ira...

—¡Vaya! Quite usted de allá, majadero.

—¡Cáspita! gritó el pirata crujiendo los dientes de furor.

—¡Dígole á usted que se deje de eso. Jamás me he dejado intimidar por amenazas.

Esto diciendo, dió el capitán un golpe vigoroso en la mano del pirata, y la pistola fué á caer en el mar.

Cuando me figuré que este golpe admirable de destreza provocase un lance decisivo, ví con sorpresa que Juan Cruyés, prorrumpiendo en ciertas exclamaciones que no pude percibir, se sentó al lado de su interlocutor, sucediéndose después un largo intervalo de silencio.

Mi tentación de acometer al pirata disminuía por momentos, en proporción que mi curiosidad crecía de ver el fin de aquella escena. Además, el aviso que recibí de estar espiado, comenzaba á producir en mi ánimo una verdadera inquietud, y frecuentemente lanzaba en torno algunas miradas indagadoras. Sin embargo, nada descubrí; ó habían desistido de espiarme, ó aquel había sido un falso aviso. Tal era mi pensamiento, cuando Cruyés anudó el

interrumpido diólogo con el capitán Sagarra.

—De favor, dijo el primero: interprételme usted esa carta que he recibido hoy de la Laguna.

—Ya he dicho á usted, hombre pertinaz, que no tenga cuidado por ese par de palomas.

—Sin embargo, esa visita domiciliaria ordenada por la autoridad, el reconocimiento de un médico, la notificación de no ausentarme sin pasaporte..... Todo eso me dá mala espina.

—Pues todo eso no significa nada. Las muchachas ¿eh? las muchachas son recién llegadas, tienen su palmito y la autoridad de la Laguna es de carne y hueso como todos nosotros. Quizás....

—¿Conjeturas vagas otra vez? Eso no puede tranquilizarme, capitán.

—Pues hace usted muy mal, y le repito que semejantes temores no cumplen á un hombre de su temple. A la más ligera insinuación de peligro, esas damas quedarán en completa seguridad, porque nosotros tenemos mil vías para escapar de la impertinente curiosidad de todo el mundo.

—Y ese médico, ¿qué fué á hacer allí?

—¡Par diez, qué sé yo! respondió amostazado el capitán Sagarra. Un médico, un escribano ó un abogado, bien pueden entrar perfectamente en la combinación de cualquier intriga.

—¡Con que cree usted que puede haber alguna intriga!

—¡Toma! Pues si yo le estoy diciendo, que eso puede ser una intriga! También agrego, que no hay cuidado ninguno: las chicas están en buena guarda.

—¡Un médico! murmuró el pirata. ¡Si por desgracia fuese el que yo me temo!

—¡Cáspita! usted siempre está temiéndolo todo, y tomándolo por la peor parte.

—Lo que le digo á usted, capitán, es que debemos dirigirnos primero á la Laguna, antes de tomar el rumbo del bajo de los Alacranes.

—Y yo le repongo á usted que eso es un disparate. En la estación de los nortes hay cosecha: tal vez á esta hora la gente se encuentre apurada en algún alijo, mientras que nosotros estamos paseando en tierra tranquilamente. Sus "hermanas" están en completa seguridad: yo sé lo que le digo.

Hubo otra larga interrupción, en cuyo intervalo, el capitán Sagarra dirigió frecuentemente la vista en dirección al sitio en que yo me hallaba. Mas no era porque me hubiese descubierto, sino porque esperaba lo que yo no había previsto: el bote, que el tío Melitón fué precautoriamente á desatar del embicadero, para trasladarlo de aquel sitio. En efecto, á poco rato apareció el pequeño esquife surcando ligeramente las ondas, impelido por el te-

rral que henchía su diminuta vela. Acercóse á una pequeña caseta, embarcáronse el capitán Sagarra y el pirata, y en pocos instantes desapareció á lo lejos, disipándose mis esperanzas de avocarme con mi enemigo. ¿Qué fué lo que me impidió verificarlo, supuesto que la ocasión se me vino á las manos? ¿Sería el temor? Creo firmemente que no. Fué la mano de la Providencia que me apartó de un sendero peligroso, en el momento más crítico.

Por un movimiento, que no fué de despecho sino de vergüenza, arrojé lejos de mí, allá en el mar, el cuchillo que había comprado para matar á Cruyés. Puede suceder que haya sido una ilusión de mis sentidos; pero en el momento de arrojar el arma, me figuré haber oído una voz, semejante á la que me dió el aviso de que yo era espiado, exclamando: "¡Bien, muy bien!" Y cosa extraña, esta vez creí haber reconocido esa voz; me parece que fué la del Dr. Moore. Dirigí una mirada de terror á todas partes, y no habiendo descubierto cosa alguna, abandoné de prisa aquel sitio. Crucé rápidamente el pueblo, y volví al sitio en donde estuve escondido al principio, á fin de de recoger mi bastón que había dejado allí para substituirle con aquella rama, de que me formé un garrote.

Entonces hube de sentir que estaba cansado, y que la hinchazón de mis pies

no me permitía andar más. Bajé, pues, al camino real, y logré que una carreta, por una buena gratificación que dí al conductor, me trajese hasta cerca del hospital. Aquí estaban alarmados con mi tardanza: era cerca de las once de la noche.

Tal es la historia de este funesto encuentro; quiero evitar otro, y para ello necesito de tí. Duélete, pues, Manuel mío, de tu pobre amigo.

En cuanto á mi dolencia, nada nuevo tengo que decirte: mis males se hallan estacionarios.

Mi padre no me ha escrito muchos días hace; lo que me prueba que su enfermedad es más séria de lo que la pinta Melchor. Yo estoy inquieto también por este lado.

Adiós, querido mío: cuento con volver á verte muy pronto.

———)∶(o)∶(———



CARTA XXVIII.

MANUEL A MELCHOR.

Campeche, 4 de Diciembre de 1824.

Querido mío. Héme aquí de vuelta, después de mi corta ausencia en Tabasco. Mi venida no ha podido ser más á tiempo, pues dudo mucho que Antonio, á quien he encontrado en una situación deplorable, se resignase tan fácilmente á recibir de otro la fatal nueva que me he visto en necesidad de comunicarle. Desgarrado tengo el corazón, y de veras comienzo á temerme una catástrofe definitiva en el cerebro de nuestro pobre y desgraciado amigo. ¡Oh! Esto es muy cruel.

Desde el momento que puse el pie en tierra, y aun antes de leer tus cartas, me informaron algunos de la muerte de Don

Pablo, cuya noticia me hirió como un rayo. Mi primer paso fué avistarme con el Dr. Frutos, á fin de que me dijera algo acerca de nuestro amigo, antes de presentarme en el hospital.

—Sea usted muy bienvenido, díjome el doctor; el buen capellán y yo hemos pasado por muy amargos trances en San Lázaro. Antonio está casi seguro de que su padre ha muerto: sus miradas y ademanes, sus frases inconexas, sus exclamaciones, todo indica que ha sorprendido este fatal secreto que hemos procurado ocultarle hasta la llegada de usted. Casi estamos á punto de perder su confianza, según el extraño giro que van tomando sus sentimientos... y la verdad, añadió el doctor humedecidos los ojos, me pesa esto en el alma... porque ese joven era digno de mejor suerte.

—¡Es posible, mi querido doctor! exclamé yo, espantado realmente de las enfáticas palabras que acababa de escuchar. ¿Qué es lo que usted teme por mi pobre amigo?

—Todo, amigo mío, todo; me respondió con amargura. En la curación de su cruel dolencia yo me lisonjeaba de haber hecho algo, gracias á la docilidad del enfermo en sujetarse á mi régimen curativo, que era muy sencillo y poco severo. Mas desde que se ha apoderado de él nuevamente aquella especie de desconfianza,

que yo creí hubiese depuesto durante la convalecencia de la fiebre, el desgraciado joven ostenta una rebeldía tan tenaz y decidida, que no puedo ya obrar con firmeza. Cuando el enfermo ha perdido la confianza en el médico... digo mal, en la medicina, la ciencia no puede hacer milagros.

—¡Y por tanto, la enfermedad de mi pobre hermano continuará en progreso!

—Va usted á juzgarlo por sí mismo. ¿Quiere usted acompañarme al hospital? Me dirijo para allá en este momento.

—Quisiera yo acompañarle: pero debo advertir á usted que no tengo licencia de la autoridad para entrar de nuevo en San Lázaro.

—Eso lo remediaremos al paso: desde que he logrado que comience á deponerse la preocupación de que la lepra es contagiosa, la autoridad se presta más fácilmente á otorgar estos permisos.

—Según eso, observé yo entrando en la calesa del doctor y tomando asiento á su lado, está usted persuadido de que esa maligna enfermedad no se trasmite por contagio.

—Siempre tuve mis dudas fundadas sobre el particular; pero hace algunos meses que esas dudas han desaparecido de todo punto, porque á mí me parece demostrado ya, que semejante contagio es imaginario.

—Entonces, doctor mío, lo que se hace con los infelices leprosos, obligándolos á encerrarse en un hospital lejano, aislado y solitario, es cruel, es horrible, es monstruoso. De esa suerte, á un ser infeliz se le arranca del seno de su familia y amigos...; y se le arroja en un fango asqueroso para ver la podre y la miseria que cubre á otros, cuando lo que padece es bastante para causarle una penosa agonía... para ser testigo de la muerte lenta y dolorosísima de los demás leprosos, como si él mismo...

—Pero ¡qué quiere usted, amigo mío! Es necesario resignarse á pasar por las preocupaciones de la sociedad, cuando no es posible combatirlas de frente. Lo que se hace es ilustrarla primero, y ella misma depondrá esas preocupaciones.

—Como quiera; cada uno debe hacer de su parte por sustraerse del funesto efecto de ellas.

—Según; si uno pretende sustraerse por un choque abierto, desafiándolas cara á cara, no diré á usted que eso sea malo, no; pero sí es peligroso. Suponga usted que Antonio se empeñe en salir del hospital para vivir en su casa, persuadido que su dolencia no puede perjudicar á ninguna persona sana, ¿cree usted que sólo por estar de ello persuadido, la policía le dejaría tranquilo?

—Bien; pero si él marchase fuera del país.... lejos, muy lejos....

—En tal caso la policía de Campeche, ciertamente no le diría nada; mas yo no sé cómo sería recibido en otra parte.

—Pero, en fin, doctor mío, ¿cree usted que el pobre Antonio está realmente leproso?

—Si lo ha dudado usted alguna vez, me respondió con dulzura el buen médico, espero que me diga su opinión cuando vea hoy de nuevo á su amigo. ¡Ah! prosiguió con vehemencia y cambiando de tono: cansado estoy de clamar por la represión de ciertos abusos que se toleran entre nosotros, y que al fin han de causar todavía horribles catástrofes en la juventud. Las leyes sanitarias quieren que en las oficinas de farmacia no se despachen recetas, que no sean de un médico aprobado. Pues bien; va un joven... un niño que entra apenas en la pubertad y, sin consultarse con gentes de ciencia y experiencia, pide á comprar una horrible composición de esas que un médico apenas osaría emplear en ciertos casos dados, y después de un maduro examen. El inexperto niño, víctima así de la codicia ó temeridad de un boticario, traga veneno, ponzoña horrible, en lugar de una medicina. El pobre niño ¡ah! exuberante de vida y de esperanza, ve en efecto que su mal ha desaparecido instantáneamente, como por un medio eléctrico. ¡Precioso descubrimiento! ¡Ya posee el secreto de la salud asegurada,

á prueba de los humores deletéreos! ¡Qué triunfo! ¡Qué felicidad! ¡Viva el insigne y discreto boticario! Pero ¡cuán pronto vienen uno á uno los más crueles desengaños! Sí; después de esa prueba, la vista comienza á flaquear, los nervios pierden su elasticidad, el sensorio se entorpece, el pulmón se afecta, el hígado se laxa, la piel se cubre de máculas y grietas... en pos vienen las úlceras, las contracciones, las fístolas, el aliento pestilente, el cabello que se cae, la juventud que se desvanece, y la vida que se va. ¡Adiós sueños dorados! Un joven muere entonces de una pulmonía casi fulminante... otro va á dar al hospital de San Lázaro; aquél está manco, el otro gafo, el de más allá semi-raquítico.... Todos los que se han revolcado en un cieno inmundo, y buscado el remedio de una dolencia tan infame como peligrosa en los consejos de los libertinos, en la inexperiencia de otros jóvenes, ó en la codicia de quienes pretenden vender su secreto á peso de oro... todos ellos, amigo mío, tienen un triste y prematuro fin.

Asombrado escuché yo aquel vehemente apóstrofe del doctor, y no tuve ya duda ninguna de que había comprendido perfectamente el origen de la enfermedad del desgraciado Antonio. Iba yo á dirigirle cierta observación, cuando la calesa se detuvo; el doctor me dijo le esperase unos

momentos, subió á la casa en cuyo frente nos habíamos detenido y fué entonces cuando pude leer rápidamente tus dos cartas, que me dan los detalles dolorosos de la muerte de mi deudo, de mi bienhechor, mejor dijera, de mi padre.

A poco volvió el doctor, trayendo la competente autorización para que yo fuese admitido en el hospital, pudiendo entrar y salir cada vez que lo tuviese por conveniente. Este permiso era para mí de la mayor importancia, y no pude menos de tributarle las gracias al que me lo había proporcionado.

Seguimos camino, y al fin llegamos á San Lázaro.

Encontrámonos primero con el capellán, quien no pudo menos de entristecerse al verme allí.

—Vaya usted, caballero, díjome con emoción, vaya usted á ver si puede hacer algo en favor de su amigo.

Y mientras el doctor y el buen sacerdote platicaban juntos, me invitaron á entrar en el cuarto de Antonio, permaneciendo ellos en la galería.

El aposento de nuestro pobre amigo estaba en el mayor desorden; muestra cierta del abandono é indiferencia con que mira ya lo que pasa en rededor suyo. En vez de hallarle entregado á alguna lectura provechosa ó entretenida, yacía medio dormido en un canapé, envuelto en su ca-

pa, los brazos cruzados sobre el pecho y respirando con alguna dificultad. Como no hice rumor al introducirme, el enfermo permaneció tranquilo, y de esa suerte pude contemplarlo antes de dirigirle la palabra.

¡Ah! pobre amigo nuestro: partióme el corazón su aspecto.

Apenas puedo explicarte el cambio que ha sufrido en tan poquísimo tiempo. Flaco, macilento, el cabello y la barba crecidos, cubierta la piel de aquellas horribles máculas que tú conoces, contraídas las manos, la respiración anhelosa y fatigante, era ese un espectáculo de dolor. En su frente, en el vigoroso latido de sus sienes, traslucíase lo que pasaba en aquella alma de fuego, vencida al parecer en tan prolongado y desigual combate.

Enjuguéme una lágrima que se me escapó involuntariamente, pues no quería causar al enfermo alarma ninguna, dí dos pasos más, toméle una de las manos y le llamé con dulzura.

—¡Antonio mío! ¡Aquí está Manuel!

Nuestro pobre amigo entreabrió los ojos, volvió á cerrarlos en el instante, me estrechó la mano y lanzó un hondo y doloroso gemido.

Este gemido ¡ah! me desgarró las entrañas dolorosamente. Ese gemido interpretaba fielmente el dolor, el sufrimiento infinito de aquel noble y lacerado corazón.

Mis esfuerzos para contenerme fueron inútiles. Un torrente de lágrimas se desprendió con fuerza de mis ojos, y lloré con mi amigo más de media hora.

—¡Con que es verdad! exclamó al fin. ¡Mi venerable padre ha muerto!

—Sí, hermano mío, repuse yo; pero aquí estoy para llorar contigo y consolarte. Somos dos criaturas desgraciadas; resignémonos con la voluntad de Dios.

—¡Ah! gritaba Antonio; yo, yo solo he asesinado á mi padre. Yo busqué el camino de este horrible hospital; y el hospital de San Lázaro ha traído á su seno el colmo de la desgracia y del infortunio. Yo, Manuel mío, yo he ajado y destruído esa vida, de que aún necesitaban los pobres, los hombres industriosos. ¡Soy un malvado! ¡Terrible debe ser mi responsabilidad ante Dios!

La preocupación de Antonio era profunda; su dolor indefinible: su lenguaje, el del delirio. Ya no hallaba palabras de consuelo. Algo había allí que no me era dado comprender, porque no es creíble que un caudal tan copioso de nobles sentimientos, de ideas generosas y de reflexiones sábias, se hubiese extinguido tan súbitamente en esa alma de fuego y de amor cristiano, dejando en nos un vestigio siniestro. No hay remedio: el dolor, las vigilias, los pormenores de su triste historia; todo ha mellado su espíritu, abatido

su corazón, exacerbado sus dolencias, y aplicado al no bien extinguido volcán que ardía en su cerebro una nueva tea incendiaria. ¡Nuestro amigo está herido otra vez, y sepa Dios si esta herida podrá curarse! Mucho temo que esa herida apresure su muerte; es profunda, y está envenenada.

Todo mi afán para tranquilizarlo y hacerle tomar un sendero más razonable, fué por el momento enteramente inútil. Parece haber perdido la fe y la esperanza. Sin embargo, aun conserva su caridad ardiente, y como uno no puede amar á sus semejantes sin amar á Dios, vislumbro una reacción saludable en sus ideas. Ni puede menos de ser así. Estas pruebas siempre son precursoras de algún bien. La Misericordia infinita de Dios no ha de consentir en que se malogren tantas y tan generosas disposiciones. En todo caso, si hay allí algún extravío de la mente, el hombre ya no puede ser responsable de sus palabras ni de sus acciones. Este es para mí un consuelo.

Mayor lo fué la recepción que si hizo después al capellán, que entró al cabo de una hora de habernos dejado solos. En medio de la especie de atonía física y moral del enfermo, traslucíase su gratitud respetuosa hacia aquel hombre admirable.

Poco después entró el doctor, que acababa de hacer sus visitas á varios enfer-

mos de la casa. La recepción que le hizo Antonio fué fría y reservada. Causóme esto mucha pena ciertamente, porque nuestro pobre amigo debió á los esfuerzos, á la ciencia y á la caridad de ese hombre, su vida y su razón. El Dr. Frutos sin embargo aparentó no comprender el aire impertinente de nuestro amigo. Hablóle con la misma cordialidad, empleó las mismas palabras de consuelo que ha usado siempre, y entre risueño y severo le hizo algunas oportunas reconvenciones. Al fin lanzó Antonio un suspiro, y se volvió del otro lado con la cara hacia la pared. El doctor se sonrió graciosamente, aunque yo me había desconcertado.

—Esto, me dijo al oído, no proviene de otra causa que de haber perdido enteramente la fe en los recursos de la ciencia. Nosotros debemos combatir ese principio sin desmayar y sufrir pacientemente sus arrebatos. Este joven sucumbiría muy pronto, si no lográsemos extirpar esa funesta preocupación.

—¡Oh! le repuse yo en el mismo tono: duéleme infinito ver ese ademán brusco y poco cortés con que le recibe, doctor mío; pero espero que sabrá disimularlo, en gracia de su triste situación. El siempre ha amado y admirado las altas prendas de su médico.

—¡Qué está usted hablando, criatura! me replicó el doctor sonriéndose. Si hubie-

se usted cursado la larga y penosa escuela del dolor, que se presenta con tantos y variados caracteres; de los sufrimientos morales, que se revisten de mil formas diversas á cada paso; de las miserias de la humanidad, en fin, no me demandaría mi indulgencia en este caso. Soy médico, mi joven amigo; y aunque un poco susceptible y muy pundonoroso en la ocasión, conozco perfectamente todas las crisis, y sé aprovecharme de ellas. Dejese, pues, de cumplimientos, pues toda recomendación es inútil. Mis enfermos son mis hijos; y contemplo y amo á cada uno, como amaría y contemplaría á un hijo mío, que se hallase en un peligro cualquiera. Por otra parte, este joven es amigo mio, añadió el doctor apretándome la mano y lanzando sobre el enfermo una dulce y lánguida mirada; y debo hacer en su obsequio cuanto me dicten el deber y el cariño que le profeso.

El doctor se aproximó de nuevo al enfermo, y le tomó el pulso. Antonio no opuso resistencia alguna.

En seguida salimos á la galeria, dejando al capellán en el aposento del enfermo. El doctor añadió algunas palabras más de consuelo, y volvió á la ciudad.

Pasé el resto del día en el hospital, y he venido á Campeche para arreglar varios asuntos, y escribirte la presente. Yo debo regresar á San Lázaro, á esperar el giro

que tome la enfermedad de nuestro pobre amigo, en cuya compañía estoy resuelto á permanecer todo el tiempo que contemple necesario.

Por supuesto, que no me ha dicho, ni era posible que me dijese nada relativo á negocios. Peor que eso todavía, ni siquiera me ha dirigido una pregunta acerca del Dr. Moore, ni de nuestro amo Germán. Por lo mismo, me hallo en la más completa ignorancia del contenido de la carta de Regino.

Mucho he de equivocarme si esa carta, el nuevo encuentro que Antonio tuvo el día de la fiesta de Lerma con Cruyés, y las cavilaciones que han debido ser consiguientes á todo eso, no ha entrado por mucho en el estado en que se encuentra al presente. La muerte de mi deudo y bienhechor, de este desgraciado padre, ha concluído la obra. Yo cuidaré de darte aviso de cuanto sepa.

Adiós, querido mío. No puedo resignarme á estar separado del pobre enfermo: vuelvo ahora mismo al hospital, y allí espero tus cartas. Tuyo amante é invariable amigo.



CARTA XXIX

MANUEL A MELCHOR

San Lázaro, 29 de Diciembre de 1824.

Querido mío. Incomprensibles son las vías secretas de la Providencia, y sin osar investigarlas, debemos prosternarnos humildemente ante ella y adorarla. Tal es el papel que nos reserva el cielo; porque lo demás, sería una pretensión tan necia como peligrosa. Mientras medito con mayor intensidad en los extraños incidentes que han venido inesperadamente á complicar la situación de nuestro pobre amigo, mayor es también mi sorpresa y estupor. ¿Por qué ha recaído la elección sobre esta víctima? Ninguno se atrevería á decirlo. Adorémos, pues, y bendigamos.

Pero supuesto que eso nos hace sufrir, y que Dios no ha querido estancar la fuente de toda sensibilidad en nuestro corazón, sintamos de veras; y ya que no se han agotado nuestras lágrimas, llorémos; y si es posible, llorémos lágrimas de sangre. Bien lo merece la suerte triste de nuestro infortunado amigo. ¡El va á partir en fin de San Lázaro!

No será poca tu sorpresa al saber semejante determinación; la mía era de oponerme á ese proyecto, con todas mis fuerzas, y las he empleado efectivamente hasta donde me ha parecido racional. Cuando la lucha ha llegado á su último término, y me he figurado que el cielo intervenía en ella dando la ventaja á mi adversario, he creído en conciencia someterme á sus decretos. Así, pues, yo consiento también,—¡pésame el decirlo!—en esta fatal partida. ¡Hartas han sido las pruebas de un año! Nuestro pobre amigo no puede permanecer aquí por más tiempo, sin exponer su existencia; más que su existencia, la paz de su espíritu. Ya puedes imaginarte cuál sería mi dolor al consentir en una ausencia que, para mí, equivale á la muerte tal vez; pero supuesto que yo mismo he consentido, y aún más que consentido, he exigido de Antonio que parta de una vez, fácil te será comprender que las razones han debido parecerme concluyentes, poderosos los motivos y exigentes las circunstancias.

He preferido este extremo, el de verlo apartarse para siempre de nosotros, que no el de someter esa cruda y dolorosa existencia á una prueba más cruel. Con un simple relato de lo que ha ocurrido, te convencerás de la necesidad que existe de prestarnos á este sacrificio. No creo, á vuelta de todo, que las lecciones recibidas aquí, sean enteramente perdidas. Al contrario, fortificado con ellas, la peregrinación que va á emprender nuestro amigo, lanzándose en un nuevo mundo, en países ignorados y bajo la dirección de personas, no sólo extrañas, sino de terribles precedentes; esa peregrinación, repito, podrá y debería serle provechosa. Escucha lo que ha ocurrido, desde mi carta anterior.

Recuerdo haberte dicho, que era bastante lastimosa la situación de Antonio, y que me temía alguna desgracia. Cuando volví al hospital, no tuve sino nuevos motivos para ratificarme en aquella opinión; y por dos días consecutivos abrigué las mismas dudas y temores. Antonio, sin embargo, había permanecido encerrado algunas horas con el capellán, y esto era para mí un signo bueno y malo á la vez. Bueno, porque le veía gradualmente volver al sendero momentáneamente abandonado, apelando al único consuelo, al único recurso que nos queda en las grandes calamidades; la religión. Y malo, porque podía ser también un signo de que el enfermo co-

menzaba á creer muy próximo su fin, y pretendía arreglar su conciencia, disponiéndose á partir para el otro mundo. Y aunque es verdad, que jamás he sido tan necio, que crea que se comete una imprudencia en una casa católica cuando se anuncia al paciente, que debe en todo evento prepararse para bien morir; con todo, atenta la grave situación mental de nuestro amigo, y no ocultándoseme el decidido influjo que ejerce lo moral sobre lo físico, y viceversa, comenzaban á alarmarme sériamente las entrevistas largas y secretas del enfermo con el sacerdote. Y mayor era mi alarma, al observar, por grande que fuese el disimulo del capellán, que éste había llorado durante su confesión. No puedo negártelo: ya no sabía qué hacer, puesto que no había de atreverme á demandar explicación ninguna del sacerdote, sobre asuntos relativos á tan grave y santo misterio. Nadaba yo en un mar de dudas y cavilaciones.

Al entrar en el aposento de Antonio, después de una de esas conferencias, hallé que nuestro amigo había recuperado algo de su aplomo. Tendióme una de sus manos, y me hizo sentar junto á sí.

—Manuel mío, díjome al cabo de algún tiempo, yo quiero salir de este hospital.

Tan inesperada revelación me afligió en extremo.

Y con razón, ciertamente. Cuando los

médicos han declarado que un individuo está leproso, de cuya enfermedad ninguno hasta hoy se ha curado en el país, la policía no puede ni quiere tolerar que ese leproso conserve la vida social, y lo persigue con una tenacidad casi brutal, hasta encerrarlo en el hospital de San Lázaro, erigido á grandes costos, para desterrar aquí á los infelices elefanciacos por temor de que se propague tan horrible dolencia. Y si existen dificultades tantas y tan insuperables para conservar oculto de la vista del público y de las autoridades encargadas de vigilar en este punto, á alguno de esos infelices que aún no ha sido declarado "lazarino" expresamente, ¿cuáles y de qué tamaño no serían las que se suscitasen para extraer del seno mismo del hospital á uno declarado "lazarino" de antemano, y encerrado aquí un año entero, después de semejante declaración? Mi terror y asombro debieron de pintarse, sin duda, en mi semblante, porque Antonio, antes de escuchar ninguna palabra ni observación mía, murmuró con cierto desaliento:

—¡Y sin embargo! Yo contaba contigo, hermano mío, para ejecutar mi proyecto.

—¿Tu proyecto? pregunté yo maquinalmente y como para ganar tiempo á fin de arreglar mis ideas, y formularlas de un modo que hiriese lo menos posible la exquisita susceptibilidad de nuestro desventurado amigo.

—Sí, insistió él; de mi proyecto de fuga. Yo quiero fugarme de aquí.

—Pero eso, hermano mío, presenta gravísimos inconvenientes y dificultades.

—Razón de más para que exija tu concurso: pero supuesto que mi fuga te parece irrealizable, no hablemos más del asunto. Me resignaré á morir pacientemente encerrado en este hospital, sin esperanza alguna de alivio, y expuesto siempre á la fatal desgracia de volver á encontrarme con aquel hombre. Ya no saldré más, á respirar la brisa de la tarde, de este fatal y ominoso encierro.

Y se desataron dos ríos de lágrimas de los ojos del pobre enfermo.

—Pues bien, Antonio mío; repuse yo en el acto, muy decidido á ejecutar lo que iba á decirle para calmar su angustia y moderar su dolor. Se hará todo como quieras: para mí no existe dificultad ninguna, porque resuelto estoy á sacrificar hasta mi vida por tí. Tranquilízate, y escucha mi proyecto: yo también he formado mi proyecto de evasión, y estoy seguro que lo aprobarás.

Nuestro pobre amigo pareció tranquilizarse un tanto con mis últimas palabras. Apartó el pañuelo de sus ojos, y se quedó mirándome en actitud de esperar la explicación ofrecida.

—Mira, hermano mío, proseguí yo entonces; tú debes conocer que al salir fugitivo de este hospital, no estarías tranquilo

en ninguna población. El ojo vigilante de la policía te seguiría por todas partes, te buscaría en donde quiera y te obligaría á volver á este encierro, que has comenzado á detestar ya. Tal vez es injusta y bárbara esta persecución; pero ¿qué quieres? Existe un terror vivísimo contra la lepra; hasta las gentes más sensatas se encuentran preocupadas acerca de ella, y mientras la ciencia, como lo sabes tú mismo, no llegue á demostrar que la tal enfermedad no es contagiosa, como yo lo creo firmemente, ninguna de esas trabas pueden sacudirse, ninguno de esos obstáculos superarse.

—Es verdad; dijo Antonio con aire resignado y aun indiferente al parecer.

—Pues bien, continué yo: entre las últimas poblaciones de Yucatán y el lago de Peten, existen bosques frondosos y brillantes, espsísimas florestas ó praderas inmensas. Allí, á donde el ruido de la sociedad no llega, ni el bramido de las pasiones, ni el influjo de las preocupaciones te abrumarían.... Corramos, pues, á encerrarnos allí. Haré todos los preparativos conducentes.... te dejaré unos días para escoger yo mismo el sitio en que fijemos nuestra residencia definitivamente, sin mantener con los hombres otra comunicación que la muy precisa para acudir á nuestras necesidades. Tienes criados que te aman.... los pobres indios de la hacienda harían por tí cualquier sacrificio, y

lo harían con la mejor voluntad del mundo. ¡Mira qué bella perspectiva se nos presenta! Construiremos una habitación, que reuna todos los encantos imaginables. Una huerta, un jardín, un corral...

—No te empeñes en eso, amigo mío; dijo Antonio interrumpiéndome. Te he dejado hablar, porque experimentaba un placer exquisito viendo hasta qué punto llevabas tu generosidad, tu afecto y amor á tu pobre hermano. No: por más nobleza que encuentre en tu proyecto, yo no puedo aceptarlo.

—Pero, querido mío, (repúsele entonces) ya has visto los inconvenientes que habría en que volvieses á tu casa: eso es imposible.

—Lo sé muy bien, y por eso no abrigo semejante pretensión.

—En tal caso, ¿qué es lo que intentas? pregunté algo desconcertado, vislumbrando algo de lo que estaba meditando.

—Huir de aquí, respondióme con energía; pero huir lejos, muy lejos, de tal suerte que el temor del contagio no horrorice á estos hombres sin corazón. Sí: yo quiero marchar á un país extranjero.

Te confieso que la idea me causó un sobresalto, que apenas podría expresarte ahora. Es verdad, que había yo discurrido hipotéticamente con el doctor acerca de la justicia con que Antonio podía adoptar un partido tan desesperado; pero tan le-

jos estaba yo de preever que fuese capaz de pensar en él con alguna seriedad, que ni siquiera había vuelto á ocurrírseme la idea. Y no me sobresaltaba ciertamente, porque creyese que haría un nuevo sacrificio con resignarme á acompañarlo á cualquiera parte del mundo; no, porque yo he estado y estoy resuelto á realizar por nuestro pobre amigo, ese y cualquier sacrificio, por mayor que se considere. Espantábame, sí, que fuese á lanzarse en otro nuevo piélago de dificultades, creyendo evitarlas con su fuga de San Lázaro, porque al cabo en todas partes se teme sériamente el contagio de los leprosos, y al fin podrían encerrarlo en otro hospital, en donde me fuera imposible hallarme cerca para consolarlo y proporcionarle algunos alivios. Aquí, al fin, en donde ha sabido granjearse el afecto de todo el mundo, en donde sus relaciones subsisten con amigos y parientes que cuiden de su existencia y comodidades, bien podría serle soportable un encierro tan poco severo como el que sufre; pero en tierra extraña... ¡ah! Eso habría sido un inmenso abismo, una estupenda calamidad para este desgraciado, y así me pareció conveniente significárselo, para arrancarle del todo un pensamiento que á mí me parecía absurdo.

—Tú no puedes, Antonio mio, (díjele al fin) insistir en una idea tan extraña. Ya

lo ves: me presto de buena voluntad á auxiliarte en la fuga, y acompañarte á un desierto; pero yo no puedo consentir en que te expongas á sufrir un mal mayor del que aquí experimentas.

—Pues, amigo mío, estoy resuelto y partiré. Si no quieres favorecer mi fuga, déjame buscar los medios de proporcionármela.

—¡Oh! exclamé yo: no puede ser; piensa bien y despacio en ello, y verás que es imposible. Tú no me harás, así lo espero, la injusticia de creer que mi resistencia proviene de rehusarme á seguir tu suerte; por tí daría yo hasta la vida.

—Ya lo sé, Manuel mío, me repuso con la mayor consternación; lo sé, y sé también que tu resistencia viene de un origen muy noble. Sin embargo, yo debo partir, y partiré sin tí.

—¿Sin mí? ¡Imposible! En ningún caso consentiría yo en que partieses solo; y si, lo que no creo, insistieses en ejecutar esa fuga para un suelo extranjero, á pesar de mi resistencia á tu proyecto, y de la tuya á que yo te acompañe, te acompañaría. ¡vive el cielo!, hasta el fin del mundo, aunque supiese perecer en semejante peregrinación. Resuelve ahora lo que mejor te plazca. ¿Quieres partir á pesar de mis observaciones, de mis consejos, de los consejos de tu amigo y hermano? Bien: partamos juntos. Estoy resuelto á todo.

—No, hermano mío, no. Yo parto, y tú te quedas.

—Ni pensarlo: si tú partes, no hablemos más de mi resistencia. Vamos á acordar los medios de la fuga.

—¡Noble y generoso amigo mío! ¡Si supieras con qué delicioso consuelo escucho tus palabras, y veo tu decidido entusiasmo! ¡Ah! Tú eras digno de encontrar otro corazón que mejor te comprendiese.

Y nuestro pobre Antonio se desató de nuevo en un mar de lágrimas.

Por mi parte, ya no sabía qué decir. Estaba realmente desconcertado, y temiendo más y más el empeño que mostraba este desgraciado. Mi corazón se encontraba en una verdadera tortura.

¡Al fin, me fué preciso llorar con él, porque ciertamente no puede ser más cruel y doloroso el rigor de su destino!

Cuando volvió la calma á nuestro espíritu y las lágrimas desaparecieron, Antonio procuró entonces aclararme todo el misterio. El misterio estaba encerrado en la carta de Regino, de la cual aún no me había hablado antes, y en una apostilla escrita por el Dr. Moore al calce de la propia carta.

¡Entonces pude comprenderlo todo!

Regino explica su conducta en los últimos días de su permanencia en San Lázaro, y todos los incidentes que, en la apariencia, condenaban su fuga. No es esto

solo. Dice que ha debido al doctor, no sólo el haber vuelto al buen camino de que se había extraviado, sino su salud perdida. ¿Podía esto menos que hacer en el ánimo de Antonio una impresión tal, que le decidiese casi sin examen ninguno, á echarse en los brazos de un médico tan admirable? Aquí tienes el verdadero motivo de su poca confianza en el Dr. Frutos, y de haberse verificado una verdadera revolución en su espíritu. Desde ese momento, ha debido creer que supuesta la seguridad con que se le anunciaba que su mal sería incurable, tenía derecho de poner su esperanza toda en quien se decía capaz de hacer lo que otros no pudieran realizar. ¡La salud para un lazarino! ¡Dios eterno! No hay duda que éste ha de ser el único, enérgico, constante y tenaz pensamiento de un infeliz condenado á vivir en San Lázaro una vida de dolor, podredumbre y miseria. Sí; no hay duda que ese pensamiento debe adherirse al cerebro con una intensidad febril, desgarradora y palpitante, capaz de volver el juicio á un pobre leproso. Dí á éste, que tú le darás salud y vida, cuando todo el mundo le dice lo contrario; díle que cesará al punto la corrupción de sus humores, que los miembros no se desgarrarán más, que desaparecerán esas úlceras que exhalan un fetor abominable, que parará la disolución orgánica, que recuperará cuanto hubiese perdido, que volverá

á la sociedad, á la vida civil, á la patria, al seno de su familia y amigos: díle que entonces podrá elegir una esposa, vivir en medio de sus hijos y rodeado de cuanto el mundo puede ofrecer.... ¡dílo por Dios!, y verás en el pobre leproso la revolución más completa. Mientras no recibiese un cumplido desengaño, la esperanza, una esperanza viva y delirante, roería su corazón... minaría su existencia... mantendría un volcán en su cerebro... y no habría dificultad que no superase para llegar á su objeto. Hélo aquí todo.

Esto es lo que ha sucedido puntualmente á nuestro pobre amigo.

Añade á eso, que el Dr. Moore le encarga hallarse sin falta la noche del 2 de Enero en la playa de Lerma, si se resuelve en fin á dejar á San Lázaro. y eso para hallar un bien perdido, para verse limpio de la horrible lepra que lo cubre! ¿Cómo ha podido vacilar?

Su partido, pues, estaba tomado.

Pero yo he debido oponerme todavía á ese partido, y me he opuesto con todas mis fuerzas, y aún con mayor energía, desde el momento en que he sabido el origen y motivo de la determinación de Antonio.

Porque, en efecto, querido mío: ¿qué viene á ser el Dr. Moore en la historia de Antonio? ¿Cómo lo ha arrojado la Providencia en su camino? ¿Quién es, en fin. este hombre para que pongamos en sus

manos un tesoro, que debe sernos tan apreciable?

El Dr. Moore tiene todas mis simpatías y respeto. Al comprender su historia, esa historia llena de interés, de la existencia excepcional de un hombre arrojado de la sociedad por una injusticia; y que no se ha puesto en contacto después con el género humano sino para volver á los hombres el mal que de ellos ha recibido; al escuchar de su boca un grito de arrepentimiento y de dolor, ha debido despertarse en mí una confianza sin límites. Bien; pero ese hombre formidable se encuentra sin duda en una posición peligrosa. Su determinación misma de separarse de la vida infame ó misteriosa que ha llevado por tantos años, le suscitará tal vez una multitud de enemigos. Las asechanzas, el odio, el temor.... todos los peligros posibles deben perseguir su futura existencia; y si es cierto que en su larga carrera anterior, la vengadora y severa sociedad nada ha podido contra él ¿quién nos asegura que la gente infame, en cuya compañía ha permanecido y que debe tener un interés directo en perseguir, destruir y aniquilar á un testigo tan terrible... quién nos asegura, repito, que esa gente, aborto de la sociedad, no será más feliz que ésta? He aquí mis dudas y tormentos.

Ponerse nuestro amigo en manos semejantes, equivaldría á colocarse en medio de

todos los peligros. ¡Situación, por cierto, bastante singular para un joven educado con tal miramiento, cuidado y circunspección!

Todo se lo representé, amigo mío; pero mis observaciones fueron enteramente inútiles. Su partido estaba tomado después de una deliberación consigo mismo, y mi voz era impotente.

—Veo que mis esfuerzos son inútiles, le dije al cabo; y que tú estás determinado á partir, á pesar de que no puedes responder satisfactoriamente á ninguna de mis objeciones. Partirás, sí; pero yo parto contigo.

—Imposible, ya te lo he dicho; es imposible.

Y Antonio me estrechaba contra su corazón.

—Por más que eso te parezca imposible, insistí yo, tiene que ser así, ó no será jamás. Yo te lo afirmo.

—Pues yo te digo, que así será á pesar tuyo; gritó Antonio de una manera terrible. Enmudecí de nuevo, porque me pareció haber llevado mi insistencia en aquel momento hasta un término imprudente. En el estado de su imaginación, era ciertamente punto menos que imprudencia y temeridad contrariar las miras y proyectos de un pobre enfermo, que lo busca todo en sus esperanzas, aun las más quiméricas. Por tanto, yo estaba arrepentido de haber procedido con tan poca cordura.

—No, hermano mío; díjome Antonio después de una larga interrupción en nuestro diálogo. No destruyas de un golpe la más lisonjera de mis ilusiones. Déjame partir en compañía y bajo la exclusiva protección de ese hombre: nada temo, ni hay para qué temer. Además, ¿qué cosa peor podía sobrevenirme, que permanecer encerrado en este hospital, siempre con la idea terrible, con el puñal clavado en el corazón, que me estará diciendo sin cesar, que mi dolencia habría sido curable, si me hubiese determinado á observar las indicaciones del hombre único que pudiera salvarme, y eso tan sólo por un vano temor?

Firme yo en mi silencio, Antonio prosiguió diciendo:

—Ya lo ves; tu presencia; ese empeño que manifiestas en querer acompañarme, destruiría todos mis planes, porque seguramente ese hombre, ese Dr. Moore, en cuyas manos voy á ponerme, no querrá sin duda complicar la situación arrancando del seno de su patria á un joven, como tú, que puede y debe serle útil. Tal vez esto provocaría averiguaciones delicadas. Mientras que yo . . . yo puedo partir sin hacer falta á persona alguna: la sociedad me tiene excomulgado, ¿qué me objetará, porque hubiese pretendido sustraerme á su justicia y odiosa persecusión? ¿Con qué derecho exigiría de mí una ciega y pasiva obediencia á sus caprichos, á sus brutales castigos,

cuando yo hallo en mi conciencia que no soy tan delincuente, que los merezca hasta el punto en que le plazca imponérmelos? No: yo le niego semejante derecho. Enhorabuena que exija mi sometimiento á sus medidas de policía. ¡Yo me he sometido, ¡gran Dios! á cuanto ha exigido de mí! Pero no puede obligarme á permanecer bajo de su influjo: yo debo sacudir esta opresión. Tal es el motivo de mi conducta.

Al escuchar este discurso, me pareció conveniente oponer el mismo silencio. Antonio conoció, que yo no estaba convencido de sus razones para resignarme á dejarlo partir solo, y después de otra interrupción volvió como antes á la carga, diciendo:

—Me pesa, querido mío, contradecir tu dictamen en esta vez. ¡Si supieras cuán amargo es para mi despedazado corazón no merecer que apruebes hoy sus sentimientos! ¡Si comprendieras, en fin, que uno de los grandes obstáculos que he tenido que vencer en esta horrible lucha, cuyo carácter en vano me esforzaría en describirte, ha sido el determinarme á obrar sin concurso tuyo! ¡Ah! Yo estoy seguro que después de compadecerme, me dejarías entregado á mi propia suerte. No hay remedio: mi determinación es irrevocable. Parto solo, y tú te quedas.

Teniendo aún la esperanza de reforzar mis argumentos en mejor ocasión, pues-

to que el plazo prefijado por el Dr. Moore, aun daba lugar para diferir mis observaciones, que entonces podían parecer inoportunas, sólo hice un ligero signo de asentimiento para no exasperar á nuestro pobre amigo. Satisfecho con esto prosiguió:

—Además, Manuel mío, yo tengo que hacer mi testamento y dejar aquí una persona que recoja mis bienes y les dé la distribución que voy á ordenar. Solo tú, que conoces perfectamente el estado de los negocios de mi difunto y venerado padre, puedes arreglar y dirigirlos en mi ausencia. Por eso, pues, también debes quedarte.

—Esta nueva razón, dije yo entonces, es menos concluyente que las otras. Piénsalo, amigo mío, y después me dirás cuál sea tu final determinación. Yo insisto en que no debes partir; pero una vez que estás determinado, no debes rehusar la compañía de tu hermano. ¿Quién te verá y cuidará con mayor interés? En un conflicto, en una circunstancia grave cualquiera, ¡de qué inmenso consuelo no será para tí, hallar una mano amiga en que apoyarte, el pecho de un hermano en que depositar tus penas!

Una nube sombría se fijó sobre la frente de nuestro pobre amigo. No sabré decirte si era de tristeza, hallando en mí una contradicción que no esperaba; ó de despe-

cho, porque sus razones no me convencían. Lo cierto es, que en todo el resto del día y en el siguiente no volvimos á hablar del particular.

Entre tanto, iba recobrando su afecto y gratitud al Dr. Frutos, y proseguía en sus conferencias misteriosas con el capellán. Esto me había parecido un buen signo; pero me equivoqué. Cuando se ofreció hablar otra vez de su proyecto de partir, lo he encontrado más firme que nunca en su determinación, y lo más delicado del caso es, que tengo entendido que su confesor ha convenido en ello y prestado su consentimiento. Puede ser que sus razones hayan parecido al capellán más graves que á mí; pero entre tanto, yo he debido oponerme, y me he opuesto hasta ayer, en que ha ocurrido un incidente horrible, que ha puesto fin á mis dudas. Antonio debe partir; no puede permanecer en este santo hospital: está visto que Dios lo quiere.

Escucha lo que ha pasado.

El destino de nuestro amo Germán, después de haberle yo visto en la finca del Dr. Conroy, era enteramente ignorado de mí y de Antonio. Por más diligencias que habíamos hecho para inquirir algo relativo á este desgraciado y generoso anciano, nada habíamos logrado, si no fuese una ú otra noticia contradictoria, y que se avenía mal con lo que yo sabía de cierto hasta el día de mi encuentro con él en la isla

de Mr. Corroy. Lo más probable, lo más racional y plausible era, que subsistiese aún en compañía del Dr. Moore, cuyo paradero también nos era de todo punto desconocido. Sin embargo, anteayer hemos tenido una noticia directa del viejo sepulturero; y he aquí cómo:

Un marinero se ha presentado en las puertas del hospital, entregando al administrador una carta, con especial encargo de que se pusiese al momento en manos de Antonio. El portador de la carta desapareció antes de que el administrador, que no tenía antecedente alguno en el negocio, pudiese tomar sus señas. Un minuto después, estaba esa carta en manos de Antonio. Leyóla, y me la extendió en el acto, agitado de una extraña convulsión. El contenido de la carta era breve; pero misterioso y enfático; hélo aquí:

"¡Pobre amigo mío, víctima inocente de un malvado ,cuyo castigo ha de ser terrible! Me encuentro casualmente en la Laguna, de donde voy á salir ahora mismo, hasta que llegue el día en que nos reunamos, como lo espero. Pero antes de marchar, voy á prevenirle para que esté en guardia. De un momento á otro se le espera una prueba dolorosa y cruel ciertamente. Súfrala con resignación y valor, y sobre todo, convénzase con ella de que su permanencia en San Lázaro es ya imposible. Adiós.—Germán."

En el estado de viva excitación en que Antonio se encontraba, ya puedes figurarte cuál sería su sobresalto. El mío no era menor ciertamente, pues dejando la carta del sepulturero una ancha vía á todas las conjeturas, todo podía temerse. Mi temor sobre todo, era que el enfermo se empeorase por el momento. Imagínate no más lo que sería el arrojar un pábulo en aquella hoguera que ardía en su cerebro. Yo me perdía en dudas y vacilaciones. ¿Qué peligro era ese, qué prueba la que se esperaba á nuestro amigo, y contra la cual era preciso estar en guardia? Yo llegué á fijarme en que su intención era la de significar un nuevo encuentro con el pirata. Sin embargo, yo no me atreví á indicar mi pensamiento á nuestro amigo, quien seguramente llegó á creer lo mismo que yo, áunque tampoco tuvo valor para comunicármelo.

El suceso ha venido á sacarnos de toda duda; y no en vano la llamó el otro una prueba dolorosa y cruel. No podia serlo más, ciertamente.

Paseábame ayer tarde en la parte exterior del hospital, cuando se ha detenido en la playa una canoa de regulares dimensiones, y que según todas las apariencias procedía de Tabasco ó de la Laguna. En el instante han desembarcado seis hombres y dos mujeres, que se encaminaron al hospital. Al detenerse mi vista sobre

aquel grupo, he sentido en el cerebro una especie de revolución incomprensible. Acercábanse aquellas gentes al edificio... ¡Horror! las mujeres eran las dos mancebas de Cruyés... aquellas desgraciadas criaturas, que habían representado en Campeche el papel de hermanas del cónsul de Colombia.

Sin embargo de que en tan poco tiempo habían sufrido realmente una especie de metamórfosis, pues ostentaban á la sazón los signos característicos de los estragos del vicio, era imposible que me equivocase. No bien hube adquirido la más completa certidumbre, corrí para dirigirme al aposento de Antonio, á fin de distraerle y evitar un funesto encuentro.

Pero ya era tarde. Desde la ventana que da sobre la playa, había visto y observado lo mismo que yo. Cuando yo me dirigía á detenerlo, él se lanzaba, por un impulso irresistible, al encuentro de las meretrices.

¡Encuentro terrible, y en cuyo recuerdo no acierto á detenerme, sin experimentar una angustia infinita!

En el momento de entrar aquellas dos desgraciadas, Antonio salía.

—¡Oh!, gritó nuestro amigo rechinando los dientes de cólera y mirando con ojos extraviados á las dos meretrices. ¡Oh, al fin nos hemos reunido en un hospital de leprosos! Miradme; mirad vuestra obra.

Frustrada mi intención, sólo podía intervenir para detener las consecuencias de aquel lance crítico; y me puse entonces al lado de Antonio. Los circunstantes no podían comprender lo que ocurría; pero las dos desgraciadas, al reconocer á su víctima, lanzaron una exclamación de un carácter tan pavoroso y desgarrador, que en verdad arrancaron de mí en aquel instante un sentimiento de compasión. ¡Figúrate, amigo mío, á esas desventuradas en medio de unos hombres brutales, que durante el viaje las habían sometido á las más duras pruebas de humillación!

Mientras ocurrían los incidentes que te voy refiriendo, el administrador recorría el oficio de remisión, y los soldados, pues soldados eran, que habían venido escoltando á las presas, referían á voz en cuello los detalles de la aprehensión y remisión de aquellas desgraciadas al hospital de San Lázaro, calificándolas de prostitutas, sobre cuyos desórdenes en la Laguna se había despertado el celo de la autoridad. En presencia de algunos hechos infames, habían sido sometidas á una pesquisa, y los médicos habían declarado que se hallaban lazarinas. La autoridad de la Laguna dispuso, por tanto, en cumplimiento de su deber, que fueran encerradas en San Lázaro. Esta era la historia. Sus precedentes los sabes.

Yo no sé lo que hubiera ocurrido, si fe-

lizmente el capellán, como movido de una inspiración feliz, no se hubiese presentado en el momento más crítico. Con una simple ojeada y la exclamación de Antonio, comprendió perfectamente la situación y se encargó de dominarla. Antonio se dejó separar, y las dos miserables leprosas fueron conducidas al departamento de mujeres, en donde se les ha sometido á un régimen demasiado severo. ¡Incomprensibles arcanos de la justicia de Dios! Si yo mismo no he podido evitar en mí el terrible efecto de este raro é inesperado encuentro, considera, amigo mío, cuál y cuán profunda ha debido ser la estupenda conmoción verificada en el espíritu de nuestro pobre Antonio! El capellán y yo hemos pasado junto á su lecho una noche terrible: el delirio no podía estar más desarrollado.

Venido el día, parecía haberse restablecido la calma, después de una tempestad tan horrorosa, sobre aquel espíritu enfermo. Hemos hablado pacíficamente, y no he hallado otro remedio para evitar una consecuencia más desagradable todavía, que convenir, al fin, en la partida pronta de nuestro amigo. Yo mismo le he allanado todas las dificultades que podían presentarse, y queda definitivamente resuelto que acudirá la noche del día 2 del entrante á la cita que le ha dado el doctor Moore.

Marcho, pues, ahora mismo á hacer en la ciudad los arreglos convenientes, y á traer un escribano. Sin tí, yo solo tengo de ser testigo de los preliminares de esta terrible partida, con cuya idea no puedo habituarme todavía. Pero en fin, es preciso y estoy determinado. Antonio no puede hallarse en un mismo sitio con unas personas que sólo servirán para recordarle permanentemente sus flaquezas, sus horribles sufrimientos y su triste y funesto destino.

Adiós, querido mío: es indispensable poner fin á esta carta. Recibe la cordial salutación y afecto de tu consternado amigo, que pide á Dios te conserve en su santa guarda.

———)o(———



CARTA XXX Y ULTIMA

MANUEL A MELCHOR

Campeche, 4 de Enero de 1825.

¡Ah, querido mío! No sé si tendré valor para darte hoy los espantosos pormenores de unas escenas tan formidables, como las que he presenciado hace pocas horas. La impresión de la novedad, de mi infinita sorpresa, ha sido tan viva, que aún me siento oprimido, despedazado bajo su siniestro influjo. ¡Qué espanto y qué desolación, amigo mío! Á fuerza de decirnos á menudo que los secretos juicios de Dios son incomprensibles, no acostumbramos detener la reflexión en esta tremenda verdad. Pero esta verdad acaba de herirme como un rayo: el golpe ha sido fulminante, y estoy vencido, postrado en

presencia de la majestad del Señor para tributarle humildemente toda mi adoración. No hay remedio; al delincuente, tarde ó temprano ha de sufrir el condigno castigo: una mano invisible ha de empujarlo á pesar suyo, por secretas vías, hasta arrojarlo en el fondo de un abismo. Abrumado estoy delante de esta terrible realidad; y lo estoy hasta un punto tal, que casi no puedo sentir, ni comprender de qué magnitud sea el dolor, el vivísimo dolor de haber visto partir á nuestro pobre amigo. ¡Ah! porque Antonio... nuestro infortunado hermano, partió al fin!!!

Haré por coordinar mis ideas como mejor sepa. Disimúlame si no soy bastante explícito en ciertos pormenores; pues que debo suponerte iniciado en los precedentes de toda esta historia. Escucha, pues, querido mío:

Luego que las mancebas de Cruyés fueron instaladas en San Lázaro, yo mismo, según recuerdo haberte dicho, aconsejé á nuestro amigo que aceptase la indicación del Dr. Moore y se pusiese en sus manos. Era preciso; y yo me convencí de la absoluta necesidad que existía ya de que saliese de una casa en que estaba tan expuesto á cometer un atentado, ó á caer en una demencia declarada. Tributé á Dios infinitas gracias de que el día de la cita estuviese tan próximo, para apartar de una vez al desgraciado enfermo de un

sitio en donde su permanencia era incompatible con la de aquellas miserables. Los nuevos informes que acerca de éstas adquirí, me ratificaron en mi determinación. Según esos informes, aquellas desventuradas víctimas de la inmoralidad y exquisita corrupción del pirata, habían sido presas por la fuerza en la Laguna, en dondo cometían todo linaje de excesos y escándalos; y la fuerza fué empleada, por la resistencia que opuso un viejo que las encubría, en unión de otros varios individuos de apariencia sospechosa. De esa suerte, era casi seguro que Cruyés no dejaría de hacer alguna tentativa audaz para extraerlas de San Lázaro. El amaba, con ese amor brutal que le era característico, á las dos hermanas: en el diálogo de Cruyés y el capitán Sagarra, de que te habrá dado cuenta Antonio, comprendió éste el grado de interés que ponía el pirata en reunirse á ellas, y aún temía ya algunas sospechas de que podrían ser víctimas de "alguna intriga." Ahora bien; ese bandido era capaz de todo: no le faltaban medios para ejecutar una empresa atrevida, dando un golpe de mano sobre el hospital. De esa suerte, la posición de nuestro amigo podría realmente hacerse más delicada y comprometida.

No había, pues, otro recurso que salir de la casa y escaparse á un país extranjero para precaver una catástrife. Tampoco

se presentaba oportunidad mejor, que la que brindaba la ocasión de una entrevista con el Dr. Moore. De esa suerte, mi conciencia se arraigaba más cada momento.

Lo que sí me parecía duro y aun indigno era, que realizásemos un proyecto semejante sin conocimiento del Dr. Frutos y del capellán. Ambos habían sido los amigos y directores de Antonio durante su permanencia en el hospital, y habría parecido una villanía manifiesta fraguar una especie de fuga, sin explicarles, por lo menos, cuáles eran las razones que obligaban á tomar una resolución semejante. Yo propuse al enfermo mis observaciones, sujetándolas á su calificación.

—Convengo en ello, me dijo suspirando: no hay en verdad una cosa más justa. Respecto del capellán, nada tengo que reprocharme y estoy tranquilo: mas respecto del Dr. Frutos, el caso es diferente. Encárgate tú mismo de hablarle del asunto, y comunícale toda mi historia si es necesario, para que se compadezca de mis infortunios, y acepte la necesidad en que me hallo de partir.

Esta era la autorización de que yo necesitaba más, y supe desde luego aprovecharla. Sin que nuestro respetable amigo el doctor supiese todas las circunstancias del caso, parecíame difícil que llegase á dar su aprobación á la proyectada fuga; y aunque realmente él no tenía obliga-

ción ninguna de intervenir en ella para evitarla, sin embargo, es bien seguro que habría llevado muy á mal, y con razón, el que hubiésemos procedido sin sus consejos y anuencias. Estuve por tanto en expectativa, para avocarme con él luego que viniese al hospital. Como visitaba diariamente á Antonio, muy luego se me vino la ocasión de hablarle.

—Mi querido doctor, díjele al tiempo de apearse de la calesa y en el momento en que yo despedía al escribano que vine á buscar á la ciudad; mi querido doctor, antes de que usted vea al enfermo, quiero hablar con usted un largo rato ¿hay inconveniente en esto?

—¡Quiah! me respondió el doctor con su habitual amabilidad. Puede usted decirme cuanto se le ocurra. ¿Es cosa que exige ser tratada en reserva?

—Sí, señor.

—En tal caso, voy á darle á usted un consejo, que espero aceptará. Venga usted conmigo á dar un paseo á pie por el camino de Lerma, y haremos que la calesa nos siga á respetuosa distancia. Con eso haremos algún ejercicio, que no será malo para usted ni para mí, aunque ando medio lastimado del pecho; y si el paseo nos fatigase, apelaremos al recurso de la calesa. ¿No cree usted que es buen proyecto?

—Ciertamente, respondí yo, y doy á us-

ted las gracias por su bondadosa deferencia.

Y salimos del hospital.

Así que nos hubimos alejado un poco, después de algunas palabras que pudiesen servir de introducción, tracé al Dr. Frutos, con todas sus circunstancias y detalles, la ominosa y cruel historia de nuestro pobre amigo. Mi interlocutor me escuchó hasta el fin, sin dar la más ligera muestra de sorpresa. Como la medicina es una especie de sacerdocio, un médico es frecuentemente el depositario de los secretos más íntimos de la vida privada de un doliente; tiene que poner la mano hasta en las llagas del corazón; y el sufrimiento y las miserias de la pobre humanidad le son tan patentes, que nada llega á sorprenderle. El doctor lleva una larga práctica en su honrosa profesión: ha visto los males del género humano por todos sus aspectos: su sagacidad y firmeza de tacto le han hecho percibir y tocar el dolor bajo de cualquiera forma que se presente, y sabe cuál es el medio mejor de tocar una de esas heridas delicadas que vierten sangre. y que al más ligero descuido pudieran convencerse. Cualquiera que hubiese contemplado la impasible fisonomía del doctor, mientras yo le hacía el fiel relato de tantas y tan horrendas desgracias que han caído sobre la cabeza de nuestro pobre amigo, le hubiera tomado

por un hombre indiferente y poco sensible. ¡Qué equivocación! Pero la sensibilidad exquisita de ese hombre, no se ostenta en vanas y especulativas contemplaciones; él acude á las vías prácticas para aliviar un dolor, dar un consuelo eficaz y un consejo oportuno. Tal fué su conducta en aquellos momentos: dejóme hablar hasta el fin, y cuando le hube manifestado la determinación de Antonio de acudir á la cita que le había dado el Dr. Moore, se detuvo, hizo aproximarse la calesa, me mandó entrase en ella, colocóse á mi lado y volvimos de prisa al hospital.

Durante el regreso, no dijo sino estas pocas palabras, que recogí como las de un oráculo: "¡Demasiado sabía yo, cuál era el origen de esta desgracia! ¡Ah! en mi larga experiencia he llegado á saber, que la mayor parte de las miserias de esta especie, provienen siempre de una mala compañía! ¡Juventud, juventud! ¡De nada, pues, te valen los libros, ni los consejos de la edad madura, si un horrible desengaño no viene á llamar á tus puertas!"

A poco rato nos apeamos en la puerta del hospital.

El doctor se encaminó con paso acelerado á la habitación de Antonio: yo entré en pos para contribuir á explicar lo que nuestro respetable amigo quisiese decir al pobre enfermo. La escena que sobrevino es una de las más patéticas que he pre-

senciado en el curso de mi vida. El Dr. Frutos se acercó á Antonio, ocupado á la sazón en escribir: tomóle una de sus manos con la mayor cordialidad, miróle fijamente.... y Antonio comprendió en el instante lo que pasaba en aquella alma, toda nobleza y generosidad. Alzóse el enfermo de su asiento, arrojóse á los brazos del doctor... y ambos lloraron; D. Juan Frutos dejando rodar dos gruesas lágrimas sobre la cabellera de nuestro desgraciadísimo amigo, y éste derramando un copioso raudal de ellas y sollozando amargamente. ¡Y yo había de ser impasible testigo de un incidente tan doloroso! Fué preciso llorar, porque todas las escenas que han ocurrido en esta triste historia demandan lágrimas, y lágrimas muy amargas.

—Parta usted, murmuró el doctor; parta usted con la conciencia tranquila. Los motivos que impelen á usted á abandonar este hospital son muy legítimos, y el hombre más severo jamás podría condenarlos. Tengo esperanza de que logrará usted una perfecta curación, y entonces... ¡con qué infinito placer volveré á verle!

—¡Ah, doctor! exclamó Antonio en medio de un gemido angustioso: es usted tan bueno y generoso, que me abruma y humilla... con esas dulces palabras... de perdón y de consuelo. Yo... yo he sido un ingrato, un impío para con mi amigo, mi guía, mi consuelo y mi médico.

—¡Eh! repuso el doctor haciendo por sonreirse. ¡Qué está usted hablando allá, hijo mío! Si le he tratado como á un amigo, no he hecho otra cosa que lisonjear mis porpias inclinaciones; y esto ¿qué gratitud merece? En cuanto á médico, yo no hago más que cumplir con severidad los santos y augustos deberes de mi profesión, de la manera que he llegado á comprenderlos. Vamos: serénese usted y dejemos esto: necesita usted hacer sus finales preparativos, y es indispensable que los haga en perfecta calma y paz de espíritu. Yo he de verle y darle mis consejos hasta los postreros momentos de su residencia aquí. ¿Cuándo debe usted partir?

—La noche del día 2; respondí yo viendo que los sollozos sofocaban á Antonio.

—Muy bien, repuso el doctor: obrad de manera que la autoridad no impida esa fuga, figurándose que sólo es para permanecer en el país, en donde si bien se toleran las demás enfermedades contagiosas que lo son sin disputa, ésta, que seguramente no lo es, no puede obtener consideración ninguna. Yo no me creo obligado en conciencia á impedir la salida de usted, supuesto que está justificado el fin que la mueve.... Sin embargo, ¿por qué no he de decirle á usted amigo mío, que me pesa en el alma dejar de verle, asistirle y darle mis consejos? También soy hombre y sé sentir.

—Pero perdone usted mis impertinencias, amigo mío: gritó el enfermo apoyándose en el pecho del doctor.

—¡Vamos! ¿No he dicho á usted que no hablemos de esto? Nada: serenarse, serenarse. Yo cuidaré de escribirle algunas instrucciones que acaso podrán servirle de mucho en la ocasión. ¡Ah juventud, juventud inconsiderada! ¡Cuán caro pagáis las más ligeras faltas, que vuestra indiscreción os hace cometer!

Y el doctor, al prorrumpir en este apóstrofe, hizo un penoso esfuerzo para separarse de los brazos de Antonio. Salió conmovido á la galería, y se dirigió á la puerta, en donde su calesa esperaba. Este ademán brusco, que hacía patentes los verdaderos sentimientos de ese hombre generoso, me tranquilizó más que una larga y significativa expresión de ellos.

El doctor, sin saludar á persona alguna subió á su calesa y volvió á la ciudad. Cinco visitas más hizo á Antonio, á quien vió y abrazó una hora antes de salir del hospital. Penoso es para mí el recuerdo de estas entrevistas, que hacen un honor insigne al médico y al enfermo. En esos momentos críticos de dolor y angustia, bien así como en todos los precedentes, el Dr. Frutos ha sido para Antonio una segunda Providencia. ¡El cielo prolongue sus días, y sean siempre días de bendición!

Respecto del piadoso y filantrópico capellán, nada pude comprender sobre su modo de sentir en el asunto de la evasión de Antonio, ni éste tuvo por conveniente revelarme cosa alguna. La última entrevista que tuvieron fué en la mañana de anteayer. De entonces en adelante, el santo sacerdote estuvo en uno de los aposentos más lejanos, junto á la cama de un moribundo: allí estaba en los momentos de la partida. Es natural creer que se hubiese convencido de las razones que alegaría nuestro desventurado hermano para justificar su conducta, y que le daría sus instrucciones cristianas para caminar seguro en el nuevo sendero en que se ha lanzado. Mañana mismo debo despedirme de él, y entregarle dos mil pesos, que Antonio confía á su cuidado para emplearlos en ciertas obras de caridad y beneficencia, de que ha debido hablarle.

Apenas hemos tenido lugar de hacer uno ú otro arreglo en lo relativo á negocios. Esa alma ardiente y apasionada estaba enteramente absorta en sus meditaciones y proyectos. Una ú otra vez percibí en Antonio algunos deseos de volver á ver á las dos miserables que hoy se encuentran encerradas en San Lázaro; pero en guardia y sobre aviso, pude felizmente evitarlo. ¡Qué bien podría haberle resultado de una entrevista de esta especie! No: entre esas desventuradas, cuyo

destino se halla bajo la dirección visible del cielo, y nuestro infortunado amigo, nada podía haber de común. El horror invencible que ha llegado á concebir por ellas, no era conciliable con el deseo de un nuevo encuentro; y por lo mismo, era de temer algún funesto arrebato, que llegase á frustrar todos sus proyectos. En esta ansiedad, en este choque redoblado de emociones y contrariedades en que me hallaba, no veía el momento de ver consumada de una vez la salida del hospital. De hora en hora crecía mi convicción de ser indispensable prestarse á este sacrificio.

Acercábase el instante decisivo. Antonio y yo teníamos una fe viva y profunda en la persona del Dr. Moore, y estábamos seguros de que si algún accidente cualquiera llegase á poner obstáculos en la proyectada entrevista, el doctor tendría especial cuidado de hacer comprenderlo á tiempo, á fin de no comprometer la posición de Antonio. Un hombre tan fecundo en recursos, tan aleccionado en todas las situaciones de la vida, tan práctico y conocedor de los medios de acción, era imposible que no hubiese prevístolo todo. Así, pues, de este lado no teníamos temor alguno. Lo que era salir del hospital, no había cosa más fácil. Antonio tenía la más completa libertad de pasear en las cercanías, y ya le había sucedido pasar una

noche fuera, sin que nadie acatase á ello, pues disfrutaba plenamente de una confianza sin límites, de que por desgracia le era preciso abusar. Todo consistía en lograr ponerlo fuera del alcance de la policía, antes de que se echase de menos su persona. Por lo demás, yo me había trazado un plan de operaciones, y para mayor seguridad y rapidez en ellas tenía apostados, al cuidado de un mozo de confianza, dos vigorosos caballos ensillados, que nos esperaban detrás de las cercas de Buena Vista.

Llegó en fin la hora, que tanto esperaba y temía á un mismo tiempo. Esa hora había sido prefijada para las siete y media de la noche, que parecía ser la más conveniente para aprovecharnos del silencio y poca vigilancia que reinaba en la casa.

Salí primero, y no encontré en los corredores ni en la portería un solo individuo. Antonio salió en pos mía, agitado de una convulsión tan viva, que creí no pudiese avanzar ni un paso más. Yo no sabré explicarte de qué provenía esa agitación; pero tú que sabes perfectamente los odiosos pormenores de su triste historia, fácil te será comprender lo que pasaría en aquellos momentos, en el espíritu de este infortunado mancebo. El acostumbraba salir con frecuencia del hospital, de la manera más impasible; pero esa vez, esa postrera salida que iba á ser la decisi-

va, que lo haría aparecer como un prófugo y que tal vez le atraería el mismo sentimiento de animadversión que él experimentó la noche de la fuga de Regino, un cúmulo en fin de consideraciones parecieron detenerlo en la hora crítica. Vaciló en efecto; pero fué un instante no más. Contempló la puerta del hospital, la fachada lúgubre y sombría del edificio, que la profunda obscuridad de la noche hacía más imponente y aterradora, exclamando:

—¡La sociedad! ¡Qué debo yo á la sociedad! Marchemos.

Y nos echamos á andar con dirección á la haciendo de Buenavista. Sin embargo de que yo había reconocido previamente el terreno y de que Antonio era suficientemente práctico en él, no dejaron de presentarse algunas dificultades. Casi se palpaban las tinieblas; el mar hervía con un rumor insólito: las ráfagas de una brisa helada nos herían el rostro, y allá en el fondo obscuro del mar, en los confines del horizonte, alzábase una inmensa y negra muralla de nubes compactas, que se hacían visibles en medio de aquel abismo de brumazón, en fuerza de su terrible densidad. Todos los signos indicaban la cercanía de un mal temporal; de un fuerte norte de los que dominan en la presente estación. Todo eso me tenía vivamente abrumado; pero me guardé mucho de signifi-

car á Antonio mis temores "Estur quo ostenta deorum.... vocat. Jacta est alea!" Estaba ya echada la suerte y era preciso someterse á todos sus resultados.

Llevaba yo del brazo á Antonio, y en esta disposición llegamos hasta las cercas de Buena-Vista al cabo de veinte minutos. Allí encontramos los dos caballos que aguardaban; dije al que los cuidaba fuese á esperarnos á la plaza de Lerma, y echamos por un camino extraviado que, á través de varias alturas, iba á salir detrás de las últimas casas del pueblo. Era preciso tomar estas precauciones para evitar algún fatal encuentro que frustrase el proyecto.

Marchábamos tropezando aquí y allí, y acaso habríamos sufrido alguna desgracia sin la firmeza y vigor de nuestros caballos. Yo había procurado escogerlos prácticos en el terreno.

Entre tanto, la brumazón crecía, la obscuridad se hacía más densa, el viento bramaba chocándose contra las piedras y alturas inmediatas, y sentía oprimirse mi corazón de un modo doloroso y terrible. Yo no sé qué vago y fatal presentimiento me acompañaba en aquella marcha nocturna y extraviada, aparte de la infinita é inexplicable angustia que me producía la situación misma.

Pocos minutos antes de las diez, según pude vèr en el reloj, al brillo de un ciga-

ro, llegamos al sitio designado por el Dr. Moore. Antonio no había desplegado una sola vez los labios, ni yo me sentía con valor para dirigirle observación alguna. Apeámonos, até como pude los caballos; y avanzamos hasta la orilla. Nada: era imposible distinguir los objetos á la distancia de diez varas. Solo veaíamos un obscuro abismo, sentíamos la vigorosa impresión del viento, y escuchábamos el espantoso bramido de las olas que se rechocaban con furor contra un enorme gánglio de rocas tajadas, conocido bajo el nombre de "El astillero," de cuyo sitio distábamos unos veinte pasos.

Después de unos momentos de contemplación silenciosa, apoyóse Antonio en mi hombro, diciéndome:

—¡Querido mío; si supieras cuán triste y atribulado tengo el corazón! Si ese hombre tarda más tiempo en venir, creo que voy á espirar sin verle. Siento una infinita congoja en el espíritu...

—Silencio; interrumpí yo, porque me había figurado escuchar el golpe de unos remos.

En medio minuto más, la verdad se nos hizo patente. Un bote tocó á la orilla, y de él saltaron en tierra dos hombres.

—¿Quién va allá?, preguntó la sonora voz del Dr. Moore.

—¡Ah, doctor!, exclamó Antonio: soy yo que le estoy esperando con ansia febril.

El doctor avanzó hasta donde estábamos y tomó la mano de Antonio, fijando en mí una mirada indagadora.

—¡Ah! ¿Es usted, caballero? dijo reconociéndome. Me alegro mucho.

Y convirtiéndose de nuevo á Antonio, cuya mano aún no había dejado, le dijo con un acento lleno de calma y admirable dignidad:

—Joven infortunado: yo he creído de mi deber acudir en auxilio suyo para redimirle de la estupenda desgracia que está sufriendo. Ha sido usted la víctima infeliz de un malvado.... del cual he sido cómplice: Bien. la puerta de las reparaciones está abierta. ¿Quiere usted entrar por ella y seguirme?

—Sí; respondió Antonio con firmeza.

—Pero antes de todo, prosiguió el otro, es de mi deber anunciarle que si bien yo puedo hacer mucho por su salud, necesito que esté usted enteramente sometido á mi voluntad, y no ciertamente para esclavizar la suya, sino para lograr en su curación el éxito más completo.

—Aceptado, dijo Antonio.

—Pero exijo una recompensa.

—Daré á usted hasta mi vida.

—Yo no pretendo tanto. Sólo exijo que usted perdone á aquel desgraciado que le ha causado tanto mal.

—¡Oh! exclamó Antonio. Yo sé muy bien que debo perdonar á ese hombre:

hoy mismo he pensado cumplir de todas veras este deber, y me complace repetir mi promesa en manos de usted. Sí: yo perdono de corazón á Juan Cruyés.

—¡Ah! Bendita sea la misericordia de Dios: ahora podré ver á usted sin avergonzarme; exclamó la voz del hombre que había venido á tierra con el doctor.

Era nuestro amo Germán: aquel anciano padre que había sufrido calamidades tantas y recibido heridas crueles en las más caras de sus afecciones.

Antonio estrechó en sus brazos al sepulturero, y la imponente figura del doctor completaba aquel grupo descansando las manos sobre las dos cabezas.

Yo también fuí llamado á tomar parte en aquella franca efusión de nobles sentimientos. El Dr. Moore estrechó una de mis manos, y el anciano Germán de los brazos de Antonio pasó á los míos.

—Es ya hora de partir, dijo el doctor interrumpiendo. De un momento á otro va á desencadenarse el norte, é importa á nuestra seguridad que no nos sorprenda en estas playas. Este anciano está resuelto á acompañarnos, y yo debo asegurarle un reposo después de tantas vicisitudes y amarguras. ¿No es verdad que vendrás, amigo mío?, preguntó dirigiéndose á nuestro amo Germán.

—Sí, señor; hasta la muerte tengo de

seguir sus huellas; respondió entusiasmado el anciano.

—En cuanto á usted, caballero; (dijo el doctor encarándose otra vez conmigo) creo que no pensará en abandonar su país para emprender una peregrinación remota.

Yo no pude responder á la observación sino con un gemido. Antonio hizo un esfuerzo para aparecer sereno y me dió un ósculo en la frente.

—Vamos, continuó el doctor con emoción; esta escena no puede prolongarse por más tiempo. Adiós. Quiero salir pronto de estas aguas, porque temo el encuentro de un buque sospechoso que he observado en la tarde de hoy...

El doctor se detuvo un instante como si prestase atención á algún ruido extraño. Luego prosiguió, tomando á Antonio de la mano:

—Tengo todavía esperanza de que, curado usted perfectamente de su dolencia, lucharemos juntos por una de las causas más nobles y gloriosas, que haya sostenido jamás un pueblo heroico. El grito de la independencia griega ha resonado de montaña en montaña, desde la Albania al cabo San Angel, desde el golfo de Salonia hasta la isla de Candía, y...

El doctor volvió á interrumpirse bruscamente, haciéndonos un significativo ademán de silencio.

Yo no sé cómo explicarte, amigo mío, lo que ocurrió en aquel momento, porque recibí una impresión tan subitánea y eléctrica, que me encontré transido de pavor y horripilado de espanto. Al detenerse el doctor escuché un formidable grito de agonía, lanzado al parecer desde el fondo de las olas. Envuelto en una impetuosa ráfaga de viento, y acompañado del horrendo estampido del mar azotándose contra las rocas, aquel grito era de un carácter tan fantástico y chocante, que por lo pronto me fué imposible dominar la impresión.

—¡Dios eterno! exclamó el doctor. Ese grito es el grito precursor de la muerte: algún desgraciado lucha contra las olas.

Y sin permitirse ningún nuevo comentario, dirigió á la tripulación de su bote una orden precisa para arrojarse en la dirección por donde se había escuchado aquella especie de misterioso ahullido.

—¡Socorro, socorro, que perecemos! gritaron tres voces á un mismo tiempo.

—¡Cielos! repitió el doctor. Esas voces....

—¡Ah, ah! gritó Antonio despavorido: allí está Juan Cruyés...

—¡Mi hijo, mi hijo! interrumpió con desgarrador acento el sepulturero, lanzándose á obscuras en pos del doctor, que había desaparecido de junto á nosotros como una visión.

Sin poder dominar mi sobresalto, caí sentado en la arena, arrastrando en mi caída al pobre Antonio, que había acudido á refugiarse en mis brazos.

Un instante después, brilló sobre la roca más saliente del "Astillero" una luz vivísima, que brotaba de una linterna sorda que levantó el doctor sobre su cabeza para dominar completamente la escena.

—¡Por acá, por acá! gritaba el doctor; aquí está un bote que os recogerá...

—Hijo mío... te vas á estrellar contra estas rocas.

—¡Maldición! exclamó entonces una voz ronca y confusa.... ¡Viene usted á ser testigo!....

Sobre los fragmentos de un esquife venían nadando tres hombres. Eran Juan Cruyés, el capitán Sagarra y tío Melitón.

—¡Oh, maldito sea usted, Juan Cruyés!, dijo entonces el capitán Sagarra en medio de su cruel agonía. Ha querido usted redimir á sus mancebas... y vamos á perecer....

El doctor, teniendo sujeto de un brazo á nuestro amo Germán, que hacía esfuerzos por arrojarse al mar, gritaba á la tripulación de su lancha que avanzase, y animaba con su voz de trueno á los tres náufragos, que eran impelidos con una rapidez difícil de describirse, sobre aquel enorme ganglio, próximo á destrozarlos. Era ya imposible todo humano socorro.

El norte se desencadenaba en aquel momento; el viento y el horrendo rumor de las olas hacían confundirse todos los gritos.

¡Oh, qué lance tan formidable! Antonio estaba como muerto en mis brazos; á pocos pasos de mí.... ¡Qué horror! Todo lo he visto con un aire estúpido y extraviado!

La escena no duró sino tres ó cuatro minutos. Aquellos tres hombres, cuyos cuerpos se revestían de formas infernales al brillo de la linterna, fueron arrastrados inevitablemente hacia aquel abismo..... Sus gritos é imprecaciones..... su lucha tenía algo de infernal y superior á toda descripción. Corrí.... abandonando á mi pobre amigo para ver si podía ayudar... llegué...; pero no fué sino para presenciar la final catástrofe. Aquellos tres cuerpos fueron estrellados en una masa confusa contra las puntas de las rocas... la resaca volvía á llevarlos hasta cierta distancia... los impelía de nuevo... hasta que llegó á confundirse todo en un montón de carne, sangre y huesos destruídos... ¡Cielo santo, qué espectáculo!

—¡Padre mío! gritó entonces el sepulturero. Estás vengado; yo también era delincuente.... porque te abandoné en la mayor miseria.... ¡Ah! Llegó el día del castigo.

El doctor se alejó de aquel sitio tra-

yéndose casi arrastrado al infeliz anciano; comunicó sus órdenes á los que tripulaban su lancha, y luego volvió ésta á su sitio primitivo.

Antonio yacía sin sentido, y todo era para mí una confusión terrible.

El Dr. Moore parecía multiplicarse.

—Adiós, adiós, me dijo entonces. Es necesario que los decretos del cielo se cumplan... Ya usted vió patentemente el dedo de Dios.

A un signo suyo, dos hombres tomaron en brazos á Antonio para llevarlo á la lancha... Quise gritar.... dar á mi amigo el último ósculo....

¡ Imposible.

—Esté usted tranquilo en nombre del cielo, me gritó el doctor. El norte está soplando ya.... en cinco minutos estaremos á bordo... y todo habrá pasado. Adiós, otra vez. Vamos, Germán; añadió empujando al sepulturero.

—¡ No, no! exclamó éste. Aquí me quedo: mi hijo ha muerto, y toda esperanza está perdida.

—¡ Desgraciado! repuso el doctor. Abandona para siempre este sitio horrible.

—¡ No me place, vive Dios! repuso el sepulturero con voz hueca y formidable. Aquí, aquí tengo de permanecer para llorar lágrimas de sangre...

Apretóme con viveza la mano el doctor, murmurando en mi oído:

—Guide usted á este desventurado padre, y provea por cuenta mía á su subsistencia. Es preciso, por lo mismo, no diferir por más tiempo esta partida.

Y convirtiéndose al atribulado Germán, díjole con acento vivo:

—Quédate, pues, amigo mío: la Providencia vele sobre tí.

El sepulturero se prosternó sobre la arena.

Dos minutos después, todo había desaparecido como una mágica é infernal visión... como una de esas horrendas pesadillas que dejan en el cerebro un estilete atravesado. Sólo se oía el bramido del norte y el rumor formidable de las olas... ¡¡¡Qué noche.... qué escena!!!

Fué un mutuo consuelo para el pobre Germán y para mí el hallarnos reunidos.

Allí nos amaneció expuestos á la impetuosidad del temporal. Nada se descubría en el horizonte... Al pie del "Astillero" reinaba siempre un hervidero; pero ni un solo vestigio vimos allí que pudiese recordar la espantosa catástrofe que habíamos presenciado.

Nos encaminamos al pueblo, y di orden que se recogieran los caballos. Instalé al pobre anciano en casa de un amigo suyo en el barrio de San Román y, conforme á las instrucciones que me había dado el Dr. Frutos, inmediatamente que llegué ayer me presenté á la autoridad dándole parte

de la fuga de Antonio. Algunas diligencias se han practicado sin mayor empeño, según veo. Como parece claro á estos señores, que la fuga del enfermo ha sido para un país extranjero, no es mucho lo que se apuran en el asunto.

Después de este breve relato, que me reservo ampliarte á nuestra vista, ya puedes figurarte cuál será la horrible situación de mi espíritu.

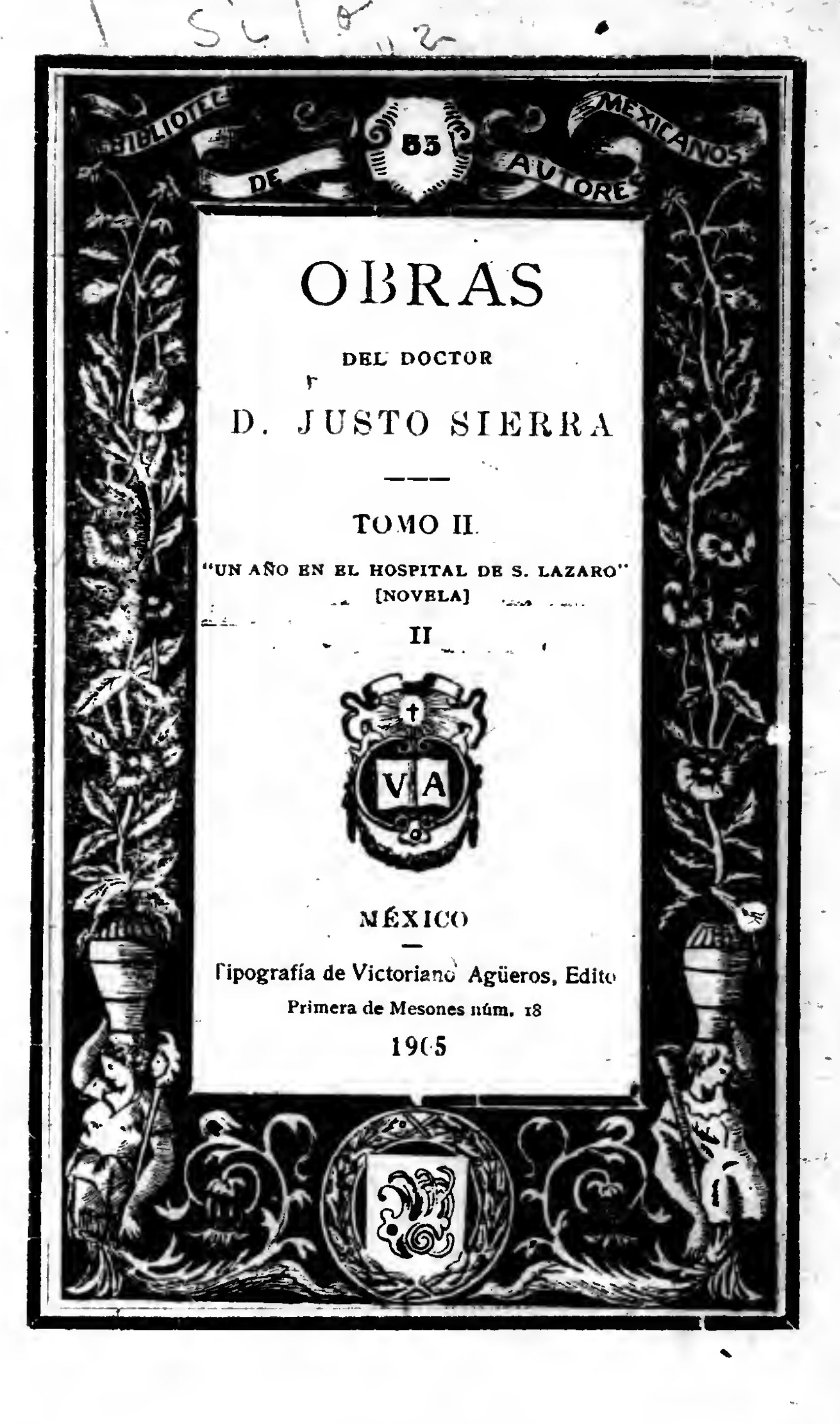
Adiós, querido mío: voy á ocuparme de los asuntos de nuestro desgraciado amigo.

FIN.

NOTA.—Hace algún tiempo que estoy ocupado en bosquejar una extensa novela que bajo el título de "Los filibusteros del siglo diez y nueve," pienso publicar en mejor ocasión. "Un año en el hospital de San Lázaro" no es más que un episodio de esa novela, y por lo mismo, es aquí en donde realmente debe terminar. Sin embargo, aunque sea destruyendo el interés de la novela principal, diré que "Antonio" quedó enteramente curado de su dolencia, se halló en la toma desgraciada de Missolonghi, en la Grecia, y á principios del año de 1837, vivía aún en la ciudad de Smirna.

JOSE TORRISA.

INDICE



OBRAS

DEL DOCTOR

D. JUSTO SIERRA

TOMO II.

"UN AÑO EN EL HOSPITAL DE S. LAZARO"
[NOVELA]

II

MÉXICO

Tipografía de Victoriano Agüeros, Editor
Primera de Mesones núm. 18

1905